



ANNA
STAR
OBIN
ETS.
UNA
EDAD
DIFÍ
CIL

TRADUCCIÓN - RAQUEL MARQUES GARCÍA
PRÓLOGO - ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN



Nadie, en estas historias, se libra de la sensación de impotencia que acompaña siempre a los malos sueños ni será capaz de evitar el desastre que todas las señales anuncian. Sin embargo, el mundo en el que viven los personajes de Anna Starobinets, como ese mundo onírico, nos resulta trivial y cotidiano mientras nos vamos adentrando en él. Hasta que deja de serlo.

Salvo en «Vivos», un relato postapocalíptico que le debe mucho al cine norteamericano de ciencia ficción, su paisaje podría ser el nuestro: el tedio del matrimonio, la adolescencia que transforma a los hijos en desconocidos, un empleo rutinario del que deseamos escapar... Pero en medio de la colada o del desayuno, surge la duda: ¿Es real lo que vemos? Aunque, ¿acaso sabemos qué es la realidad?

Pese a que no todos los cuentos reunidos en este volumen atrapan con igual intensidad, Starobinets consigue envolvernos en un ambiente turbador e insano que nos atrae con morbosa fascinación hasta empujarnos de cabeza al abismo. Por sorpresa. Como le ocurre a Dima en «La familia», un adiestrador de perros que se equivoca de vida durante un trayecto en tren de Rostov a Moscú y que descubrirá, demasiado tarde, que también se puede añorar el infierno. O como la protagonista de «La espera», que inicia un camino sin retorno a la locura desde la más vulgar de las excusas: una sopa olvidada en la nevera.

Los cuentos de «Una edad difícil» son, en realidad, un catálogo tenebroso de los delirios que es capaz de crear la mente humana. Una sucesión de imágenes distorsionadas que, con la excusa del misterio y el terror, esconden soledad, desamor y amargura.

El resultado, cómo no, es siniestro. Pero de eso se trata, de disfrutar con el escalofrío. Y Anna Starobinets ha resultado ser una inesperada fuente de placer.



Anna Starobinets

Una edad difícil

ePub r1.0

3L1M4514502.05.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Переходный возраст*

Anna Starobinets, 2005

Traducción: Raquel Marqués García

Diseño de cubierta: Atonic

Editor digital: Atonic

ePub base r1.2

PRÓLOGO

TODOS AMAMOS A LA REINA

El día que me tropiece con Anna Starobinets, lo primero que voy a preguntarle es si escribió los aterradores cuentos de *Una edad difícil* con una sonrisa en el rostro. Estoy convencido de que sí. Tan convencido como de haber descubierto a una de esas rarísimas mentes con el don de traducir las obsesiones en literatura.

Narrar el inconsciente requiere dos pares de guantes, los de cirujano y los de basurero. En este particular oficio, diseccionar el alma es sinónimo de volcar el cubo de basura que lleva dentro —y tú, imprudente lector, reconocerás aquí hasta el más íntimo de tus despojos— para después elevar la metáfora residual a categoría de relato sublime. Pocos escritores tienen el estómago y el talento para hacerlo. He aquí a una.

Anna Starobinets sabe de putrefacciones y sabe de obsesiones. Sabe de sueños y culpas enquistadas en la conciencia, bultos enmohecidos que bajo las reglas personalísimas de su ficción pueden saltar y cobrar vida acechante. Deseos prohibidos que nos colonizan como insectos. Muertos que andan y fichan en la oficina. Cobardías transformadas en vidas paralelas, pesadillas en las que tú podrías ser la pesadilla de otro tú.

¿Cómo no iba a caerme bien Anna Starobinets? Imagina que tu novia decide dejarte por un escritor con ínfulas, autor para más señas de un libro gloriosamente titulado *Muerte en el supermercado*. Imagina que son muy felices juntos, tienen éxito, una bonita casa, una guapa niña y salen en las revistas, mientras que tú te has quedado solo y destrozado en tu apartamento cochambroso. Ahora imagina que existe una Agencia especializada en hacer que las venganzas parezcan accidentes. Oh, sí. Ahí está tu sonrisa.

Pero Anna no nos lo cuenta de esta manera, por supuesto. Sería demasiado fácil, demasiado considerada con los lectores. Y no hay cosa que este libro odie más que ser *considerado*.

En la encrucijada, Starobinets elige siempre el camino difícil, el de las circunvoluciones cerebrales por donde transita la locura, el de la alegoría sucia llevada a sus últimas consecuencias, siempre horribles, siempre insoportablemente veraces.

Veraces en su imposibilidad, sí. Porque en estas páginas habitan cuentos fantásticos, paisajes sin señalar entre el sueño y la vigilia, entre lo real y lo imaginado. La metáfora con patas y antenas. ¿Kafka?

Kafka, desde luego. ¿Qué puede haber más kafkiano que el protagonista de *La eternidad de Yasha*, quien un buen día descubre espantado que su corazón ha dejado de latir, sin que eso suponga un obstáculo para continuar con su patética vida, bajo el yugo de sus empleadores y de su suegra? Pero quizá haríamos mejor en emparentar este relato con el *Atrapado en el tiempo* de Bill Murray. Porque mencionar al autor praguense y hablar de *fantasía intelectual* —como se ha querido etiquetar al género en el que se mueve Starobinets— puede hacer saltar la alarma a más de un lector prejuicioso: ¿intelectual?, ¿kafkiano? Aquí me van a contar algo que no tiene nada que ver con mi vida diaria. Error.

Te lo puedo asegurar: estos cuentos tienen mucho que ver contigo.

Te invito a que hagas la prueba y saltes a la primera página del titulado *Las reglas*, uno de mis favoritos. Dime si no te reconoces en ese niño que camina evitando las grietas del asfalto porque, lo dice *la voz*, si pisa una de ellas sucederá algo espantoso. Ese niño a quien sus padres riñen cuando se balancea en la silla, y que responde siempre al teléfono en el momento indebido. Ese niño que no puede dormir sin haber colocado en su exacta posición cada uno de sus libros y sus lápices, una y otra vez, y que siente que hay algo *incorrecto* en el dormitorio de sus padres, algo que necesita ser arreglado o desplazado imperiosamente...

Uno puede imaginarse el momento exacto en el que Anna Starobinets sonrió mientras escribía cada cuento del libro. En este caso, la frase dice así:

Enterraron a su padre en un ataúd cerrado, de modo que Sasha no pudo ver si lo habían

colocado bien.

¿Cómo lo hace para asestar cuchilladas con tanta elegancia? La prosa de Anna Starobinets es concisa y afilada, no gasta una palabra más de la cuenta pero tampoco deja que ninguna palabra sea inocua. Cada frase te empuja un poco más hacia el borde del precipicio. Y con ella sabes que no habrá clemencia en el último paso.

Otro ejemplo, de *Espero*:

La quería muchísimo. Tanto que a veces la tocaba. Y la abrazaba.

Creció deprisa, muy deprisa. Cada día era, más o menos, un centímetro más alta. Y era guapa. A su manera.

No sorprende que sus colegas periodistas se apresuraran a entronizarla «reina rusa del horror» tan pronto como el manuscrito de *Una edad difícil* quedó finalista del Premio Natsionalni Bestseller de Rusia. A menudo se nombra a Stephen King y a Neil Gaiman entre sus influencias, lo que esta joven acepta con entusiasmo de fan, pero sin amputarse de sus raíces patrias: en lo más profundo de estos cuentos laten Gógol, Bulgákov y el mejor cirujano-basurero mundial de la obsesión humana, Fiódor Dostoievski.

Con todo, Starobinets no deja de ser una *rara avis* en la literatura rusa, una figura desgajada de cualquier tradición o generación, que ha demostrado tener la integridad suficiente para mantenerse en pie sin otro asidero que el de su talento y su originalidad. La joven Starobinets es en sí misma un fenómeno digno de celebrarse, un alumbramiento inesperado en el neblinoso terreno de la literatura intersticial o *slipstream*, la voz de una *regeneración* de sensibilidades y de argumentos que extraen su jugo del inconsciente colectivo pero que en sus relatos adquieren una presencia tan plástica y cercana como una cazuela de sopa en descomposición. O como ese hijo adolescente, gordo y desaseado, que esconde un alijo de dulces en el forro de su almohada, pero no para él...

Los personajes de estos cuentos son gente tan normal y satisfecha con sus vidas mediocres como cualquiera de nosotros. Esto es, a punto de estallar. Al borde de la locura y del deseo aberrante. Enamorados del abismo. Que la acción transcurra en los alrededores de Moscú o en Rostov no añade un ápice de extrañeza ni nos protege del susto: ellos somos nosotros, desde la primera línea hasta la última. Reconocemos el patrón de su locura porque está hecha con jirones de nuestras pesadillas.

Como se hace con los bocados favoritos, he dejado para el final mi comentario sobre el relato largo que da título a este volumen.

Una edad difícil es una de las historias más originales y estremecedoras que he leído nunca. Definirlo como una metáfora grotesca y enfermiza de la adolescencia sería apuntar demasiado lejos del verdadero logro de este relato: la contundencia con que nos golpea, el demoledor efecto —físico, sensorial, visceral, también lírico— que sus sesenta páginas producen en el lector. No, no es una lectura reconfortante. En honor a la verdad, ninguno de los cuentos de esta colección te hacen congraciarte con el género humano, pero la intensidad de las imágenes y la crudeza de estilo alcanzan una cota de desasosiego difícilmente superable en *Una edad difícil*.

—*Mama, no quiero compartir habitación con Max —dijo Vika.*

—*¿Por qué?*

—*No se lava. La habitación huele fatal. Y además... En su cama hay cosas que se mueven. Hay bichos.*

Esta es la historia de los gemelos Maxim y Vika, pero sobre todo la de su madre, Marina, una progenitora tan buena y tan desbordada por el horror como cualquiera que deba enfrentarse a solas con la «edad difícil» de sus hijos. «¿Es la suya una familia fracasada?», le pregunta a bocajarro la profesora del colegio, en busca de la clave que explique el comportamiento del joven Maxim.

¿Lo es? La pregunta rebota desde la superficie del libro hasta nuestra conciencia, golpea las paredes de nuestras propias familias y rompe nuestras seguridades de cristal como una bala de cañón. El hogar amenazado: ¿no es ese el tema central de toda la literatura de terror contemporánea?

Una edad difícil es el relato de una transformación tanto como de una posesión. Gregorio Samsa versus la niña del exorcista. Salvo que aquí el diablo no tiene cuernos, sino antenas, pero ¿hay alguna diferencia? Lo que ha ocurrido en el interior de este adolescente puede ser el afloramiento de su verdadera naturaleza o la absoluta degradación de esta, no estamos seguros. Pero reconocemos el conflicto y la náusea. Reconocemos la voz de la Reina que nos exige incansablemente su tributo en forma de comida y otras cosas inconfesables, que nos pide obediencia y amor mientras nos va aniquilando, devorando desde dentro hacia fuera.

¿Quién soy? ¿Quién soy *en el fondo*? He aquí la pregunta que hace girar los vértigos de este libro. Quizá de todos los libros. Las respuestas que nos ofrece Anna Starobinets puede que no sean demasiado consoladoras, pero son catárticas... a su manera. Porque en los chirriantes engranajes de sus artificios metafóricos distinguimos el aliento de la verdad más implacable sobre el ser humano.

Lo que Maxim desea en el fondo, lo que lo desestabiliza de pies a cabeza, puede que sea algo tan sencillo como un deseo carnal impronunciable. Pero Starobinets nunca escribiría la frase: «Maxim estaba secretamente enamorado de su hermana». Sería pobre y sería mentira. Porque lo que crepita dentro de este chico es mucho más inabarcable e innombrable.

En esto tenemos una gran ventaja los autores de género fantástico: disponemos de un segundo lenguaje. Starobinets hace uso de él y lleva la alegoría monstruosa a su literalidad; una literalidad que encuentra vehículo perfecto en ese diario oculto bajo la cama, donde la horrorizada madre descubre esa verdad subterránea y subcutánea de Maxim.

En la cotidianidad apagada y tóxica de estos cuentos se percibe sin embargo un fuerte impulso romántico, una búsqueda de lo sublime en el horror y un descrédito esencial en la razón. Quizá el lenguaje de lo fantástico sea el único código capaz de tender puentes de significado entre nuestro consciente y nuestro inconsciente, entre el individuo que somos durante el día y el que soñamos ser durante la noche. Porque al igual que el personaje dostoievskiano, tal vez sea el momento de admitir que todos «llevamos el subsuelo en el alma».

Y que todos, sin excepción, amamos a la Reina.

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN
Madrid, febrero de 2012

UNA EDAD DIFÍCIL

Ocho

*Frambuesa, frambuesa,
azúcar y miel.*

*El reyezuelo Ivánushka
se va para no volver.*

Canción infantil del siglo XIX para echar algo a suertes.

No fue hasta al cabo de unos años que Marina se dio cuenta de que aquel día, un tórrido domingo de agosto en el que brillaba un sol implacable, fue el último día bueno de sus vidas. No feliz, sino simplemente bueno.

Aquel día fueron a pasear los tres por el bosque (Marina casi se alegró de haber comprado el piso precisamente en Yásenevo, porque ¿en qué otro lugar de Moscú había un bosque a diez minutos a pie de casa?) y observaban los pájaros.

Había muchísimos; no era normal que hubiera tantos. Lo inundaban todo con sus cantos roncros y gruñones, abriendo con ansia el pico osificado y ancestral, volando entre los árboles a una altura muy baja, casi a ras de suelo.

—Mami, ¿qué hacen? ¿Intentan cazar la pelusa de los álamos? —preguntó Maxim.

—No creo —respondió Marina—. Seguramente presienten que va a llover. Los pájaros se comportan así cuando está a punto de llover.

—Exactamente —dijo Vika.

Maxim miró con incredulidad el cielo azul, completamente limpio de nubes, y luego de nuevo a los pájaros. Frunció el ceño. Se acercó a ellos, pero estos piaron inquietos y levantaron el vuelo.

—¿Y cómo se llaman, mami?

—Hum... Son vencejos, diría —respondió Marina, distraída, sin estar segura.

—Sí, claro que son vencejos —aseguró Vika—. ¿Qué pasa, Maxik? ¿Es que no sabes cómo son los vencejos?

—Y tú sí, ¿verdad? —replicó Maxim.

Volvieron a casa en silencio. Ya en casa, Maxim dijo de repente:

—No me gusta esto.

—¿Por qué? —le preguntó su madre, sorprendida.

Se habían mudado de casa hacía un año, después del divorcio y de vender el piso grande y viejo de Tagánskaia (el marido se había comprado uno de una habitación en Máriino, y ellos, uno de dos en Yásenevo), y todo aquel tiempo, ella había creído que los niños estaban contentos allí.

—Todas las casas son iguales. Y feas.

Marina miró a su alrededor. Bajo el sol, las filas monótonas de rascacielos ennegrecidos por el humo brotaban del césped verde y polvoriento como gigantescas panochas blanquiazules de maíz. Entre ellos, venciendo la resistencia del aire húmedo y tembloroso como gelatina, la gente sudorosa y los coches abrasados de calor se arrastraban a duras penas, somnolientos.

—Pero tenemos aire puro... —dijo, cansada.

—Es e-co-ló-gi-co, Maxik —replicó Vika, burlona.

Al día siguiente, Maxim se puso muy enfermo con fiebre muy alta. El médico dijo que era «una otitis aguda, una inflamación del oído medio». Tres semanas después todavía estaba en cama. Ni las compresas calientes, ni las gotas de alcohol etílico, ni las fricciones con Bálsamo de Tigre servían de nada. De modo que la fiesta de cumpleaños que habían organizado (Maxim y Vika eran gemelos, y aquel domingo cumplían ocho años) tuvo que anularse.

El día fue un infierno. Con una indiferencia total, Maxim dio un par de vueltas en las manos a su regalo, una pistola de agua, vio los dibujos animados de extraterrestres sin ningún entusiasmo y no hizo más que quejarse por todo y pedir que no le echaran gotas al menos el día de su cumpleaños. Vika, al enterarse de que «sus amiguitas no vendrían», estuvo berreando durante

horas, por la tarde cogió una cazuelita de aluminio que le había regalado su tía y preparó una ensalada con trozos de papel, embutido, pedazos de guata, pastillas de Maxim y zanahorias de plástico, se la dio de comer al gato Fedia, por lo que su madre la castigó, se puso a berrear otra vez y antes de irse a la cama dijo que se iría a vivir con papá.

Cuando los niños se durmieron, Marina fue a la cocina, cansada, y se sentó un ratito mientras se hacía un té. Bebió un par de sorbos y tiró el resto. Fregó los platos, se lavó y se puso la crema de noche en la cara. Después fue al teléfono y marcó un número.

—¿Sí? —respondió con incertidumbre una voz masculina y somnolienta al otro extremo de la ciudad.

—¿Por qué no has venido? Los niños te esperaban. —En el auricular sonó el arañazo y el chasquido de un mechero—. Parece que hay interferencias. ¿Me has oído?

—Sí.

—¿Por qué no has venido?

—No he tenido tiempo.

—¿No has tenido tiempo en todo el día?

—No.

—¿Y qué era eso tan importante que has estado haciendo?

Silencio. Con la mano helada y húmeda adherida al auricular, Marina escuchaba en tensión como unas uñitas pequeñas y afiladas arañaban el teléfono por dentro, como rascaban delicadamente el plástico, como hurgaban en el cable, como serraban en dos la línea.

—¿Qué era eso tan importante que has estado haciendo?

—Para.

Las uñitas.

—De acuerdo. Ya paro.

—¿Qué tal van las cosas?

Marina apretó la tecla de colgar. Se quedó un rato junto al teléfono esperando a que llamara él. Después volvió a la cocina y vio que el gato había vomitado debajo de la mesa.

Lo limpió.

Al cabo de una semana, el gato se escapó.

Hacía unos días que Fedia tenía un comportamiento extraño. A veces se paseaba nervioso por la parte de dentro del alféizar, de un lado al otro, con el pelo erizado y la espalda arqueada dolorosamente como la joroba de un camello. Otras veces saltaba a la estantería de los libros y se quedaba allí, inmóvil, con los ojos amarillos vidriosos fijos en un punto indeterminado. Y hacía unos ruidos muy raros, muy profundos, sin abrir la boca, como un ventrílocuo. Lúgubres, largos, melancólicos, como cuando en las películas de miedo está a punto de ocurrir lo más terrible, pensaba Marina, justo antes de que resucite el muerto o que aparezca la cara cubierta de sangre de un loco en la ventana.

El día en que huyó, el gato se negó en redondo a comer y beber. Se pasó varias horas encima del armario moviendo la cola tiesa y temblorosa. De repente soltó un fuerte bufido, como un cohete de fin de año antes de explotar, y se tiró sin vacilar sobre Maxim, que estaba sentado tranquilamente en un sillón viendo los dibujos animados. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Sin dejar de bufar, Fedia, aquel gato tan cariñoso, gordo, perezoso y castrado, dio un zarpazo a Maxim en plena cara y le dejó cuatro profundos surcos sangrantes en la frente. Después saltó casi hasta el centro del salón y de otro brinco se subió al marco de la ventana (por poco se cayó, pero se agarró con las patas delanteras y, con todo el cuerpo pesado temblando de nervios, consiguió encaramarse con torpeza). Luego se encogió, soltó un maullido de demente y saltó por la ventana abierta.

Marina corrió al balcón y asomó medio cuerpo fuera, temiendo ver el pequeño cadáver atigrado. Sin embargo, el gato trotaba como si nada por el pavimento y se internó en las

profundidades del patio, como si volar desde un séptimo piso hubiera sido su ejercicio de todas las mañanas.

Marina no volvió a verlo nunca más. Por la tarde fue a dar una vuelta por los alrededores, sin éxito, y regresó a casa sintiéndose, en el fondo, aliviada. Desde luego, no tenía ni idea de qué debería hacer con aquel animal tan agresivo si lo encontraba. ¿Ponerlo en tratamiento? ¿Dormirlo?

«Seguramente, se habrá puesto enfermo y se habrá marchado a morir a algún sitio», decidió Marina. Al día siguiente llevó a Maxim a que le pusieran la vacuna contra la rabia.

Al cabo de tres semanas, el gato, asustado y flaco, llegó por fin a su antigua casa, en Tagánskaia. Vivió un mes más en la basura, donde todos los días una viejecita compasiva le llevaba leche en un platito de metal y salchichas cocidas y cortadas muy finas. Y cuando llegó el frío, la viejecita compasiva se llevó a Fedia a su casa y lo llamó Marusia.

Murió al cabo de diez años, tranquilo, de viejo.

Doce

—¿Tienen algún problema en la familia? —preguntó Yelena Guennádievna, cubriéndose muy educadamente la boca con la mano regordeta para ocultar un bostezo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido... ¿Son una familia monoparental? —aclaró con voz cordial Yelena Guennádievna, añadiendo una expresión aún más interrogativa a sus ojos de vaca de un azul apagado, protegidos por los cristales bifocales.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo Marina, malhumorada.

—Bueno, he observado ciertos rasgos... —Yelena Guennádievna cruzó los brazos sobre el pecho, blancos como la leche, adornados con pulseras y manchas pigmentarias, y se dispuso a soltar un discurso largo y confidencial—. Su hijo muestra trastornos mentales. Se trata de un problema realmente serio.

Yelena Guennádievna era la psicóloga del colegio.

—¿Qué tipo de trastornos?

—Falta de atención, incapacidad para concentrarse, trastornos de la memoria, somnolencia...

—Yelena Guennádievna se quitó las gafas y empezó a frotarse los ojos con saña, produciendo una especie de fuertes chasquidos—. El niño no es capaz de seguir la clase. —Marina guardaba silencio—. Sus notas son malísimas. El niño... —Yelena Guennádievna se interrumpió de repente, buscando una expresión más afortunada que la que estuvo a punto de decir—. El niño no manifiesta ningún interés por los estudios.

—Ya —dijo Marina.

—¿Cómo que «ya»? —preguntó la psicóloga, sorprendida, y dejó de limpiarse las sustancias pegajosas de los ojos—. ¿No tiene nada más que decirme?

—¿Como qué, por ejemplo?

—Pues, por ejemplo..., que su hijo de doce años no tiene ningún amigo. ¿No le extraña?

—Yelena Guennádievna volvió a ponerse las gafas con delicadeza sobre el leve hueco brillante y rojo que ya tenía formado en el puente de la nariz.

—Maxim juega mucho con su hermana, y con eso ya tiene más que suficiente.

—Disculpe, pero yo no veo una gran proximidad entre ellos.

—Porque van a clases distintas, por eso no la ve. Tengo que irme —dijo Marina, cansada.

—Y, dígame, ¿no le ha notado ningún comportamiento extraño en los últimos..., esto..., dos años? —Yelena Guennádievna no se dio por vencida.

«Comportamientos extraños —pensó Marina con tristeza—, todos los que quieras. Pero no voy a contarte ni uno, gallina de cabeza hueca».

—No. —Marina se levantó.

—Por no hablar de su físico horrible. —La psicóloga se levantó bruscamente, se puso al lado de

la madre, que ya se marchaba, e hizo un movimiento extraño con las manos, como si quisiera retenerla por el vuelo del abrigo, pero en el último momento se contuvo—. No es solo el metabolismo... En las personas, ¡todo está interrelacionado! La mente, el alma...

Marina cerró silenciosamente la puerta a su espalda.

«Y el cuerpo, sí, el cuerpo, sí, el cuerpo...». La frase le daba un martillazo en el cerebro a cada paso.

¿Cuándo había comenzado todo? ¿Hacía dos años? ¿Tres?

Cuanto más vueltas le daba, más le parecía que las cosas habían empezado a cambiar no dos años atrás ni tres, sino cuatro, después de aquella enfermedad fatídica que se había alargado un mes. Fue entonces cuando algo se alteró tanto en el alma como en el cuerpo de su hijo.

El cambio fue muy sutil. Al principio se volvió ensimismado, distante, algo así. Casi dejó de salir a la calle. Llegaba del colegio y se pasaba el tiempo en casa, dibujando y escribiendo en su libreta. Algunas veces, pero cada vez con menos frecuencia, iban a buscarlo los vecinos con los que antes solía jugar. Alegres, sofocados. Apretaban el timbre con sus manitas sucias, impacientes. Llevaban una pelota nueva de cuero marrón, blandita y crujiente.

—¡Hola, señora Marina! ¿Puede venir Max a jugar?

—Claro que puede, si tiene ganas.

Pero Maxim no tenía ganas. Negaba con la cortesía irrevocable de un adulto, sonreía hipócritamente y no les quitaba el ojo de encima hasta que cerraban la puerta y desaparecían.

En el noveno cumpleaños de los dos hermanos solo hubo invitados por parte de Vika. Maxim se negó a sentarse con ellos a la mesa, cogió su ración de pastel, se fue a su cuarto y pasó allí toda la tarde, solo.

Y después... ¿Qué ocurrió después? ¿En qué momento el asunto pasó a ser grave de verdad? ¿Cuándo tenía diez años?

Diez

Un día, cuando tenía diez años (estaba en cuarto curso), la maestra llamó a Marina y le dijo que, todos los días, Maxim le quitaba el desayuno a su compañero Liosha Gvózdev y se lo comía (Marina visualizó a aquel niño endeble y enfermizo, cuyas venitas azuladas de la cara se le transparentaban a través de la piel), un pastelillo dulce de queso y unos bollitos de mantequilla que se llevaba de casa. Se habían enterado el día anterior; una niña lo había visto y lo había contado. Gvózdev no se había atrevido a decirlo ni a los maestros ni a sus padres, porque Maxim lo había amenazado: si se lo contaba a alguien, lo estrangularía y lo enterraría en el bosque.

—¿Que lo enterraría en... el bosque? —repitió Marina en voz baja.

—Eso dijo. En el bosque —corroboró la maestra con rostro imperturbable—. ¿Quiere saber qué pasó después?

Marina intentó imaginarse a Maxim apretando con las dos manitas el fino cuello de pollo de Liosha Gvózdev. Los ojos de Liosha se le salían de las órbitas, se le llenaban de sangre; su cara poseída por el pánico...

—Pedí a su hijo que se quedara después de clase y le pregunté cómo podía comportarse de aquella manera. ¿Y sabe qué me contestó? —Marina negó con la cabeza—. Me contestó: «Yo puedo hacer cualquier cosa». «¿Y por qué?», le pregunté. Y él me dijo... ¿Sabe qué fue lo que me dijo?

—¿Qué?

—Dijo: «Yo puedo hacer cualquier cosa porque soy la reina».

—¿La reina? —Marina no cabía en sí de asombro—. ¿No diría el rey?

—No. La reina. —La maestra la miró como si Marina no estuviera en su sano juicio—. Entonces, ¿usted cree que, si hubiera dicho «el rey», no estaría pasando nada raro?

Más tarde, Marina, caminando nerviosa por la habitación como un tigre enjaulado y soltando

un grito de vez en cuando, preguntó a su hijo qué significaba todo aquello («¿Es que te pongo poco de comer?», «¿Estás enfadado con Liosha por algo?», «¿De verdad lo has amenazado con estrangularlo?», «¿Y qué es esta historia de la reina? ¿Me estás escuchando? ¿Qué es esto de la reina?»). Pero Maxim no dijo ni mu. Tenía la mirada lúgubre clavada en el suelo y no decía nada, como hacen los niños cuando están asustados o no saben como justificarse, como si les pareciera que el quedarse mudos los hiciera invisibles, inexistentes...

El asunto acabó con que Marina lo amenazó con castigarlo quitándole los dulces durante la semana siguiente. (Tal vez no fuera el castigo más severo del mundo, pero a Maxim, que entonces ya estaba demasiado gordo para su edad, los dulces eran lo único que le gustaba y que apreciaba).

—No —dijo Maxim en voz baja, y por primera vez en la conversación la miró a los ojos. Su mirada era malvada y gélida.

Y Marina sintió tantas ganas de borrar, de atenuar aquella mirada terrible y ajena que respondió:

—De acuerdo. Pero prométeme que no se repetirá nada por el estilo.

—No se repetirá nada por el estilo —dijo Maxim como un eco.

En efecto, nadie volvió a quejarse de él nunca más, ni los compañeros de clase ni los maestros. (Aunque después pasó lo del libro..., cuando la llamaron de la biblioteca de la escuela para decirle que Maxim tenía que haber devuelto un libro hacía tiempo, y Maxim le dijo que lo había perdido. Y ella dijo «Bueno, no pasa nada», pagó la multa a la biblioteca y al cabo de un par de días encontró la cubierta de aquel libro y algunas páginas arrancadas y arrugadas en el cubo de la basura. Hizo ver que no las había visto. Pero fue una tontería sin importancia).

«Sí, al parecer, fue entonces cuando empezó todo —pensó Marina mientras abría la puerta e inspiraba el ya habitual olor rancio de la casa—. Los comportamientos extraños».

Doce

En el recibidor se encontró con su hija. Era delgada e inquieta; toda ella formaba un extraño contraste con su hermano gemelo. Vika besó a su madre en la mejilla sin decir nada, esperó a que esta colgara el abrigo y se pusiera las zapatillas y la siguió hasta la cocina pisándole los talones.

—Mama, no quiero compartir habitación con Max —dijo Vika.

—¿Por qué?

—No se lava. La habitación huele fatal. Y además... En su cama hay cosas que se mueven. Hay bichos.

—No te inventes cosas.

—¡Que sí! ¡Que es verdad, se mueven! Los he visto más de una vez. Y una noche vi como le corrían por encima cuando dormía. Por favor, mamá, ¿puedo cambiarme a tu habitación, contigo?

—Pero... Vika, ya sabes que de vez en cuando viene el tío Vitia y se queda en mi habitación.

—¡Por favor! ¡El tío Vitia viene ya muy, muy pocas veces!

«Y dentro de poco dejará de venir del todo», pensó Marina, recordando con indiferencia el rostro fatigado y sombrío de aquel que nunca estuvo a tiempo de convertirse en parte de la familia. Dos años atrás, cuando aparentemente todo iba bien, casi se había ido a vivir con ellos. Pero las cosas habían cambiado.

Era cierto: el tío Vitia iba a visitarlos muy, muy pocas veces (y aparte de él, no iba nadie más a verlos). Llegaba tarde, cuando los niños ya dormían, y procuraba marcharse lo más temprano posible. Ella sabía por qué. Tenía miedo de encontrarse, en el estrecho pasillo que llevaba al baño o en la cocina pequeña y ordenada, a Maxim. A aquel ser seboso, sudado y cubierto de costras del acné. No quería tocar los mismos pomos de las puertas que tocaban aquellas manos pegajosas ni sentarse en las mismas sillas calentadas por aquel culo gordo. No quería recordar

lo cerca que un día había estado de ser casi un padre para aquel monstruo.

Seguía yendo de cuando en cuando, dejándose llevar por un sentimiento de obligación, o de compasión, o simplemente por la costumbre de acabar en un lugar ajeno e incómodo. Se acostaba tarde en la cama de Marina, y algunas veces, al incorporarse en los codos para apagar la luz, ella captaba cómo la miraba. Era una mirada indagadora y aprensiva, la mirada asombrada de un extraño que intentaba comprender desesperadamente cómo la mujer que estaba tumbada a su lado podía haber traído al mundo un monstruo tan repugnante.

A veces, ella también se lo preguntaba. A veces, ella también quería marcharse de allí y no volver jamás. Pero era su madre. Su madre. Era su condena...

—Por favor, ¿puedo? —pidió Vika de nuevo.

—De acuerdo. Te haré sitio en el armario.

«Una edad difícil. Solo está pasando por una edad difícil —intentaba convencerse Marina mientras revolvía los trapos arrugados, examinando distraídamente los jerséis con bolas y los vestidos viejos y metiéndolos en bolsas—. A esta edad, a menudo hay alteraciones en el metabolismo. Por eso tiene sobrepeso y acné...».

De repente le vino a la memoria el niño cariñoso, hablador y vivaracho que un día fue, y se quedó un instante paralizada. Soltó la bolsa que sujetaba en las manos de tan vivido y punzante que fue aquel recuerdo... Sí, estaba pasando por una edad de cambios; aquello explicaba muchas cosas.

Pero ¿cómo se explicaba aquel extraño temor maniático del aire fresco (en invierno no consentía que ventilaran el piso de ninguna de las maneras), aquella necesidad nauseabunda de un constante calor sofocante? ¿Y cómo se explicaba lo que hacía...

se las comía

... lo que hacía con las moscas? Vika se lo había contado, y luego lo había visto con sus propios ojos, había visto como buscaba moscas muertas en el alféizar y detrás del radiador, las ponía todas en un papel y...

se las comía

... se las llevaba a la habitación de los niños.

¿Pasar por una edad difícil explicaba aquello?

Después de llevar a los niños al colegio, Marina ventiló el piso, como de costumbre. Entró un momento en la habitación de Maxim (ya no era la habitación de los niños; Maxim era su único propietario, pues Vika ya no entraba jamás allí), abrió la ventana de par en par y se dispuso a salir. Pero al pasar junto a la cama deshecha se acordó de las palabras de su hija: algo se movía en su cama. Bichos. Se acercó y observó con atención la colcha sucia y gris. No parecía haber nada. Habrían sido imaginaciones suyas.

Sin embargo, había algo raro. Tal vez fuera el penetrante olor rancio que se intensificaba cerca de la cama, o tal vez, el aspecto tan anormal que presentaba la almohada, lisa y turgente, demasiado bien colocada encima de las sábanas arrugadas y manchadas. Quizá... Marina cogió la almohada por una punta y la levantó. Nada. Pero... pesaba mucho.

Marina metió la mano por debajo de la funda. Nada. Pero al sacarla, palpó algo... ¿Una costura? ¿Una cremallera? Rápidamente quitó la funda de la almohada y la golpeó una bocanada de olor pútrido. En la lisa superficie, entre lamparones de té y antiguas manchas indefinidas, había un corte largo y recto. En un borde tenía unos cuantos botones cosidos con grueso hilo azul, y en el otro había unas presillas hechas del mismo hilo. Marina desabrochó aquellos extraños botones, introdujo la mano en el blando aglomerado de plumas y soltó un chillido agudo. Sus dedos se habían metido en algo húmedo, pegajoso y repugnante.

Sacó la mano y con dos tirones secos desgarró la tela vieja de la almohada y observó el interior de plumas. Era... Parecía como si tiempo atrás, mucho tiempo atrás, hubiera habido allí galletas, barquillos, chocolatinas... Se habían transformado en una masetta hedionda y pringosa cubierta

por pequeños gusanos blancos que parecían saludarla con sus ciegas cabecitas negras. (No era la primera vez que veía gusanos como aquellos. Los había visto en una ocasión, cuando era pequeña, en unas colonias de pioneros^[1]. Infestaron la mesita de su vecina en busca de las golosinas que se había llevado de casa y que guardó allí todo el mes. No se atrevía a tirarlas porque se las había regalado su madre).

«¿Qué es esto? ¿Provisiones?», pensó Marina con horror. Maxim se pegaba atracones de dulces hasta casi reventar, y cuando no podía más, ¿se guardaba el resto en la almohada? Y tal vez no solo en la almohada...

Marina se puso a cuatro patas y miró debajo de la cama. Azúcar. Filas ordenadas de paquetes abiertos de azúcar en polvo. «Por eso el azúcar se acaba tan deprisa en esta casa». En algunos solo quedaba un poco en el fondo del paquete; otros estaban a la mitad. Dios mío. Oh, Dios mío. ¿Qué le pasa a este niño? ¿Qué le pasa?

Lo tiró todo. Los paquetes de azúcar, la almohada, las sábanas y la colcha. Limpió el suelo varias veces.

Por la tarde, Maxim fue a verla, arrastrando los pies gordos, hinchados.

—Tú. Has revuelto mis cosas —le dijo casi en un susurro.

—Maxim, explícame qué... —empezó a decir Marina.

—Tú. Contesta.

—¿Qué forma es esta de hablarle a tu madre? —exclamó Marina.

—Tú. Has revuelto mis cosas.

—¡Sí, y he hecho muy bien, desde luego! Maxim, tienes que entender que no lo he hecho con mala intención, sino porque eres mi niño y solo quiero que...

—No soy un niño.

Marina miró asustada aquella cara de expresión vacía, pálida como una enorme y abotagada vela de cera, y le dijo con voz dulce y falsa:

—Maxímochka, mañana, tú y yo iremos al médico, ¿de acuerdo?

—No. —Maxim negó lentamente con la cabeza.

El niño alargó la mano al tarro de los bombones de chocolate, cogió un Bélochka, lo desenvolvió rápidamente y se lo metió en la boca.

Marina advirtió que por la nariz de Maxim, hundiendo las patitas inquietas en los poros grasientos de su piel, corría una hormiga. Marina alargó la mano para quitársela,

una vez vi como le corrían por encima

pero Maxim retrocedió.

—Ni lo sueñes —dijo con voz ronca—. Tú. No te atrevas a tocarme.

«Tú». De repente, Marina pensó que ya ni se acordaba de cuándo fue la última vez que Maxim la llamó «mamá». Y también pensó que quizá no deseaba oír aquella palabra saliendo de aquellos labios babosos y glotonos.

La hormiga llegó hasta la ventana de la nariz y se detuvo de golpe. Perpleja, movió las antenas y las patitas delanteras hacia el abismo negro y ventoso. Al cabo de unos momentos se zambulló decididamente en la oscuridad.

—Y no te atrevas a entrar en mi habitación —dijo Maxim—. ¿Está claro?

Percibió en él una fuerza desconocida,

no soy un niño

pero implacable y sosegada, ante la cual se sentía muy pequeña, impotente y estúpida. Aquella fuerza, fuera lo que fuera, sometió su voluntad y la obligó a decir:

—Sí. Está claro.

Marina intentaba no dar demasiadas vueltas al asunto, pero de vez en cuando... De vez en cuando no podía evitar preguntarse: ¿quiere a alguien este niño? A ella probablemente no. Hacía tiempo que ya no le manifestaba la menor muestra de afecto; más bien, se limitaba a

soportarla. Tampoco quería a su hermana. Sin embargo, ella lo irritaba menos. Por lo visto, para Maxim, la convivencia era una simbiosis con la familia. La familia le daba comida y bebida, y él... ¿Qué les daba Maxim a ellas? No, probablemente, «simbiosis» no era la palabra adecuada... «Parasitismo» describía mejor la situación.

¿El padre? También lo tenía olvidado con la más absoluta indiferencia. En realidad, era mutuo. Maxim no tenía amigos. Le daban miedo los animales; tal vez hasta los odiase. No hacía falta más que acordarse de aquel gatito... Y mejor no acordarse.

Dos meses atrás, Marina compró un gatito gris atigrado en los puestos del metro. Vika se entusiasmó con el animalito. Enseguida ató un papel de plástico a un cordel y estuvo toda la tarde jugando con el nuevo Fedia. Maxim le lanzó una rápida mirada hostil y se marchó a su habitación.

Al principio, Fedia estaba asustado. Se escondió debajo del radiador y desde allí, sin moverse, seguía con la mirada codiciosa los complejos movimientos del misterioso papel. Pero después sucumbió a la curiosidad. Dio un par de zarpazos desde debajo del radiador con las uñas separadas y al cabo de dos minutos se lanzó resueltamente a la caza.

Por la noche ya había conquistado el sofá, la butaca y los visillos, había adaptado el empapelado del pasillo a sus necesidades profesionales de afilador y recordaba donde estaba su platito.

Cosa inhabitual en él, Maxim cenó muy poco aquella noche y no quitó el ojo de encima al nuevo compañero de piso. Fedia, por su parte, mostró interés por Maxim.

Primero desde lejos, desde el rincón opuesto de la cocina, y después... Después, Fedia arqueó el lomo en posición belicosa, levantó la cola fina, la curvó, tensa, tomando repentinamente una similitud asombrosa con un macaco de dibujos animados, y corrió hacia Maxim con saltos valientes y torcidos. El gato pisó el freno junto a su pierna, se le agarró al pantalón con las uñitas y empezó a trepar, colgando de las patas delanteras, soltando maullidos agudos y resbalándose hacia abajo, como un escalador inexperto en un precipicio.

Vika se reía. Pero Maxim, pálido como una sábana, miraba fijamente al gato con horror. Después, con un movimiento brusco, se lo sacudió de la pierna (el gatito voló unos dos metros) y, sin dejar de patear con furia, atragantándose con la saliva, se puso a chillar: «¡Quitaaa! ¡Quita! ¡Quita! ¡Quita!»). Después corrió a su habitación.

Marina pensó entonces que la reacción de su hijo era consecuencia del ataque que sufrió por parte del antiguo Fedia, un trauma infantil, y se dijo que se acostumbraría al cabo de un par de días.

Pero no dio tiempo a que pasaran un par de días. A la mañana siguiente, Marina encontró al nuevo Fedia hecho una bolita temblorosa debajo del radiador de la cocina en un pequeño charco de sangre. Fedia tenía la oreja derecha arrancada

de un mordisco

y la izquierda colgaba de un frágil y fino hilo de piel.

Aquel mismo día lo evacuaron con urgencia a casa de una pariente lejana, la abuela Mania, que vivía en la barriada de Kúchino. La abuela Mania curó al gatito, pero de todas formas murió a los tres meses de una enfermedad desconocida.

De modo que estaba claro que aquel niño no quería a nadie.

Sin embargo, hacía cierto tiempo, sí hubo una persona por la que mostró un súbito interés e incluso una especie de preocupación, cosa que sorprendió desagradablemente a Marina y la hacía enfadar. Aquella persona era la exsuegra de Marina, la abuela paterna (quien moriría poco después), que llevaba el nombre, semejante a un graznido agorero, de Sara Márkovna.

Marina nunca había sentido una especial simpatía por su suegra. No se trataba de una animadversión instintiva ni celos, sino de un sentimiento del todo racional; al menos, eso le parecía a ella. La cuestión era que, pese a ser la única abuela de los niños (los padres de Marina

habían fallecido cuando ella tenía diecinueve años) y pese a no tener más nietos, no mostraba ningún interés por Maxim y Vika, nunca les hacía regalitos, nunca los invitaba a su casa y, por lo visto, tenía mucha dificultad en acordarse de sus nombres cuando los veía.

Existía una leyenda familiar en torno a la juventud heroica y a las hazañas de la gran madre Sara Márkovna, según la cual, en el invierno de 1943, Sara Márkovna, viuda y embarazada de nueve meses (la semana anterior se le había comunicado la muerte del marido en la guerra), fue evacuada a la ciudad de Frunze, la actual Bishkek, en un gélido y traqueteante vagón de mercancías con los cristales rotos. Por la noche le empezaron las contracciones, y, entre terribles tormentos, dio a luz trillizos. Con sus propios dientes cortó el cordón umbilical, se quitó la ropa, envolvió con ella a los bebés y les puso nombre: Rosa (como su madre), Aglaia (le gustaba como sonaba) y Albert (como el protagonista de su novela preferida, *Consuelo*). A la mañana siguiente llegaron a Frunze, y Sara Márkovna, casi desnuda y con tres bebés en los brazos, cruzó la plaza del mercado ante los asombrados kirguises y se sentó en un banco casi inconsciente. Los recién nacidos bramaban desesperados: tenían hambre, pero el pecho de la extenuada Sara Márkovna estaba seco. En aquel momento apareció la Salvadora. Era una cabra blanca como la nieve con unas ubres grandes y preciosas llenas de leche. Nadie supo de dónde había salido aquella cabra. Ayudó a alimentar a los retoños, no se movió del lado de Sara Márkovna durante los dos años siguientes y cuando terminó la guerra se marchó, nadie supo adonde, tan inesperadamente como apareció.

A Marina aquella historia le parecía vulgar, falsa, aburrida y, sobre todo, inventada de cabo a rabo por la propia Sara Márkovna, que iba contándola a diestro y siniestro con todo descaro. En opinión de Marina, la madre de su marido era una persona engreída, de pocas luces, tacaña y en absoluto abnegada. O, más exactamente, era egoísta a más no poder. Por no hablar del nombre horrible y rebuscado con el que había bendecido a su hijo, sin importarle que a la mayoría de sus conciudadanos el nombre Albert les sonaba más a alemán que a francés. Era imposible que no se hubiera dado cuenta.

En algunas ocasiones, Marina trataba de justificar la indiferencia que la suegra sentía por Maxim y Vika con los sufrimientos y las privaciones que una madre de tres niños habría sufrido en los tiempos de la guerra. Quizás los niños le trajeran recuerdos desagradables de los suyos. Sin embargo, después del divorcio, Marina perdió definitivamente las ganas de justificar a Sara Márkovna.

La herencia que legó Sara Márkovna a sus tres hijos se componía de egoísmo y ausencia total de amor maternal. Ni Aglaia ni Rosa tuvieron descendencia. Albert se casó a los cuarenta y cuatro años con una Marina de veinticinco y no pensaba en niños; los trajo al mundo, en fin, por culpa de un descuido y los abandonó sin ninguna pena a los cincuenta y uno, cuando su reloj biológico, siempre retrasado, marcó la hora de la correspondiente crisis de la madurez.

Por supuesto, algo de verdad sí que había en la leyenda familiar. Para ser estrictos, Sara Márkovna estuvo embarazada de trillizos, los trajo al mundo y los alimentó durante la guerra (y aquella fisiología felina resultó ser tan fuerte que el misterioso gen de los gemelos pasó a los hijos de Marina). Sin embargo, a Marina le parecía del todo evidente que no había llevado a cabo su proeza gracias a una cabra blanca como la nieve. Fuera cual fuera la verdad (probablemente sería de lo más aburrida y prosaica), se la llevó consigo a la tumba.

La muerte de Sara Márkovna fue lenta y sosegada. La noche del 15 al 16 de septiembre de 1998 se la llevaron a un hospital sucio y miserable de Sévernoie Chertánovo con el diagnóstico de apoplejía, le dieron unos cuantos pinchazos y la dejaron en una camilla, en el pasillo, hasta la mañana siguiente.

Estaba tumbada boca arriba entre las sábanas mugrientas y notaba como por los brazos, que colgaban ya desprovistos de voluntad, le corrían las cucarachas, pero no tenía fuerzas para sacudírselas.

Por la mañana se la llevaron, ya paralizada, a la unidad de cuidados intensivos, donde pasó los últimos días de su vida.

Precisamente aquellos días se dio un cúmulo de circunstancias que hizo que sus hijos estuvieran tremendamente ocupados y no pudieran pasar tiempo con ella. No obstante, pagaron a las enfermeras con toda la generosidad que pudieron para que trataran a la paciente con atención y amabilidad, le cambiaran la cuña en los momentos adecuados, la giraran para que se tumbara un rato sobre un lado y otro rato sobre el otro, le pusieran inyecciones y le evitaran las úlceras por decúbito. A lo largo de dos semanas (aquel fue el tiempo que duró el viaje de Sara Márkovna desde el camastro del hospital hasta la tumba), Aglaia fue a verla dos veces; Rosa, tres, y Albert, solo una, pero al menos fue con los niños.

Marina no se extrañó de que Vika aceptara hacer una última visita a la desagradable y antipática viejecita, que era casi una desconocida para ella, porque Vika apreciaba muchísimo estar con su padre y aprovechaba cualquier excusa para pasar un rato con él. Pero la reacción de Maxim la dejó totalmente descolocada: no solo aceptó de buen grado ir al hospital aquella vez, sino que después siguió yendo a ver a la abuelita enferma todos los días, él solo.

Todos los días, todos, iba a verla al hospital.

Ella yacía boca arriba y observaba en silencio lo que hacía él.

Quería girarse, pero no podía.

Lo que más asombró a Vika fue que su hermano, tan perezoso, gordo y siempre somnoliento, era en realidad mucho más «organizado» que ella, por decirlo de alguna manera.

Por ejemplo, con sus cosas. A primera vista parecían desparramadas sin orden ni concierto. Pero en verdad cada una tenía un sitio asignado rigurosamente, y Maxim se ponía hecho una verdadera furia, sufría un ataque de rabia, si alguien, ya fuera por casualidad o a propósito, le cambiaba algo de sitio. Tenía todas sus cosas dispuestas de tal manera que, si las necesitaba, podía encontrarlas inmediatamente y cogerlas a cualquier hora del día o de la noche, incluso con los ojos cerrados.

O en su rutina diaria. Por las mañanas se despertaba solo, sin necesidad de despertador (de hecho, mucho antes de que sonara el despertador) y siempre exactamente a la misma hora. También comía siempre a la misma hora. Es decir: si bien era cierto que comía todo el tiempo, los platos más sustanciosos y suculentos se los tomaba con una puntualidad extraordinaria. Lo cual se traducía en la siguiente rutina: a las ocho y media de la mañana, el desayuno en casa; a las doce del mediodía, el almuerzo en el colegio; a las tres, la comida en el colegio; a las cinco y media, la merienda en casa; a las ocho, la cena; a las diez, el té de la noche con galletas, y en mitad de la noche (a las tres, le parecía a Vika, pero no estaba segura) se despertaba y durante largo rato, masticando ruidosamente, comía algo que se había escondido en la cama con anterioridad.

Vika nunca vio el «tesoro» que escondía en la almohada. Ni tampoco los paquetes de azúcar debajo de la cama. Sin embargo, una vez vio otra cosa, una cosa que la empujó a dejar la habitación común para siempre (al menos, fue la gota que colmó el vaso, y la decidió más que la peste y otras incomodidades cotidianas).

Un día, mientras se preparaba la cartera para ir al colegio, a Maxim se le cayó un sobre al suelo. Sin que él la viera, Vika lo cogió, se lo metió debajo del jersey y no lo abrió hasta que estuvo en clase.

En el sobre había un calendario de aquellos de tarjeta con una ilustración abigarrada en el reverso. En los cuatro meses anteriores había cuatro días rodeados por un círculo rojo, y otros cuatro, por un círculo azul. Junto a los azules había irritados signos de interrogación escritos con mucha fuerza. Los márgenes estaban repletos de incomprensibles cálculos, tachones furiosos con la tinta corrida y torcidos signos de exclamación e interrogación.

A Vika le entraron ganas de romper y tirar aquel hallazgo ininteligible, pero una sensación

extraña, como si los días señalados en rojo y los enigmáticos cálculos estuvieran relacionados con ella, precisa e íntimamente relacionados con ella, se lo impidió y la obligó a mirar el calendario una y otra vez.

De repente lo comprendió. Hacía poco que le había venido la regla, hacía solo unos meses, y todavía no se le había estabilizado. Pero estaba totalmente segura, para horror suyo, más que segura, de que los números marcados en rojo señalaban los primeros días del ciclo. Qué podían significar los azules, no lo sabía. Pero no era importante. Era suficiente con los rojos. Rojos como la sangre. Era suficiente con comprender que él había estado observándola —se le crispó el rostro, sentada al pupitre, de vergüenza y repugnancia—, que había estado espiándola.

Aquel mismo día, Vika habló con su madre y por la noche ya durmió con ella.

Dieciséis

*Un cuento,
una moraleja,
una cuñada atada
a la pata, a la silla,
a la rama de tilo,
en la guarida del perro.*

Canción infantil del siglo XIX para echar algo a suertes.

«¿Salgo igualmente? ¿Lo invito yo? No. No salgo. Me espero aquí. Demasiado maquillaje —pensó desesperada Vika, estudiándose en el espejo del lavabo del colegio—. No tendría que haberme pintado los párpados, para nada. Y menos de color lila con purpurina. Queda de lo más vulgar. Y tendría que haberme puesto el vestido largo. Me quedaría mejor. Este se me levanta de atrás; tengo que bajármelo todo el rato. Qué mal. He echado por la borda la fiesta de fin de curso».

La puerta se abrió y el lavabo se llenó con el ruido desaforado de la discoteca, las pisadas irregulares de tacones, el susurro de los aerosoles de desodorante y la mezcla del sudor adolescente con un aroma químico de flores.

—¿Me queda mal el lila? —preguntó Vika a una amiga que se esparcía a manos llenas el contenido de un tubo de maquillaje en crema encima de la piel brillante de la nariz regordeta y llena de granos.

—¿Qué lila? —preguntó aquella con tono melancólico, concentrada en su tarea.

—¡El de los ojos! ¡Me los he pintado de lila!

—Ah, te queda muy bien. Está bien. —La amiga siguió con las mejillas—. Venga, que ahora viene la lenta.

—Ya —asintió Vika con el aire de un condenado.

Volvió a pensar que era mejor esperar dentro del baño a que pasara aquella lenta (¡sería la quinta!). Las cuatro de antes habían sido una pesadilla tras otra. Durante toda la primera se había quedado sentada en la silla como una tonta, apoyada en la pared. Él también se había quedado sentado, era cierto, en la otra punta de la sala de actos, pero le había parecido que miraba a una chica de su clase, de piernas largas y flacas, que bailaba delante de sus narices balanceándose de forma un poco torpe, como un muelle.

Con la música marchosa, Vika bailó en un corrillo de compañeras de clase. Él no bailó. Se quedó sentado en la silla, muy erguido, y de vez en cuando la miraba. Aquello le dio esperanzas. Ponía mucha atención en que todos sus movimientos fueran bonitos y en no meter la pata, pero no estaba segura de si valía la pena levantar las manos para bajarlas después suavemente, con movimientos ondulantes y eróticos a lo largo de todo su cuerpo. Algunas chicas lo hacían y no quedaba mal. Vika lo probó una vez: levantó las manos, empezó a bajarlas despacio, pero algo se le encogió por dentro y al final el movimiento resultó bastante más patoso que erótico.

Cuando sonó la segunda canción lenta, Vika quiso salir de la sala, pero por el camino la agarró

Iliusha Guséinov (el más bajito de la promoción y también el más baboso). A Vika le supo mal decirle que no y bailó con él. Aquello sí que fue una auténtica pesadilla. Todos los vieron. Él los vio. Vika le sacaba media cabeza. Tenía la altura perfecta para poderlo besar cómodamente en la frente. Olía a algún ungüento y a chicle ácido Stimorol. En todo el tiempo, mientras cambiaban el peso de un pie al otro, no dejó de masticar, intimidado, sin decir nada, y cuando el volumen de la música empezó a bajar, le retiró de encima las manos sudadas, que apenas le habían rozado la cintura, y se marchó rápidamente visiblemente aliviado. Lo malo fue que aún quedaba una estrofa entera de canción, y los demás siguieron bailando, pero ella tuvo que volver humillada a su sitio, donde descubrió que se le habían roto las medias y tenía una carrera horrible desde el pie hasta arriba. Por eso las siguientes canciones movidas se las pasó sentada en la silla.

La tercera canción lenta era «libre», es decir, las damas sacaban a bailar a los caballeros. Mientras Vika daba vueltas al método que utilizaría para suicidarse si se levantaba, se acercaba a Él, lo invitaba a bailar y Él decía que no, la chica de las piernas largas lo levantó resueltamente de la silla, se apretó contra Él y empezó a bailar como si fuera una lambada, transgrediendo todas las leyes del ritmo (y las del decoro). «Está claro que a Él le gusta —pensó Vika, mirando de soslayo a su rival—. En primer lugar, va vestida normal, y no tiene las medias rotas (Dios mío, pero ¿por qué no me habré puesto el vestido largo? ¡No se me vería la carrera!). En segundo lugar, va a la misma clase que él, y yo a la otra». Vika volvió a mirar un momento a la pareja. Estaban hablando muy animadamente mientras bailaban. Él se le acercó al oído y le dijo algo con una sonrisa (¿qué pasaba?, ¿se lo había parecido o realmente le había dado un beso disimulado en el cuello? Entonces... ¡Entonces...!), y la chica soltó una carcajada sonora e incontenible, y Él también se rio.

Pero la más terrorífica fue la cuarta. Cuando empezó se le acercó otra vez Iliusha Guséinov (pero ¡qué poca vergüenza! Estaba claro que consideraba que ella era la más fea de las tres clases y que estaría dispuesta a bailar con quien fuera) y le alargó en silencio la mano abierta. Ella se negó. Iliusha se encogió de hombros con indiferencia y ofreció la mano a la vecina de Vika, que se levantó con un suspiro de resignación. En aquel momento, Vika vio por el rabillo del ojo que Él se levantaba. Se levantaba. Cruzaba la sala. Hacia ella. Intentó esconder la pierna con la carrera debajo de la silla y se preparó. Lo miró, conteniendo la respiración, oyendo los latidos desenfrenados de su corazón. Se dirigía directamente hacia ella; no había duda. Llegó a su lado, y entonces... pasó de largo. Vika se quedó paralizada en la silla, sin atreverse a mirar, temiendo ver hacia qué chica se dirigía exactamente, junto a qué chica estaba, de qué chica esperaba un sí.

Por fin, Vika se giró. Justo a tiempo de verle la espalda: salió de la sala. ¿De verdad se marchaba? El baile de fin de curso terminaba a las doce de la noche, y aún eran las once y media. ¿Se iba media hora antes? Angustiada, Vika volvió a mirar al umbral vacío, y precisamente en él apareció la masa informe de su hermano (pero ¿qué hacía ahí? ¿No era que no iba? No, por favor. Por qué había ido...). Vika se giró de inmediato y fingió que se estudiaba las medias rotas. Se avergonzaba de su hermano. Enrojecía solo de pensar que toda la escuela lo sabía. Sabían que ella y aquel monstruo imbécil y torpe vivían bajo el mismo techo, que comían en la misma mesa, y que dieciséis años atrás habían nacido al mismo tiempo, de una misma madre, después de haber compartido el mismo vientre durante nueve meses, entrelazados íntimamente el uno con el otro.

Vika observó de reojo a su hermano. Recorrió la sala de actos con la mirada turbia, metió pesadamente un pie en la sala, pero cambió de opinión y se marchó. Vika suspiró, aliviada. Se quedó sentada un poco más, luego se levantó, fue hasta la puerta abierta y se asomó con cautela. Su hermano había desaparecido; seguramente se había ido a casa. Pero, en cambio, quien se acercaba a zancadas rápidas a la puerta de la sala era Liosha Gvózdev. Vika volvió a

meterse en la música y el calor sofocante, y sonrió. Al final no se había ido. Qué bien, al final no se había ido.

—Bueno, qué, ¿vienes? —le preguntó su amiga. Ya había terminado de embadurnarse la cara, que había transformado en la máscara de la muerte, y estaba rociándose generosamente las axilas con un aerosol de desodorante muy perfumado, fff, fff, fff.

—No —respondió Vika.

—¿Cómo que no? —preguntó su amiga, sorprendida, aún echándose desodorante, fff, fff, fff.

—No.

—¡Pero es la última lenta!

—Se me han roto las medias.

—Te dejo las mías. Llevo unas de reserva.

Vika se puso las medias de licra de color carne, se colocó bien la falda y salió del baño.

En el pasillo, junto a la entrada de la sala de actos, estaba Liosha Gvózdev, sombrío, ceñudo, observando concentradamente la rugosa columna verde oscuro, el sitio donde se colgaban las noticias del colegio. Vika se recolocó la falda de nuevo mientras se acercaba a él, apretando el paso y pensando que era imposible imaginarse cómo había sido de pequeño: flaco y endeble como un pollo. Pero ahora era tan alto. Tan... inaccesible. Las niñas de octavo habían escrito su nombre en las paredes del lavabo de chicas. Y ella también lo había escrito en la pared una vez. Liosha. Pero luego lo había borrado. Liosha.

Echó una última mirada a la columna y luego la miró a ella, triste y nervioso.

—¿Quieres...? —dijo casi en un susurro—. ¿Quieres bailar conmigo?

A Vika le dio vueltas la cabeza. Se recolocó la falda.

—Sí.

Y todo sucedió tal como ella había querido. Tal como había soñado durante los últimos dos años. Él la llamaba todas las tardes y hablaban mucho rato. Quedaban casi todos los días. Él no iba mucho a casa de Vika, cierto; su hermano siempre estaba en casa, y era prácticamente imposible estar ahí: si su madre no salía, no tenían sitio para sentarse, aparte de la cocina (pero también aparecía por allí, y ni siquiera podían abrazarse), pero si su madre no estaba, aún era peor. La habitación donde dormían ella y su madre estaba libre, pero el hecho de saber que, al otro lado de la pared, Maxim estaba tumbado en su cama apestosa y que podía levantarse en cualquier momento y quedarse detrás de la puerta, escuchando, espiando, o incluso entrar, no los dejaba estar tranquilos y los empujaba a la calle, lejos, cuanto más lejos, mejor.

Por ello, a veces iban a casa de Liosha (aunque tampoco se sentían demasiado cómodos, porque a su madre no le gustaba Vika, pese a que él lo negara), otras veces iban al cine y otras, las más, paseaban por el bosque. Y se besaban. Y hablaban del futuro.

Aquel día, un tórrido domingo de agosto en el que brillaba un sol implacable, fue el último día bueno de la vida de ambos.

Aquel día fueron a pasear por el bosque (él la cogía de la mano; todo el tiempo la llevaba cogida de la mano) y observaban los pájaros.

Había muchísimos; no era normal que hubiera tantos. Lo inundaban todo con sus cantos roncros y gruñones, abriendo con ansia el pico osificado y ancestral, volando entre los árboles a una altura muy baja, casi a ras de suelo.

—Qué curiosos. ¿Qué pájaros son estos? —preguntó Liosha.

—Vencejos, diría —respondió Vika, y un recuerdo inquietante (¿de la infancia?, ¿de algún sueño olvidado?) la sacudió desagradablemente un momento y desapareció.

—Espérame aquí un segundo, ¿vale? —dijo Liosha—. Tengo que ir a... Ahora vuelvo.

Se internó entre los árboles y se alejó bastante para que ella no lo viera. Se detuvo detrás de un álamo grande y medio seco y se desabrochó los tejanos. Esperó un poco a que se le bajara la erección y apuntó al tronco.

Por culpa de los trinos estridentes de los pájaros o del murmullo que hacía él tardó un poco en oír los pasos que se acercaban a su espalda. Cuando por fin los oyó (¿por qué lo había seguido? ¿Es que no podía esperar a que uno fuera al baño?), empezó a subirse la bragueta a toda prisa, pero la cremallera se le atascó. Mientras tiraba de ella, irritado, notó una mano que se le posaba en el hombro, una mano basta y pesada. No era la de Vika...

Todavía peleándose con la cremallera abierta, Liosha se volvió y vio a Maxim.

—¿Te acuerdas de lo que prometí? —susurró Maxim.

—¿El qué? ¿Cuándo? —dijo Liosha también en un susurro, sin saber por qué.

—En cuarto. Lo que prometí que haría contigo en cuarto.

Liosha dejó la cremallera en paz, miró a Maxim a los ojos y solo entonces se asustó de veras. Maxim tenía una pupila más grande que la otra. Una era un punto negro, diminuto y punzante clavado en un círculo azul; la otra, como si el sol deslumbrante de agosto no existiera, estaba totalmente dilatada y parecía rodeada solo por un fino trazo circular de rotulador azul.

«Entonces es que está enfermo de la cabeza —pensó Liosha y notó como un sudor helado le caía a chorros por la espalda y el abdomen—. Tal vez tenga un tumor... He leído algo de eso en algún sitio...».

«Querida mamá: Liosha y yo nos hemos ido de viaje. Hace mucho que lo decidimos, pero tenía miedo de decírtelo porque te habrías enfadado cuando te hubiera dicho que quería dejar el instituto. No te preocupes por mí. Cuando volvamos (dentro de un año más o menos), enseguida me pondré a estudiar. No me busques, por favor. Un beso, Vika».

La nota, escrita en un papelito sucio salpicado de manchas y churretes, estaba pegada a la puerta de la nevera con un imán en forma de pepino. Su madre la cogió y la leyó una y otra vez. La letra era de su hija, un poco apresurada y nerviosa, pero era la suya, sin duda. ¿Qué le había pasado? ¿Se le había ido la chaveta? ¿De viaje?

Encontró el teléfono de Liosha y llamó. Olga Konstantínovna, la madre de Liosha, le dijo que su hijo también había desaparecido.

—No, no ha dejado ninguna nota —dijo la madre de Liosha, y ambas guardaron silencio unos instantes—. A mi hijo jamás se le pasaría por la cabeza una cosa semejante. Seguro que ha sido idea de su hija... —Olga Konstantínovna sollozó con mucha pena y colgó.

Desde luego, Marina la buscó. No dejó de buscarla ni un instante. Aeropuertos. Estaciones de tren. Estaciones de autobús. Aduanas. Listas de pasajeros. Fotografías de periódicos.

Hoteles. Hospitales. Depósitos de cadáveres. Búsqueda internacional. Policía. Detectives privados. Adivinos. Habían desaparecido en agosto, y ya estaban en abril. Nada.

Y el catorce de abril desapareció Maxim. Había salido de casa el día anterior por la tarde, y ya llevaba veinticuatro horas ausente.

Su madre decidió que esperaría dos horas más antes de llamar a la policía. Fue a la cocina, se hizo un té y se sentó un rato. Bebió un par de sorbos y tiró el resto. Luego fue hasta el espejo y se miró el rostro reseco y surcado de arrugas tristes. «Empiezo a parecerme a una momia —pensó—. Empiezo a parecerme a una vieja».

Antes de llamar a la policía quiso volver a mirar en la habitación de Maxim. Tal vez, pensó de repente, había dejado una nota. Igual se había caído y no la había visto.

Conteniendo la respiración como de costumbre y preparándose para la náusea que le esperaba, Marina entró. Sin embargo, el olor era casi normal: había abierto la ventana el día anterior, después de que se marchara, y la habitación se había ventilado completamente en aquellas veinticuatro horas.

Las cortinas de tul se agitaban suavemente con la brisa. Miles de motas doradas de polvo, como una bandada de insectos livianos y microscópicos, flotaban extasiados en los últimos rayos de sol. La habitación, desacostumbradamente fresca e invadida sin miedo por los copos cenicientos de la pelusa de los álamos, los gritos de la calle y el olor de la gasolina, le produjo

una sensación de asombro y de abandono. Una habitación abandonada para siempre. No había ninguna nota. Por si acaso miró debajo de la mesa, detrás de la mesita de noche y debajo de la cama. El azúcar estaba allí, como siempre. Pero, para su sorpresa, entre los paquetes transparentes y medio vacíos descubrió otra cosa. Una libreta.

En la tapa, escrito con caligrafía infantil en letras mayúsculas de varios colores, se leía: DIARIO DE MAXIM.

Marina lo abrió.

DIARIO DE MAXIM

boi a escribir un diario ya no soi pequeño i pronto ire al colejo. no boi a enseñar el diario anadie.

Maxim 6 años

10 de junio de 1994

e dicho a papa que boi a escribir un diario, papa se a puesto contento i me a filizitado. dize que toda lajente intelijente escribe un diario, escriben ai lo que piensan i papa me a filizitado.

Vika no tiene diario yo creo que porqués tonta.

11 de junio de 1994

no me gusta la agüela mama de papa, pero eso esta mal, tene en la barba una berruga y tene bigote.

es toda fea. no quiere a mama y a enseñado mal a papa, poneso papa amarga la vida de las pesonas y ella es una bieja.

12 de junio de 1994

oi no e pensado nada i no e echo nada e sacado la basura pero no es inoporante.

15 de junio de 1994

papa i mama gritan i se pelan todo el tiempo. yo i vika emos pensado acer un cuento para que no se pelen. Los amamales se pelan i luego viene unleon i les da a todos lo mismo i ya no se pelan.

tamien pense un cuento de piratas del espasio pero a mama no le gusta i vika no entiende.

17 de junio de 1994

el cuento a salido mal, todo el rato vika se olvidaba de las fases i no ace bien el sorro i la ardiya, papa i mama se reian poco, no se reian i luego por la noche otra bez gritaban.

21 de junio de 1994

papa se a ido de biaje de trabajo

25 de junio de 1994

oi mama a echo ber que estaba mui contenta a dicho nos bamos. al zoo o a casa de la tia masha, vika quería ir a casa de tia masha i yo al zoo, emos jugado a piedra papel estijera i e ganado yo, yo tenia piedra i vika estijera

yo le e chafado las estijeras. vika siempre saca estijeras i oi también, las saca.

e bisto: jirafas, alefantas, ipopotamos, monos i un oso pardo.

no e bisto: abestrus i oso blanco i yo queria berlos e comido: un algodón uno i un elado de baya entarrina uno.

29 de junio de 1994

¡¡oi a vuelto papa!!

2 de julio de 1994

papa otra bez se a ido de biaje de negocios, cuando papa se a ido mama le a gritado i luego loraba, vika le preguntaba cuando vuelve pero mama dice que es de negocios

que este negocio es mui largo i igual siempre

pero papa puede venir del negocio a beces acasa los domingos.

mui raro, yo nontiendo i vika nontiendo.

16 de julio de 1994

¡nos an engañado! ¡mentirosos! ¡mentirosos, mentirosos!

NOQUIERO

¡mentirosos, mentirosos!

5 de agosto de 1994

mamai papa se separan

vika i yo bamos a bibir con mama, pero no boi a escribir mas el diario ya no me gusta i no quero.

20 de agosto de 1994

nos emos cambiado de casa, la casa nueva es mui fea. no me gusta nada, me escapare nose. me gustaba la casa de antes, esta no me gusta nada, es mui pequeña i fea i no es grande.

1 de septiembre de 1994

oi emos ido a colé nos a llebado mama, primero un tinbre i luego la clase dela paz^[2]. vika i yo nos an puesto en clases diferentes, yo A i vika B. me da pena poque vika a llorado pero es igual nos an puesto en clases separadas.

todas las clases las ara nadezhda mijailovna. dize que lascuela es nuestra segunda casa i que ai que cuidarla.

yo me pareze que no me gusta la segunda casa.

a mi lado se a sientado un niño todo el rato se mete el dedo en la nariz i tene mocos, después de clase se va a su casa bolando con su papa en abion

papa tambien bendra a buscarme al cole pronto

2 de septiembre de 1994

nos an dado una oja i nos an dicho de acer una redonda en las banderitas i acer raitas. ¿para qe sirve?

¡atension atension! ¡todos todos todos! invasion de bisitantes estraterrextres. bienen de la astrella Al Fabetagama. ai que vuscar refujio i disparar, tengo una pistola cósmica nueva.

4 de septiembre de 1994

nos an dado palitos para contar rojos

10 de septiembre de 1994

cumpleaños, an benido: papa, agüela, tia masha tio vitia tia zhenia a sido mui aburrido i no dibertido

me an regalado un coche i una cartera nueva i bonita

no se porque si ya tengo cartera

i un libro del espacio bonito i una camisa fea.

no man traído la bici no querian

a vika le an traído dos muñecas feas un bestido feo un armario de gugete i un espego de gugete todo mui feo. la agüela no a regalado nada solo una caja de bonbones i cuando la emos avierto estaban todos blancos i mama se a enfadado mucho i dice que estaban cacudados i que abia que tirarlos, estaban embenenados.

en la mesa mama i papa no an ablado casi i

yo i vika pensamos que papa se quedaba pero se a ido con la agüela.

si mama i papa se separan eso es que no se quieren mas.

11 de septiembre de 1994

ya no quiero escribir mas un diario

Nobela de tobots

Cuando se conocen

Pronto bolaremos. Nos an dicho, ¿como te lamas? Maxim i Andrei, Liosha i Vika, Igor i Seriozha.

Nuestro coete es bueno. No ai grabedad. Ai televisor. Ai radio. El coete bolara con la belocidad de escape.

Bolamos a algunos planetas. A Marte, a la Luna, a Venus.

Lo que bio Maxim por la ventana

Una vez Maxim miro por la ventana, i grito ¡Ala! i todos los otros niños fueron a ber.

¿I que bieron en la Luna? Bieron un castillo con murallas i una torre. I enbez de otra torre abia un radar.

Dice Maxim bamos a aterrizar amigos. I aterrizamos.

La Luna era grande. Entonces Maxim bio un coete.

Tenia dos paneles solares. Maxim ordeno que fueran todos a ese coete.

El coete era mui grande. Tenia unos aparatos mui bonitos. I nos llebamos el coete.

Los tobots que bibian en la Luna nos persigen. Tienen otro coete. Lo cojen i nos persigen en el coete. Pero entonces nosotros sacamos el cañón i empezamos a disparar.

I encendemos la máxima velocidad. I empezó la gerra con los tobots.

Como aterrizamos en la Luna

Ya emos dicho que empezó la gerra con los tobots. Los tobots tenian armas mui buenas. Los tobots se fueron al espacio. I se llebaron las armas al espacio.

Luego Andrei bio por la ventana un sitio en la Luna. Aterrizamos allí.

Como ganamos a los tobots

Una vez Maxim dijo que cojemos armas especiales i bamos a fuera. Cojemos armas especiales i bamos a fuera. Andrei manda ¡¡¡Fuego!!! i los asisarramos i todo el castillo se destrue.

Fin de la novela. Maxim 7 años.

Maxim. Casi 8 años.

21 de agosto de 1995

Estoy enfermo. Tengo 38 de fiebre. Todo el dia estoy tumbado, que aburrido. Otra vez voy a escribir el diario.

Ayer paseamos con mama por el bosque. Vika todo el rato iba de superior.

Vimos pajaros raros. Bueno, los pájaros eran normales pero acian cosas raras. Gritaban fuerte todo el rato con el pico abierto. Mama dijo que era porque iba a llover. Pero aller no llovio. Y hoy tampoco al reves hoy ha echo sol y mucho calor.

Pienso todo el rato en los pajaros. Son muy curiosos. Por la noche he soñado con ellos. Ha sido un sueño raro. Primero era que yo volaba y era muy bonito. Luego venían unos pajaros muy grandes y me persegian. Me querían comer. Entonces yo veia una cueva grande y volaba alli y los pajaros volaban detras de mi. Luego me he despertado.

21 de agosto de 1995 noche

En realidad no he contado todo el sueño. Pero el diario mio no lo lee nadie asi que es igual y lo escribo. Cuando soñaba que bolaba yo era como una niña. También llebaba ropa de niña un vestido como el de Vika. Bueno el suyo es azul con rayas verdes y el mió era negro. Y del vestido salían unas alas transparentes y grandes.

22 de agosto de 1995

Me duele mucho la oreja.

23 agosto de 1995

Me duele la oreja. Como si algo se arrastrara por dentro. Le he dicho a mama que hay algo que se arrastra por dentro. Ella dice que eso siempre pasa cuando las orejas se resfrian.

25 de agosto de 1995

Todo el dia me ha dolido la oreja y la cabeza también. Hay algo que se muebe por dentro.

26 de agosto de 1995

Me duele mucho.

1 de septiembre de 1995

Vika ha ido al cole pero yo no. Me duele mucho la cabeza otra vez y tengo mucho calor. Me cuesta mucho escribir el diario.

2 de septiembre de 1995

Esta noche he tenido mucha fiebre y por la mañana Vika ha dicho que he gritado mientras dormía y ella ha llamado a mamá. Yo no me acuerdo.

Por la mañana mamá me ha traído leche caliente y me ha preguntado que había soñado tan terrible. Todo el rato me obligaba a beber la leche caliente y yo tenía ganas de vomitar. He quitado la nata asquerosa de la leche y la he echado en un platito. No me acuerdo de nada de lo que he soñado.

2 de septiembre de 1995 noche

Ya me acuerdo del sueño. He soñado otra vez que era una niña y tenía unas alas transparentes y grandes. Pero no quería que nadie las viera y por eso me las arrancaba con mis propias manos. Y eso me dolía mucho, mucho más que la oreja.

No se lo contare a mamá.

5 de septiembre de 1995

Si le echo mucho azúcar a la leche está más buena. Pues sí. Y también están buenos los huevos moles. Antes cuando nos poníamos malos papá siempre nos lo hacía. Ahora mamá. No los hace tan buenos pero es igual también me gustan.

9 de septiembre de 1995

Otra vez una pesadilla.

Me ponía bueno y iba al colegio. En la clase de lectura tenía muchas ganas de ir al lababo a hacer caca y pedía permiso. Iba al lababo, me bajaba los pantalones y veía que mi piel era negra. Me asustaba y iba al espejo y veía que la cara también era negra y de la boca me salían unos colmillos largos y negros. Y no tenía los ojos azules, eran negros, todos negros. O sea que el blanco del ojo era negro y se mezclaba con el redondo negro que en la realidad es azul.

Me quitaba toda la ropa y me ponía a llorar. Pero tenía muchas ganas de ir al lababo y hacer caca y fui. Pero luego miraba y lo que había salido era muy raro. Muchas bolitas pequeñas y blancas. Y entonces tenía mucha hambre y me comía unas cuantas bolitas. No me acuerdo del sabor. Luego me ponía a llorar otra vez y salí corriendo del lababo. Corría por el pasillo del colegio pero iba muy muy despacio. Me costaba mucho correr. Entonces me ponía a cuatro patas y entonces corría más deprisa.

Entraba corriendo en la clase y todos se levantaban y estaban delante de mí y se reían y me señalaban con el dedo. Y también Nadezhda Mijailovna se reía. Y entonces me decía que saliera a la pizarra. Y yo veía entonces que estaba desnudo y estaba a cuatro patas. Y me desperté.

Maxim. 8 años

10 de septiembre de 1995

Ayer

Hoy ha sido nuestro cumpleaños. Mamá me ha regalado una pistola de agua. No me gusta. Vika ha dicho que por mi culpa no ha benido nadie y

Ayer tuve

y ahora Vika no me habla. Es tonta. Yo no tengo la culpa si estoy enfermo. Si fuera ella la que está enferma yo no habría dicho nada así.

Ayer tuve mis primeros hijos. Me comí tres. Necesitaba fuerzas.

17 de septiembre de 1995

El gato se ha puesto rabioso. Yo no le he hecho nada malo y él se me ha tirado a la cara desde el armario y me ha arañado la frente. ¡Lo odio! Y luego ha saltado por la ventana y se ha escapado. Mamá ha ido a buscarlo. Si lo encuentra y lo trae a casa lo voy a cojer esta noche por las patas y lo voy a colgar de la cola.

Tenía razón. Es un buen

17 de septiembre de 1995 noche

No lo ha encontrado. Dice que ha cojido la rabia y se ha ido a morir. ¡Mi gatito! ¿Por qué he querido torturarlo? Él no tiene la culpa si se ha puesto enfermo.

Tenia razón. Es un buen sitio. No podía

18 de septiembre de 1995

Me an puesto una indiccion contra la rabia. Es igual si encuentro a ese gato lo voi a atar y le voi a dar una paliza.

No podia aber encontrado un sitio mejor para el Reino. Aqui ace calor

19 de septiembre de 1995

Aqui ace calor y es bastante seguro. Hay bastante comida.

10 de noviembre de 1995

Hoy me he dado cuenta de que no echo de menos a papa. Vika si que lo echa de menos pero yo no. Todo el rato esta preguntando cuando viene papa. Le gusta mucho salir con el. A mi me da igual. En realidad no me gusta salir ni con papa ni con los otros niños. Ace mal tiempo, ace frio y todo esta mojado.

11 de noviembre de 1995

No quiero a papa y ya esta.

No se si quiero a mama. A beces me parece que seria mejor si tubiera otra mama.

¿Entonces esto quiere decir que no quiero a nadie? No, no es verdad. Si que quiero a algien. Siento amor por algien.

Queremos mucho a mama. Ella nos ha tenido a todas. Y tendrá mas de nosotras. Nuestra mama es la Reina. Cuando seamos mayores nos casaremos con ella.

Aunque... no tenemos sexo. Da igual, nos casaremos con ella igual.

Maxim. Nueve años.

Tengo miedo. Me parece que yo

Tiene diez años

20 de septiembre de 1997

Hace dos años que vivo aquí. Vivo en la cabeza.

Órdenes de la Reina:

1. Obedecer en todo a la Reina.

2. Defender a la Reina.

3. Escribir el diario.

Escribir el diario esta bien. Escribir el diario es necesario. Sirve para ordenar las cosas. Sirve para ordenar las ideas.

4. Conservar el calor.

Gracias al calor nos reproduciremos. Gracias al calor estaremos bien.

5. Alimentar a la Reina y a las hijas de la Reina.

6. Tener provisiones. Tener provisiones es muy importante. No tenemos suficiente comida. Hay que tener comida. Hay que esconderla. Hay que cogerla.

Necesitamos: proteínas e hidratos de carbono.

Proteínas: carne (cruda o cocida, guisada, asada), insectos (vivos o muertos), setas, plantas.

Hidratos de carbono: el polen, la savia dulce de árbol y los excrementos de pulgón son muy difíciles de conseguir.

Se pueden sustituir por muchas otras cosas: azúcar, chocolate, caramelos, pastelillos, zumo de sandía, miel.

La miel ya no es peligrosa. Ya no nos quedaremos pegados a ella.

Octubre de 1997

Esto es muy importante. De momento me acuerdo. Yo soy Maxim. Voy a cuarto de primaria.

Casi siempre saco excelentes.

Cuando abra el diario el próximo día, volveré a leer esto y me acordaré. Por si acaso lo volveré a escribir.

Yo soy Maxim. Voy a cuarto de primaria. Casi siempre saco excelentes. Tengo diez años. Mi

madre se llama

Somos todas hermanas y hermanos. Todas somos hijas de la Reina. Todas somos una. Somos las niñas de la Reina. Somos parte de la Reina. Nosotros Yo quiero a la Reina. Yo soy la Reina.

Me llamo Maxim. Tengo diez años. No me dejan

Nuestra raza es muy antigua. Vivimos en la Tierra desde hace ciento cincuenta millones de años. A lo largo de este tiempo nos hemos vuelto sabias.

Hemos aprendido a cuidar animales. Sabemos criar pulgones.

Hemos aprendido a cazar. Sabemos cazar insectos, cangrejos y hasta animales grandes.

Hemos aprendido a trabajar la tierra. Sabemos cultivar setas.

Hemos aprendido a construir. Sabemos cómo construir el Reino.

Hemos aprendido el arte de la guerra. Sabemos luchar contra otros Reinos.

Hemos aprendido a amar. Sabemos querer a la Reina.

Hemos aprendido a tener esclavos. Antes sabíamos someter a los insectos y las plantas. Ahora sabemos someter también a

No me dejan

15 de noviembre

Mi madre se ha enterado. Me ha preguntado quién es la Reina.

Órdenes:

1. Protegerse, protegerse, protegerse, protegerse. En esta forma de existencia, la glándula del veneno no sirve para atacar ni defenderse. Hay que protegerse de otras maneras.

2. No pronunciar jamás la palabra «Reina» en voz alta. Es peligroso.

3. No volver a tocar nunca más su comida. La Madre te dará los pastelillos dulces de queso y los bollos.

4. Acumular provisiones.

Invierno

Dormir más. Bien caliente.

Primavera. Verano.

Todo va según el plan.

Tiene once años

Otoño

A veces me da pena

nos da pena

Cree que en su casa vive su hijo.

Pero en su casa vive el Hormiguero.

Pero en su casa vive el Reino.

Nos hace gracia.

¿Cómo deberíamos llamarla? Ya no es nuestra mamá. Nuestra mamá, mamaíta, nuestra mamá es la Reina. La Reina está en nuestra cabeza.

Ella es una Madre extraña. Ella solo nos alimenta. No queremos a la Madre. Queremos a mami.

Queremos a mamita. Queremos a la mami de las hormigas. A la Reina de las hormigas.

23 de octubre de 1998

Me han dejado escribir. Ya no queda casi nada de mí. Son muchas ya viviendo dentro de mí. Tal vez varios miles. Es difícil calcularlo ya.

A veces las entiendo muy bien. A veces oigo claramente su voz. La voz de la Reina, que las gobierna. Y a mí también. Tiene una voz muy bonita.

Sé cuando tienen hambre y quieren que les dé de comer. O cuando tienen frío. O cuando tienen miedo y debo protegerlas.

Ahora ya no veo que esto tenga nada de malo. Al revés, mi obligación es proteger a la Reina.

Pero me da la impresión de que hay algo más grande. Me da la impresión de que tienen un

objetivo. No solo vivir dentro de mí y gracias a mi ayuda. Pero no sé cuál es ese objetivo. De momento me lo esconden. Es posible que estén poniéndome a prueba. Es posible que no confíen en mí lo suficiente...

Ya no queda casi nada de mí. Cuando no quede nada en absoluto, entonces sabré cuál es el objetivo.

24 de octubre

Saco casi todo excelentes. ¿Cómo puede ser? No hago los deberes, no estudio nada. NO SÉ NADA.

Nosotras sabemos muchas cosas. Somos muy antiguas.

25 de octubre

Debería aprender algo más de ellas.

He cogido un libro muy útil de la biblioteca del colegio. Se llama *Insectos: pequeños amigos y grandes enemigos*. Precisamente hay un capítulo sobre las hormigas.

Si aprendo más cosas sobre ellas, tal vez pueda escapar

Ah, es un buen libro. Me gusta mucho. ¿Y si arranco las páginas más interesantes y las pego en el diario?

Venga.

Qué interesante nos parece. Estamos contentas.

La importancia económica de las hormigas es muy grande. Muchas clases de hormigas son fundamentales para la formación del suelo, pues lo mezclan, lo airean y lo fertilizan. Algunas hormigas (por ejemplo, las hormigas rojas de bosque o las tejedoras) se emplean para combatir las plagas de plantas nocivas. Pero algunas hormigas también destruyen la madera y resultan perjudiciales para la agricultura (por ejemplo, las hormigas recolectoras y las podadoras).

Pero las hormigas recolectoras también desempeñan un papel positivo: esparcen las semillas de ciertas plantas y enriquecen el terreno.

Sin embargo, ciertas especies de hormigas pueden transmitir enfermedades a las personas y los animales.

La reproducción de las hormigas y su asentamiento se desarrolla de la siguiente manera: una vez al año, normalmente a finales de verano, aparecen muchas hormigas voladoras en el nido. Los días calurosos levantan el vuelo. Bandadas de golondrinas, vencejos y otros pájaros vuelan entre las hormigas lanzando gritos agudos y cazándolas. La reproducción tiene lugar tanto en el aire como en el suelo. Después, los machos mueren, y las hembras se cortan las alas con los dientes o se las rompen y buscan un sitio para construir el nido. Cuando lo encuentran depositan la primera tanda de huevos, que suelen ser alrededor de una decena.

La comunidad habita en el nido entre ocho y diez años.

Una familia de hormigas puede llegar a tener un millón de miembros.

La madre puede ser fecundada por unos veinte machos. Suele hacer solo un vuelo cuando está en celo, pero el esperma sigue siendo útil a lo largo de toda su vida. El esperma de cada macho se guarda por separado en el organismo de la madre, de modo que en cada puesta de huevos se transmite la herencia genética solo de un padre.

La mayor parte de la descendencia se convertirá en hormigas obreras asexuales. Cuando las obreras de la primera puesta crecen, la hembra dejará de alimentar a las larvas y se ocupará solo de poner huevos. A partir de entonces, las obreras se alimentan por sí mismas y alimentan a la hembra y a las larvas mediante las secreciones de las glándulas salivales. De vez en cuando llevan al nido restos de insectos muertos.

Invierno.

Hay que moverse menos. Estar en sitios calientes.

Primavera. Verano.

¡Tenemos hijitos nuevos!

El ciclo de crecimiento de las hormigas incluye una transformación total, como todos los himenópteros. Primero salen las larvas de los huevos. A lo largo del crecimiento cambian la cutícula (la capa exterior) varias veces. Esto se llama muda. La etapa larval termina con la transformación en crisálida.

Antes de convertirse en crisálida, la larva deja de alimentarse, eructa el meconio (el contenido de su intestino) y, como sucede en la gran mayoría de hormigas, se envuelve en un capullo de seda (son precisamente estos capullos a los que la gente llama huevos de hormiga). Dentro de la crisálida tiene lugar una modificación radical del cuerpo del insecto: la larva sin patas y con forma de bolsa se convierte en un individuo adulto de morfología compleja (imago). Los estadios anteriores del ciclo vital de las hormigas se agrupan bajo la denominación de cría.

Tiene doce años

Ya tenemos cuatro años.

O sea, ya hemos vivido casi la mitad de nuestra vida. Es hora de pensar en serio en el futuro. ¿Qué queremos ser?

Otoño

La saliva de las personas enfermas también atrae a las hormigas. En general les gustan mucho más las secreciones de las personas enfermas que las de las sanas. Por ello suelen encontrarse hormigas faraón en las unidades quirúrgicas. No ha sido sino recientemente que los trabajadores de algunos hospitales de los países bálticos han conseguido controlar las plagas de hormigas. Los insectos se escondían en el algodón y las vendas, y durante la operación llegaban hasta el escarpelo del cirujano.

Sí, los muy respetables autores de este libro están totalmente en lo cierto con respecto a nuestros gustos. Vamos a ver a la abuelita todos los días.

Invierno

No hay nada en el mundo que huela tan bien como nuestra Reina.

Pero: hay veces en que su Hermana también huele muy bien. Nos gusta. Queremos

26 de febrero de 1999

Es su sangre. Una vez al mes.

Me he dado cuenta de que Vika

Oh, eso es justo lo que quiere la Reina. Pero lo primero que hay que hacer es calcular.

Primavera

A las hormigas les gusta vivir en simbiosis con otros organismos vivos. Así, las hormigas cuidan a los pulgones para poder comerse sus excrementos dulces.

El primero que estudió la simbiosis de las hormigas con los pulgones fue el importante entomólogo ruso A. K. Mordvilko, quien mostró que esta forma de simbiosis surgió hace mucho tiempo: se descubrieron hormigas y pulgones en ámbar. Las hormigas desarrollaron instintos complejos relacionados con el cuidado de los pulgones. Los protegían para conseguir sus excrementos, procuraban proporcionarles los brotes más tiernos y jóvenes y en invierno se llevaban a las hembras al hormiguero.

Con frecuencia, al favorecer la reproducción de los pulgones, las hormigas acarrear serios daños. Sin embargo, en nuestros bosques, las hormigas crían solo unas especies de pulgones que no causan perjuicios graves a los árboles.

También existe una simbiosis entre hormigas y plantas mirmecófilas. Estas plantas suelen tener nectarios especiales que segregan sustancias líquidas dulces, y estas atraen a las hormigas, que construyen el nido en la parte central y porosa del tallo o del tronco o en una cavidad de estos.

Las plantas proporcionan refugio y alimento a las hormigas, y estas, a su vez, limpian el tronco de parásitos y las protegen, pues se comportan como sustitutos vivos de las espigas.

Apuntes de la Reina:

El 20 de agosto de 1995 empecé un experimento hasta ahora único en la historia de la Tierra: la

toma de un cuerpo humano y la construcción en él de un Hormiguero-Reino. Penetré por la cabeza del individuo a través del canal auditivo y puse allí (y he seguido poniendo) los huevos, con la subsiguiente diseminación de la descendencia por todo el organismo.

Los experimentos anteriores con las plantas *Endospermum formicarum*, *Cecropia adenopus*, *Myrmecodia pentasperma* y otras se revelaron como casos de simbiosis excepcionalmente exitosa y ventajosa para ambos.

La duración de la vida del individuo excede de largo la duración de la vida de las hormigas. Según mi opinión, en el Reino Humano podríamos vivir no de ocho a diez años, sino mucho más, veinte o tal vez treinta, pues nos asimilaríamos al ciclo vital del individuo. Pero estaba equivocada. Ahora veo que eso no es posible.

Este cuerpo no es adecuado para el Reino. Se ha estropeado y ya no sirve.

Están parcialmente destruidos: el hígado, el estómago, la vesícula biliar, el duodeno, el cerebro. Con mal funcionamiento: las glándulas sudoríparas y las sebáceas.

Además: la epidermis y el músculo cardíaco están en mal estado (150 latidos por minuto y con frecuentes interrupciones del ritmo).

La circulación de la sangre en el cerebro es dificultosa.

Malos movimientos peristálticos.

Nuestro propio estado también ha empeorado, en consonancia con el estado del Reino.

No obstante, la edad del cuerpo es de doce años.

¿Cuánto tiempo seguirá funcionando? He ordenado que se realicen cálculos, y el resultado es poco optimista: cuatro años; cinco, como máximo.

Considero imprescindible y urgentísimo modificar la orientación del experimento y prescribo

La Reina prescribe que se haga un cálculo general y que empiece el cumplimiento del Nuevo Plan cuanto antes.

Verano

La Reina está muy triste. Pobre Reina. Pero no podemos hacer nada por el momento.

¡No hay nada que hacer! No hay ninguna regularidad. Tal como están las cosas, es totalmente imposible calcular el periodo de ovulación. Dudamos de que, tal como están las cosas, sea posible que tenga lugar la fecundación.

¡Me gustaría mucho ayudar a la Reina, pero todavía no puedo! No he crecido lo suficiente.

¡Tengo miedo de no conseguirlo!

Tiene trece años

Otoño

Fragmento del último y brillante discurso de la Reina, que pronunció ante sus súbditos justo esta mañana:

«Y por eso debemos emplear todas nuestras fuerzas para llevar a cabo nuestro Nuevo Plan. Pues a día de hoy nadie tiene dudas sobre su simplicidad, grandeza y conveniencia. Solo si nos unimos de verdad, solo si crecemos juntas desde el principio —repito: ¡desde el principio!—, podremos conseguir lo que deseamos. ¿Queréis un aumento de la duración de la vida? ¿Queréis vivir hasta los ochenta años? ¿Queréis ver el nacimiento de una nueva civilización, de una civilización ideal? ¡Amigas más! ¡Hijas más! Lo haremos juntas».

¡A todas les encantó el discurso!

A mí también me gustó. No hay nadie más inteligente, más bueno ni más brillante que la Reina.

Invierno

Fragmento del informe FCRJV (Fracción Científica Real «Juntos, la Vida»):

«En el presente momento ya podemos afirmar con total seguridad que el ciclo de la Hermana por fin se ha estabilizado. La menstruación y la ovulación tienen lugar a su tiempo debido. Sin embargo, todavía es pronto para hablar de la inmediata realización del Plan.

Motivo: el organismo de la Hermana no está preparado para albergar un feto tan complejo (o

tal vez varios). Un embarazo corriente ya provoca cambios hormonales muy complicados en el organismo de un individuo humano del sexo femenino. De modo que la fecundación con esperma saturado de larvas de hormiga puede ocasionarle procesos aún más complejos. A día de hoy, el organismo de la Hermana no es capaz de soportar la carga deseada ni, por tanto, puede traer descendencia al mundo a corto plazo, según el proyecto "Juntos, la Vida".

Es necesario esperar. El periodo de espera aproximado son tres años».

Tiene catorce años

Los seres necróforos trasladan los cadáveres. Las hormigas sacan a sus congéneres fuera del hormiguero. Esta característica está relacionada directamente con la quimiorrecepción. Las hormigas son muy sensibles al ácido oleico, una de las sustancias que segregan los insectos al descomponerse. El individuo que se mancha con ácido oleico es percibido por sus parientes como muerto, y lo sacan del nido aunque aquel muestre una fuerte resistencia.

Nos encontramos muy mal. Estamos enfermas. Mueren muchas. Menos mal que, en las condiciones en que se encuentra nuestro Reino vivo, podemos sacar los cadáveres fuera del organismo de manera mucho más sencilla que en las condiciones de un hormiguero normal de bosque.

Estamos tristes. Estamos asustadas. Tenemos miedo de morir antes de que podamos llevar a cabo nuestro Plan.

Tiene quince años

Y le falta poco para los dieciséis.

Aguantamos como podemos. Es hora de empezar a cavar la madriguera. Hay que comer más. Con la construcción de la madriguera se nos irá mucha fuerza física.

Tiene dieciséis años

Otoño

Hoy hemos ido al bosque y hemos empezado a cavar. Ha sido el primer día. Antes de empezar a trabajar, la Reina ha querido hacernos un discurso, pero no ha podido. Nuestra Reina está muy enferma.

No tendremos que esperar mucho más. Pero ¿podrá la Reina poner una tanda de larvas suficiente para la fecundación inminente? ¿Tendrá bastantes fuerzas?

Tenemos un poco de miedo, pero estamos rebosantes de esperanza.

Invierno

Para no desmoralizarnos, nos entretenemos con cualquier cosa. Nos quedan los últimos recortes de su libro. Los pegamos aquí.

¡Qué habilidades tan asombrosas poseen las hormigas! Las segadoras se alimentan de setas que ellas mismas cultivan en cavidades subterráneas. Preparan abono para las setas y las fertilizan, separadas por «brigadas». La primera brigada corta trocitos de hojas de los árboles y luego las tritura. La segunda transporta las hojas trituradas al hormiguero. En este trayecto, fuertes hormigas soldado acompañan a la brigada. Sus mandíbulas poderosas son capaces de atravesar la piel humana.

En casa, las hormigas obreras reciben las hojas trituradas y las mastican con minuciosidad. Después, las pequeñas hormigas jardineras dividen la masa resultante en porciones minúsculas, eliminan los parásitos y abonan las setas con esta especie de papilla.

Las obreras que se ocupan de la agricultura hace tiempo que perdieron la capacidad de reproducirse. Simplemente, no tienen los órganos necesarios. ¡Ese es el precio que hay que pagar por su pericia profesional!

«Qué habilidades tan asombrosas...». Cuánta ingenuidad. Qué tontería.

Sabemos hacer cosas muchísimo más complejas. Pero ahora no viene al caso.

Y aquí va otro fragmento. Este es nuestro preferido. Nos reímos cuando lo leemos.

Las características del comportamiento de las hormigas a lo largo de muchos años han

empujado a los estudiosos a suponer la existencia de inteligencia en estos insectos. Sin embargo, a día de hoy esta teoría está refutada por completo. Se ha demostrado que las hormigas se guían exclusivamente por instintos complejos.

Primavera

La madriguera está lista.

Día de verano

Me siento vieja, muy vieja. ¡La juventud se me ha pasado volando! El día de hoy... ¡Ah! ¡Se parece tanto a aquel, hace tanto tiempo, cuando yo era joven y guapa! Todos los hombres, absolutamente todos, me iban detrás. Sí, aquel día tuve muchísimos maridos, más de veinte. Bailábamos, bailábamos, bailábamos en el aire. Aquel día fundé el Reino.

Hoy es el día perfecto para llevar a cabo el Plan.

Tarde de verano

Hoy hemos llevado a cabo el Plan. Primero he tenido que matar a su macho. Y luego lo he hecho, lo hemos hecho. Ella chillaba y quería escapar. La hemos atado. Le hemos tapado la boca con un esparadrapo. Luego hemos hecho lo que tú ordenaste. Con asco. Sin deseo. Ha sido muy desagradable. ¡Porque nosotros solo te queremos a ti! ¡Yo solo te quiero a ti, mi Reina!

La hemos obligado a escribir una nota para la Madre.

La hemos metido en la madriguera. Atada.

Le llevaremos comida. Le llevaremos agua. Incluso hablaremos con ella. Hasta que se cumpla el plazo.

Qué he hecho. ¡Dios mío, qué le he hecho a mi hermana! Porque es mi hermana...

Noche de verano

Estamos todas aquí, hermanos y hermanas. Todas somos hijas de la Reina. Todas somos uno. Somos las niñas de la Reina. Somos parte de la Reina. Nosotras somos yo. Quiero a la Reina.

Yo soy la Reina.

Otoño. Tiene diecisiete años.

Hemos acondicionado la madriguera contra el frío. Para que sobreviva.

Tarde de invierno

La hemos atado mal. Por poco se escapa. Se ha revolcado por la madriguera. Saltaba y se pegaba en el vientre.

¡Quería matar a nuestras hijas! ¡Quería arruinar el Proyecto!

Nos hemos enfadado mucho.

Menos mal que hemos llegado a tiempo.

Abril de 2005

Esta es la última anotación. Me muero. Nos morimos. Ya no tenemos fuerzas. Pero tengo que llegar hasta la Hermana. Se ha cumplido el plazo. ¿De verdad tengo que ir con ella, querida?

¡Habla conmigo, despídete de mí! ¡Habla con nosotros, Reina!

Es la última anotación. Me muero.

He hecho todo lo que he podido. He llevado a cabo el Plan.

Es la última anotación.

Primer año

Con un gemido, Vika expulsó de su interior tres grandes huevos viscosos, unidos por el cordón umbilical. Parecían un aberrante racimo de uvas. Murió al cabo de unos minutos, en el mismo momento en que las hormigas empezaban a abandonar el cuerpo inerte de su hermano.

Abandonaron su cuerpo. Salieron al exterior. Miles y miles.

Primero caminaron por su cuerpo, por su casa fría e inmóvil, trazando senderos finos y tortuosos por las mejillas, por el mentón, por los ojos abiertos y vidriosos.

Después bajaron al suelo y, despacio, en fila, formando un negro y triste cortejo fúnebre, se

dirigieron a los huevos. Los lomos brillaban débilmente a la luz de la lámpara de queroseno. En el centro de la madriguera, varios centenares de hormigas se separaron del torrente general y se arrastraron hacia la salida. Cargaban con un cuerpo gigante y retorcido, el de la madre de las hormigas. Estaba muerta. La sacaron de la madriguera y se la llevaron lejos, con cuidado, a las profundidades del bosque. Querían enterrar a su Reina en la tierra húmeda de abril, entre las hojas putrefactas del año anterior.

El resto de hormigas se acercaron a los huevos. Con las patitas negras, con las afiladas mandíbulas negras rompieron la capa blanquecina y blanda de los huevos.

Un niño estaba totalmente azul y no respiraba. Los otros dos aspiraban con ansia el aire liviano y frío de abril y lloraban con chillidos estridentes y penetrantes.

La madre descubrió la madriguera enseguida. La buscó sin pensar, con indiferencia, guiada solo por una espantosa intuición, y al llegar a la entrada se quedó paralizada, mirando el sombrío interior.

Las hormigas ya habían cortado el cordón umbilical; metódicas, llevaban hojas, hierba y ramitas a la madriguera y las colocaban alrededor de los pequeños cuerpecitos con sumo cuidado.

La madre estaba tranquila, muy tranquila, sin saber por qué. Su hijo y su hija yacían delante de ella, inmóviles y vacíos. Habían vuelto a adquirir su semejanza primigenia: la piel del mismo color ocre claro, el vientre hinchado, impotentes los dos bajo tierra. Sus hijos. Dos envolturas yertas. Les cerró los ojos y los besó en la frente fría, primero a uno y luego al otro.

Después miró en el rincón más remoto de la madriguera. Dos recién nacidos, un niño y una niña, lloraban sin cesar. Tenían frío. Avanzó un paso hacia ellos, pero se detuvo en seco, pues sintió una amenaza: al percibir que se acercaba, las hormigas que trajinaban alrededor de los bebés se quedaron un segundo inmóviles, atentas, y luego se movieron hacia ella.

No la atacaron. Simplemente, no la dejaban pasar.

Un poco más lejos estaba el bebé muerto. A él sí que le dejaron acercarse. Lo cogió con cuidado y advirtió que era bastante más pequeño que los otros dos (seguramente ya habría muerto en el útero) y que no se le habían formado los órganos sexuales.

Lo enterró allí cerca, al pie de un álamo. Sacó a Maxim y a Vika de la madriguera con bastante esfuerzo y los arrastró hasta lo profundo del bosque, lo más lejos que pudo de la madriguera. Y regresó.

Los bebés seguían llorando.

«Dios mío, quieren comer —pensó—. Se morirán de hambre. ¿Quién va a darles de comer? El diario decía que alimentan las larvas con la secreción...».

Hay que darles leche, hay que comprarles comida de bebés, hay que

Alimentan las larvas con la secreción de sus glándulas salivales

traerles un sonajero, un jersécito

A veces les llevan al nido trozos de insectos muertos

—Las hormigas obreras se alimentan a sí mismas y alimentan las larvas con la secreción de sus glándulas salivales —pronunció en voz alta, sin saber lo que decía.

A la mañana siguiente, la madre llevó consigo un paquete de azúcar y lo vació en la madriguera. Hace tiempo que los vecinos de Yásenevo ya no se extrañan cuando se encuentran por la calle a aquella desgraciada. Ya se han acostumbrado a ella. Todos lo saben. El dolor la volvió loca después de que perdiera a sus dos hijos.

Las mujeres que pasean por la linde del bosque con los cochecitos de bebé y los hombres que sacan a sus pacientes perros después del trabajo suelen verla por allí. Sonríe. Todos los días lleva al bosque un paquete de azúcar en polvo o una bolsita de pastelillos.

Todos los días.

VIVOS

Incluso ahora, dos semanas después de que me montaran el enorme acuario en casa, sigo sin poder decidirme.

Es el cuarto día que me llaman de la fábrica y me dicen que ya está listo.

Pero todavía dudo. No estoy segura del todo.

No, no es verdad. Hace tiempo que lo decidí, y no hago más que darme largas. Pero ya no puedo echarme atrás. Desde luego, no es porque ya lo haya pagado (¡y eso que me ha costado mucho, mucho dinero!), sino porque me da la sensación de que últimamente solo he vivido para esto. Y si hoy me echo atrás, mañana no tendré ningún motivo para levantarme, vestirme, obligarme a comer... Ningún motivo para moverme.

De modo que le digo al auricular del teléfono: «Sí, iré hoy. Quedamos allí sobre las cinco». Y voy a prepararme.

El gerente de ventas se reúne conmigo en el vestíbulo. Más que reunirse conmigo, se me tira encima como un perro loco de felicidad con la vejiga urinaria a punto de explotar ante la inminente perspectiva del paseo. Me imagino con repugnancia cómo mueve el muñón de la cola, cortada cuando era pequeño, dentro de los estrechos pantalones negros.

El gerente me estrecha la mano y sonrío ampliamente y con dulzura. Empiezo a sospechar que también con sinceridad. Es decir, que se alegra de verdad de verme.

Es comprensible. Soy una cliente muy importante para él. He pagado por este encargo tanto dinero que el gerente de ventas podría dejar de ser gerente de ventas y vivir con ese dinero hasta que se muera, incluso si tiene una vida muy larga.

Echo la última firma y por fin cojo mi caja. Ha estado todo el tiempo allí, encima de la mesa, mientras formalizábamos el contrato, y he intentado no mirarla. Pero ya la tengo en mis manos.

—¿La ayudo a llevarla? —me pregunta el gerente.

—No, gracias.

No pesa. No pesa nada.

—No pesa nada —digo con tono inquisitivo.

—Claro, es normal —repuso el gerente. Era previsible.

Me siento estúpida. Como si hubiera preguntado a un empleado del crematorio cómo era posible que un cuerpo tan grande cupiera en una caja tan pequeña.

A decir verdad, se diferencia muy poco de...

Sigo sentada en el sillón con la caja en las manos.

—¿Le apetece un cafecito? —Parece que el gerente no sabe qué más hacer conmigo.

—¡No, claro que no! —Me levanto de un salto. Solo faltaba eso.

Salgo de la fábrica y pienso que lo más probable es que nunca más vuelva a ver al gerente. Cosa de la que me alegro. Porque sabe muchísimo de mí. Si en lugar de ir a la fábrica todos los días de este mes hubiera ido a la iglesia a confesarme, el sacerdote no sabría tanto de mi vida como él.

Además, al sacerdote no hay que mirarlo a la cara. A su cara joven, satisfecha, elástica.

Vuelvo a casa, dejo la caja en el pasillo, me quito los zapatos y voy a la cocina. Abro la puerta de la nevera, echo una ojeada dentro, no porque tenga hambre, sino como una automática. No hay casi nada. Desde que... Últimamente casi no como, no tengo apetito. Bueno, sí que como, pero cuando me acuerdo, pero muy pocas veces, muy poco, cualquier tontería. En fin, que no puede decirse que me prepare comidas decentes. ¿Para qué? ¿Para mí sola?

En la nevera hay leche, zumo, un trozo amarillento de mantequilla en un papel de plata roto y grasiento, un montón de tarros de conserva, una cazuela de pasta reseca y un coco.

Procuro no pensar en la caja que hay en el pasillo.

Saco el coco. Después de buscar mucho rato, por fin encuentro un martillo. Pongo el coco en el suelo, levanto la mano y le doy. El coco sale disparado hacia atrás un metro, sano y salvo. Me

acercó a él y lo golpeo de nuevo, con el mismo resultado. Me paso diez minutos persiguiéndolo por la cocina, martillo en mano. Qué diez minutos tan felices: estoy tan concentrada en el coco que no pienso en nada. Ni siquiera en la caja.

Al final lo tengo atrapado. Está acorralado en un rincón de la cocina, entre las dos paredes y el suelo. Ya no puede huir a ningún sitio. Levanto la mano y golpeo (no muy fuerte, para no estropear la cáscara). El coco suelta un crujido alegre y se resquebraja, sumiso. Se abre a mí, hospitalario, partiéndose en dos mitades iguales. La cáscara marrón es áspera y sucia, pero el interior es liso y blanco como la nieve, y de él rezuma un fluido tropical.

Cojo un cuchillo, quito la pulpa y la pongo en un plato.

No puedo comer en la cocina. Sentarme frente a este plato solitario en silencio. Masticar en silencio. Como una autómatas. Siento que es la quintaesencia de mi soledad. Cojo el plato y voy a la habitación del televisor. El televisor no funciona, pero el vídeo sí. Meto una cinta, pero el aparato no la quiere, se le atraganta. Al final la engulle a desgana. Al cabo de cinco segundos emite un zumbido atormentado y, por fin, tras un gran esfuerzo, despide aliviado un eructo electrónico desde lo más profundo de sus entrañas y se queda en silencio. Aprieto el *play*.

El encantador Johnny Depp, vestido con una chaqueta de cuadros, un sombrero negro y un lazo blanco al cuello, tiembla largo rato, una eternidad, en una lúgubre locomotora que no cesa de silbar. Agarrando la maleta con sus manos refinadas, mira a los lados, acorralado. Mira por la ventana. Mira a sus vecinos sucios, medio salvajes.

—¿De dónde eres?

—De Cleveland.

—Cleveland...

—Del lago Erie.

—¿Tus padres viven en Erie?

—Murieron hace mucho.

—Entonces, ¿tienes mujer en Erie?

—No.

—¿Prometida?

—Estuve prometido, pero ella se echó atrás...

—Encontró a otra persona.

—¡No!

—Sí, claro que sí. Da igual; eso no explica por qué has hecho todo este viaje. Porque este es el viaje al infierno...

Ya sé que no acabaré de ver esta película. Es demasiado lenta. La he visto demasiadas veces. No podrá distraerme. No me ayudará a no pensar.

Aparto el plato con el coco. La pulpa está muy dura y cuesta de masticar. Me quedo sentada a regañadientes un cuarto de hora más.

Una hoja corta y reluciente hurga en la carne delicada de Johnny Depp.

—Tienes una bala de un hombre blanco junto al corazón. He intentado sacarla, pero no puedo. Si sacara la bala, te sacaría también el corazón...

Basta, ya no puedo más. Aprieto el *stop*.

Cojo un cuchillo de la cocina y abro con cuidado la caja. Saco un paquete. Voy quitándole las capas finas y crujientes que lo cubren. Lo que sostengo en mis manos parece más bien un muñequito. Un muñeco desnudo. Al tacto es áspero y seco. Como una seta deshidratada. Me recuerda... No sé a qué.

No, en realidad no se parece a eso. Tiene demasiadas arrugas. A decir verdad, no tengo ni idea de a qué se parece. Si se lo mira bien, da miedo.

Me acerco al acuario, me pongo de puntillas para alcanzar el borde y tiro el muñequito desnudo al agua. Es decir, a la solución.

Se hunde lentamente hasta el fondo, rodeado por arabescos de burbujitas que forman una aureola lanosa. Como las aspirinas efervescentes Ursa. Pero una Ursa al final se disuelve, y en cambio, esto...

Tres días. Tengo que esperar tres días.

Por mucho que posea, por muchas casas bonitas que tenga en el centro de Moscú (y me pertenecen, por ejemplo, la Casa del Embarcadero, la gran casa amarilla con estatuas de la calle Podkolokolni y otras tantas), con él viviré en casa. Nuestra casa está en los Estanques del Patriarca. Un estúpido piso de tres habitaciones de distribución caprichosa, con una columna absurda en el pasillo y unas habitaciones estrechas y largas como vagones. Con un linóleo horrible y siempre sucio. Un piso frío de tres habitaciones que tiempo atrás fue una portería cuya puerta daba directamente a la calle. Un piso oscuro de tres habitaciones con rejas en las ventanas y las cortinas permanentemente echadas para que los transeúntes no vieran el interior. Aunque, de hecho, ya podría quitar las rejas y las ventanas, porque no hay transeúntes. Ni tampoco ladrones. Todos lo que quedan en la ciudad son sus copropietarios. Todos son ricos.

Pego la cara al cristal. Está en el fondo, sin moverse, con los brazos y las piernas abiertos, como una estrella de mar. No me lo esperaba así: no sé por qué, pensaba que se pondría en posición fetal.

Se ha hinchado bastante. Ha alcanzado el tamaño de un niño de tres años. Le ha crecido pelo en la cabeza. Tiene la piel blanquísima. Los rasgos de la cara todavía no se le distinguen con claridad. Meto el enchufe en el alargador y arrastro la lámpara más brillante que tengo hasta el cristal del acuario. Conteniendo la respiración, estudio estos rasgos. Se parece, se parece mucho, pero... es una cara totalmente distinta. Tengo miedo. Queda un día. Todavía tiene que crecer hasta llegar al tamaño normal.

¿Y qué pasaría si esta disimilitud ligera y apenas perceptible no desapareciera?

Apago la luz. Observo un rato más el extraño cuerpecillo. Seguramente, todo esto no servirá de nada. Seguramente, esto solo empeorará las cosas...

Algo pasa en el acuario. Observo el agua oscura. Los dedos de la mano derecha tiemblan un poco, casi ni se nota. Me sobresalto, doy un paso atrás. Pero vuelvo a acercarme. Nada. No se mueve más. Doy unos golpecitos suaves en el cristal con los nudillos, flojo, flojito, como si quisiera atraer a un pez raro. Nada. Enciendo la luz otra vez; el cuello de la lámpara, blanco, curvado y de forma de muelle, se refleja en el cristal grueso. Y tras este reflejo, tras los resplandores amarillo verdosos, me da tiempo a ver como sus ojos reaccionan ante la luz intensa, como se entreabren solamente un instante y vuelven a cerrarse.

Salgo de la habitación muy despacio. Me siento las piernas como si fueran de pasta de galleta y se desmenuzaran, incapaces de sostener el peso del cuerpo. Las obligo a moverse con un último esfuerzo, a llevarme por el pasillo hasta la cocina, a doblarse por las rodillas de forma antinatural y a sentarme en el desgastado asiento marrón de la silla desvencijada.

Me siento a la mesa desordenada de la cocina, muy mona, de madera, comprada en IKEA. Me fumo un Kent One, los más suaves. Echo la ceniza en una mitad de la corteza del coco. Al lado está la otra mitad, llena hasta arriba de colillas e inclinada peligrosamente hacia un lado, inmóvil. Intento pensar, pero las ideas se me desparraman como insignificantes y episódicos arroyuelos sinuosos, se mezclan con nubes de humo, se enmarañan en ovillos desasosegados sin importancia. Tengo que vaciar el cenicero, está a punto de desbaratarse... Todo se desbaratará cuando vea el resultado... Hay que economizar los cigarrillos... No, qué va, no hace falta... Tengo unos cuantos cartones de reserva... Más adelante puedo bajar a la tienda y comprar más... Más adelante necesitaré más tabaco, porque tal vez él también... Y comida... ¿Para cuántos años habrá? Para muchos... En Moscú hay mucha... Hay tantos supermercados... Hay para aburrirlos... No, no creo... Se echará a perder... Entonces habrá que ir a la región...

Seguramente allí plantarán algo... Tendrán cultivos... Y nos venderán algo... Ahora nos venden agua, ¿no? Si ahora quito el agua... todo se detendría... No, no puedo... Ya se ha movido... He visto como se movía... No puedo... No puedo entrar más ahí... Esperar... Mierda, se ha esparcido... por toda la mesa... Qué asco... La última vez que fui no compré agua... Vine directamente de la fábrica a casa... Tengo que ir otra vez... No tengo ganas... Y el permiso... Qué más da ahora... Queda solo un día...

Hace muy poco tiempo que fue posible ir a la región. Hasta entonces, aquí, en Moscú, no teníamos ni idea de que quedaba gente viva fuera de los límites de la ciudad.

Hace un par de meses nos permitieron salir. Y sin embargo, la fábrica está allí, en la región. No sufrió daños gracias a algún milagro.

Se implantó un estricto sistema de permisos para los moscovitas. Pero aquí, igual que antes, no dejan entrar a nadie.

Todos los días del mes pasado fui a la región. A la fábrica. Con infinidad de fotografías, con grabaciones de vídeo y de audio, con camisetas y camisas viejas, con libretas. Y hablaba, hablaba y hablaba. De todo. Por las noches llenaba infinidad de papelitos con letra minúscula, anotándolo todo para no olvidar nada, para no dejarme ningún detalle. Y al día siguiente volvía a explicarlo todo.

El gerente de ventas, radiante, escuchaba mis confesiones y de vez en cuando hacía alguna pregunta.

—A ver, volvamos a precisar. ¿Usted quiere que nuestro modelo sea una copia exacta del patrón inicial?

—Sí.

—¿Está segura? Quiero decir, podrían hacerse ciertas mejoras. Por ejemplo, que tuviera una vista del ciento por ciento. Dice que su marido padecía de migrañas... y también... Dónde estaba... —Con una amplia sonrisa, el gerente desliza la yema pulcra y rosada del dedo índice por los párrafos de la interminable lista—. Aquí: tenía dolor de muelas... Gastritis... Podríamos corregir todo esto. ¿Quiere?

—No.

—Se podría, por decirlo así, poner entre paréntesis ciertos recuerdos. Los desagradables. Los de alguna riña, por ejemplo...

—No.

El gerente se encoge de hombros casi imperceptiblemente.

—Muy bien... —Se hace el silencio—. ¿Le apetece un cafecito?

—No, gracias.

—Muy bien... Volvamos al aspecto exterior. ¿El color de los ojos?

—Marrones. Marrón oscuro.

—Por favor, indíquemelo.

El gerente me pone en las manos un álbum grande que huele agradablemente a tinte tipográfico recién salido de la imprenta. He visto álbumes similares en la peluquería. Con mechones de pelo de distintos colores. En este, las páginas están llenas de dibujos de ojos de todos los tonos posibles de verde, azul oscuro, gris, azul claro, marrón... Incluso los ojos rojos de los albinos. Tardo un rato; no soy capaz de decidir cuál de los tres tonos de marrón es el que más se parece. Entorno los ojos, intento recordar... aquellos ojos cansados, atormentados por las lentes rígidas de contacto...

Señalo un ojo con el dedo.

Lo perdí en la revolución. Murió en aquella horripilante guerra. Él, y otros diez millones y medio de personas.

Y yo seguí viva. Yo, y otras mil personas.

Seguí viva para participar en la Gran Repartición.

Seguí viva para poseer edificios, parques y bancos, que pasaron a ser de mi propiedad.
Seguí viva para ver como levantaban un gran muro alrededor de Moscú.
Seguí viva sin saber qué sucedía al otro lado del muro ni si quedaba alguien vivo allí.
Seguí viva y recorrí con total libertad las calles vacías de esta ciudad tan grande en la realidad, y no solo en los mapas. A cualquier hora del día. Sin un solo atasco.
Seguí en el mundo de los vivos. Seguí viva sin él.
—Le recomiendo el modelo L-100. Lleva las teclas escondidas; no se notan nada. Están bajo la piel. Es un modelo muy económico, no necesita que lo alimenten, es ininflamable, es prácticamente irrompible y prácticamente...
—No.
—¿No?
—No. No me convence.
—¿Qué es lo que no le convence?
—Lo de las teclas, que sea ininflamable, y el resto de cosas. Ya se lo he dicho: quiero un modelo que no se diferencie en lo más mínimo del original.
El gerente baja la mirada y se parapeta detrás de su delicada tacita de porcelana con café. Se lo termina sin hacer ruido y se seca la boca cortés con una servilleta perfumada azul.
—Muy bien... Así pues, lo que usted busca es nuestro último modelo. Hemos terminado de perfeccionarlo hace solamente unos días. Se trata de un modelo sin número de serie con un nombre sencillo y fácil de recordar: M.
—¿Eme?
—Sí, M. Como metro.
¡Madre mía, pero qué idiota! «M, como metro». Después de todo lo que ha pasado. Lo mismo podría haber dicho: M, como muerto. M, como morgue.
—... Un modelo sin ninguna tecla. Pero nuestra tecnología punta utilizada en el mecanismo hace que sea totalmente indistinguible de...
—Perfecto. Quiero este.
—Pero... Mi obligación es advertirle que es imposible interrumpir el funcionamiento de este modelo. No puede apagarse. Tampoco puede reprogramarse. Es una obra de artesanía dentro de su género, por lo cual, claro, es tres veces más caro que el que le he propuesto...
El gerente se congela y se queda mirándome interrogativamente con la cabeza torcida.
—El dinero no es problema.
—Muy bien... —El gerente se descongela con alivio—. También tengo la obligación de advertirle que el modelo M no es simplemente un objeto parecido a una persona; es una réplica exacta. Funciona según los mismos principios que el organismo humano. Teme el frío y el calor, necesita agua y comida, reacciona ante los estímulos externos como cualquier ser vivo... Es extremadamente frágil y vulnerable. En este sentido, no es el modelo más cómodo para la vida cotidiana...
—Es exactamente lo que quiero.
—Muy bien... En ese caso, los próximos días le daré instrucciones detalladas. Como ya le he dicho, usamos tecnología punta para la fabricación del modelo. Su puesta en funcionamiento se realiza en el ambiente de la casa donde vivirá en el futuro. Necesitará usted un acuario grande donde verterá la solución nutritiva en la que M terminará de formarse. También necesitará...
Instalé el acuario aquel mismo día. Desde entonces han pasado dos semanas y dos días. Solo falta uno.
Recuerdo perfectamente el día en que me di cuenta de que algo no iba bien.
Fue el uno de marzo de hace dos años. Un frío inesperado y muy intenso (recuerdo que pensé: caramba, cómo empieza la primavera) convirtió todas las vías moscovitas sin excepción en pistas de patinaje espolvoreadas con primorosa perfidia con diminutos copos helados y duros

de nieve, debido a lo cual quedaron prácticamente inutilizables. No solo no podía desplazarme en mi rabioso Golf de culo inquieto, sino en ningún medio de transporte, ni siquiera en los que iban sobre patines.

Los neumáticos cuatro estaciones se deslizaban peligrosamente por la superficie lisa, turbia y hostil de la ronda Sadóvoie, de modo que dejé el coche junto a la estación de metro más cercana y, aunque no soporto meterme bajo tierra, bajé, porque de alguna manera tenía que ir al trabajo.

Y fue allí, en el trasbordo de Teatrálnaia a Plaza Revolución, cuando me di cuenta de que algo no iba bien.

Por los altavoces fluía una viva voz masculina, casi olvidada pero conocida, desagradablemente familiar. Una voz de mi corta infancia socialista, una voz que me turbaba el sueño («¡Y escuchemos ahora *el Amanecer Pionero*^[3]!»), una voz que me arrullaba en la cocina («¡En las ondas de Mayak, un concierto a petición de los radioyentes!») mientras mi madre preparaba los platos más malolientes (aspic) y más incomedibles (col estofada), una voz teñida de tedio jovial que todos los días intentaba convencerme de que en Petropávlovsk-Kamchatski siempre es medianoche.

Sin embargo, aquel día de marzo, la voz hablaba de algo totalmente distinto. (Pero ¿de dónde habían rescatado a aquel optimista impasible y odioso y nos lo habían colado en nuestro tiempo? ¿Es que no había muerto? ¿Es que no envejecía? Entonces, ¿por qué en aquel barítono engreído no se distinguían notas discordantes y seniles? ¿O acaso esa voz eterna nunca tuvo dueño? ¿Era una adaptación del vox Dei para la gente normal? ¿Era una mierda sintética?).

Aquel día decía algo totalmente distinto, pero con la misma arrogancia pionera:

«... si observan la existencia de personas que ensucian la ropa de otros pasajeros, que perturban el orden público, que se dedican a mendigar o que no tienen domicilio fijo, se ruega que lo comuniquen inmediatamente al jefe de estación...».

¡Cu-cu-ru-cu! (Interrupción electrónica).

«... en el caso en que detecten objetos abandonados o sospechosos en el vagón del tren, no los toquen y comuníquenlo a través de los interfonos...».

¡Cu-cu-ru-cu!

«... no solamente es un chicle de sabor duradero, sino que se deshace en la lengua...».

¡Cu-cu-ru-cu!

«¡Apreciados pasajeros! Recuerden que la escalera mecánica es un medio eléctrico de desplazamiento con un alto grado de peligrosidad. Cuando se encuentren en la escalera mecánica, colóquense a su derecha y de cara al sentido del movimiento...».

¡Cu-cu-ru-cu!

«El metro de Moscú anuncia el inicio de los cursos de maquinista de trenes eléctricos y de ayudante de maquinista...».

¡Cu-cu-ru-cu!

«¿Recuerdan que las campanillas de invierno, esas flores frágiles y hermosas, están incluidas en el Libro Rojo^[4]? Comprando campanillas a los vendedores ilegales, usted contribuye a acabar con esas raras...».

¡Cu-cu-ru-cu!

Sin prestar ninguna atención al molesto acompañamiento sonoro, sin mostrar la menor nostalgia, la multitud enfurruñada caminaba por el trasbordo meciéndose lentamente de lado a lado. Como siempre, las señoras sudorosas y medio muertas con abrigo gris y gorrito verde azuzaban a los que caminan delante de ellas, fingiendo que les clavaban los puños huesudos en la espalda indiferente.

Pero los objetivos de la caza, esas personas que ensuciaban la ropa de los demás, esas personas sin domicilio fijo, se agrupaban confiadas a lo largo de las paredes meadas de granito y

escuchaban. Escuchaban muy atentamente. Sus rostros hinchados de colores inverosímiles (todos los cazadores quieren saber donde está...)^[5] iban transformándose, formando extrañas muecas expectantes. Sus harapos podridos y apestosos, sus labios podridos y apestosos se contraían fruto de oscuras fuerzas internas. Su lengua azulada y pegajosa acariciaba lentamente (asomando y escondiéndose, asomando y escondiéndose) los restos de comida atrapados entre los dientes. Conversaban. Deliberaban sobre algo.

Al final del trasbordo había una señora de edad indefinida con un viejo abrigo rojo de plumón y botas de fieltro que sostenía tres ramilletes de campanillas de invierno.

Enfrente de ella, en un taburete plegable, mendigaba una viejecita encogida de cara demacrada y cetrina. Su nariz larga y afilada como una flecha de hueso apuntaba hacia abajo, a un cartón de leche cortado groseramente. En el fondo del cartón distinguí algunas monedas de un rublo y un par de cinco.

Arrojé al cartón de leche un billete de diez y oí claramente: «Z-zorra».

—¿Qué ha dicho? —No daba crédito a mis oídos.

—Que Dio-os la be-endiga —siseó con odio la vieja—, que be-endiga a to-odos lo-os vivos.

Caminé hasta el final del trasbordo con la sensación de que acababa de meter el pie en un charco fétido. Y por enésima vez pensé que Plaza Revolución era la estación más salvaje de todo el metro de Moscú. Con aquellas estatuas tan monstruosas que sonreían y se retorcían, cada una en su pedestal. En algunas se podía meter la mano (es decir, no dentro de la estatua, sino en las cavidades que formaban los pliegues de la ropa) y encontrar un par o tres de papelitos arrugados. Casi nadie conocía aquel misterio, pero un amigo mío lo sabía y me lo había contado. Al parecer, hacía muchos años que existía aquel ritual urbano: alguien escribía en un papelito (tenía que ser muy pequeño, de dos centímetros por dos) su deseo más secreto, normalmente en letra microscópica, para que cupiera, pero sin abreviaturas. Luego lo dejaba en la estatua y esperaba tres días. Entonces regresaba, buscaba su papelito y, si lo encontraba, mala suerte; significaba que la estatua se había negado a cumplir su petición. Pero si el papelito no estaba, quería decir que la estatua lo ayudaría.

Metí la mano en el delantal de bronce de aquella gigantesca figura, ya fuera una ordeñadora o una revolucionaria (llevaba la cabeza envuelta en una pañoleta de bronce y tenía el rostro color café un poco manchado de verdín; qué serenidad tan sobrenatural), rebusqué y saqué dos bolitas de papel. Desplegué una: «Que la relación con Vitia se mejore, se vuelva tranquila y estable, y que luego nos casemos». Y la otra: «Que ganemos pronto». Me las metí en el bolsillo y me dirigí al tren.

El vagón en el que me metí olía a rayos. Había bastantes. No es que hubiera muchísimos, pero sí bastantes más que, digamos, un mes atrás. Estaban tumbados todo lo largos que eran, como si estuvieran en su casa, ocupando dos o tres asientos en el centro del vagón vacío. Los pasajeros «decentes» se apiñaban repugnados al final del vagón, arrugando la nariz, escondiéndola en el cuello del abrigo, intentando respirar lo menos posible, pasándolo visiblemente mal.

Antes de salir a la calle había más. A medio metro de las puertas transparentes oscilantes, casi obstaculizando la salida, estaban sentados encima de periódicos húmedos extendidos, comiendo tomatitos verdes y patatas cocidas en su piel.

Hoy. Hoy es el día.

Deambulo por la calle, sin rumbo, durante todo el día. Tengo miedo de volver. Tengo miedo de que no salga bien y que él no sea él. Pero aún tengo más miedo de que sea él.

Llego a casa por la tarde. Al acercarme a la puerta siento que está ahí, dentro. Como antes. Exactamente igual que antes.

Me lo encuentro en el pasillo.

—Hola, cielito.

Me paro y me apoyo en la pared. No digo nada. Tengo miedo de moverme, tengo miedo de mirar, tengo miedo de creérmelo, de huir.

—¿Dónde has estado todo el día? Me he aburrido.

Avanzo un paso hacia él y levanto la cabeza.

Lo miro, lo miro, lo miro. Cómo he podido dudar... Dios mío, cómo he podido vivir todo este tiempo...

Le paso la mano por la mejilla áspera y hundida. Toco con un dedo el arañazo a medio cicatrizar que no se ha hecho hoy en la barbilla. No es de hoy... ¿Cómo lo han hecho? ¿Cómo? No, no pienses en ello. Es mejor no pensar en ello...

Sin lentillas ve muy mal, muy borroso... Por eso, y solo por eso, la expresión de sus ojos es distinta, desconocida. Su mirada es al mismo tiempo fija y perpleja, como si sospechara algo. Y la cara entera adquiere un aire extraño... Pero solo es porque no lleva las lentillas. Así era antes. Así ha sido siempre.

Después abre la boca, la tuerce un poco. Se vuelve fea y un poco ajena.

Cierro los ojos para no verlo. Todo va bien, es normal. Antes también los cerraba. Siempre los he cerrado.

Se mueve muy despacio. Pone todo su esfuerzo en moverse despacio. Pero yo sé que faltan unos segundos. Solamente unos breves segundos; a mí casi no me da tiempo. Hundo mi cara en su cuello. Me pongo a contar para mis adentros, sin saber por qué. Uno, dos, tres... Cuando él termina, por fin me atrevo. Hago lo que tenía tanto miedo de hacer todo este rato. Respiro su aliento.

La expresión de los ojos, la cara ajena... Nada de eso importa. Lo único que importa es el aliento. Si él fuera otro...

Lo reconozco. Aspiro, expiro.

—¿Te ha gustado? —pregunta en un susurro.

—Sí. —Expiro la respuesta y aspiro, aspiro de nuevo.

—¿De verdad te ha gustado?

—Sí. Sí.

No vi con mis propios ojos lo que pasó después. No vi como hubo cada vez más y más ni como cambió su comportamiento. Pero una compañera de trabajo nos lo contaba con todo detalle.

Esta compañera cogía casi siempre el metro. No soportaba los atascos. No era de extrañar: aquellos días, Moscú, con sus arterias obstruidas, Moscú, que sufría graves apoplejías automovilísticas, estaba paralizada casi completamente.

Empezaron a acercarse a ellos, contaba mi compañera. La gente de la muchedumbre que fluía de aquí para allá, la gente vestida con ropa limpia, se acercaba a los que estaban apoyados en las paredes. A los que comían tomatitos en el suelo. A los que ensuciaban. A los que no tenían domicilio fijo.

Conversaban con ellos. Empezaron a sentarse unos al lado de los otros en los apestosos vagones del metro. Empezaron a comer juntos. Pelaban las patatas cocidas con los dedos negros de uñas azuladas, duras y curvadas como garras. Masticaban plácidamente.

Pero la voz, aquella voz jovial de cadáver, se dirigía directamente a ellos:

«En el caso en que detecten objetos abandonados o sospechosos en el vagón del metro, cójalos. Cójalos.

Hágalos explotar. Hágalos explotar».

¡Cu-cu-ru-cu!

«Recuerde que la escalera mecánica es un medio eléctrico de desplazamiento con un alto grado de peligrosidad. ¡Sáquenle provecho! ¡Sáquenle provecho!».

¡Cu-cu-ru-cu! ¡Es-pe-res-pe-re!

«... anuncia el inicio del curso de maquinista de tren eléctrico y de ayudante de maquinista. ¿Y a

usted qué le importa? ¿Es que no puede arreglárselas sin estos cursos estúpidos?».

¡Cu-cu-ru-cu! ¡Es-pe-res-pe-re!

«Comprando campanillas de invierno a los vendedores ilegales, está contribuyendo a la extinción... ¡A la mierda las campanillas! ¡Hay otras maneras!».

¡Cu-cu-ru-cu!

Bajo la superficie de la tierra había cada vez menos personas como mi compañera, personas que se tapaban la nariz, que se apartaban con recelo, que se sorprendían.

Y un buen día quiso coger el metro, como de costumbre, pero un policía (uno de esos que ganduleaban perpetuamente en las entradas de las estaciones) le dijo:

—No. Mejor no entre. No entre. Solo están ellos. Es muy peligroso.

A las once y pico de la noche, se levanta de la mesa y sale al pasillo.

—¡*Mil*, a pasear! —exclama alegremente.

Siento un dolor punzante al notar como esa parte de mí donde seguramente está el alma, en algún punto del plexo solar, se me encoge en un puño muy pequeño y duro como una piedra.

—¡Vale, vale, espera!

Alarga la mano al colgador y con un movimiento seguro coge una correa invisible para mí.

«Todos los detalles». Recuerdo las instrucciones corteses del gerente de ventas. «Debe tener en cuenta todos los detalles. Porque, con el modelo que ha escogido, si ahora se olvida de mencionar algo, no podremos efectuar ninguna modificación después».

Nuestro perro, un diminuto yorkshire, se llamaba *Mil* (porque aquel ser tembloroso y bigotudo nos costó exactamente mil dólares). A *Mil* le asustaban mucho los petardos de Año Nuevo, los truenos, la lavadora cuando llegaba al programa de aclarado, los golpes en la puerta y en general cualquier ruido fuerte. Cuando *Mil* se asustaba, perdía totalmente el control de sí, se le ponían los ojillos marrones como los de un loco y solo era capaz de hacer dos cosas: intentar meter obstinadamente su cuerpecillo tembloroso y peludo debajo del rincón más pequeño que encontrara, sin éxito, porque el sitio siempre era tan pequeño que no cabía; o correr. Correr lo más deprisa que pudiera, daba igual adónde.

Los ruidos de la revolución fueron muy fuertes. Demasiado fuertes para él.

Un día en que lo saqué a pasear, algo explotó y retumbó muy cerca, a pocos metros. Aunque pasear es una palabra demasiado fuerte (¡fuerte!), porque lo máximo que hacía era dar tres pasos temerosos y precavidos fuera de la puerta de casa y le decía nerviosa que «hiciera sus cosas» deprisa. Y cuando algo explotó y retumbó muy cerca, chillé «¡*Mil*, a casa!» y corrí a la puerta, y *Mil* también echó a correr, pero en sentido contrario. Corrió precisamente en dirección a la masacre. Por supuesto, no volvió.

Pero él no lo sabía. La víspera, él no había vuelto a casa.

Y yo no tuve en cuenta aquel detalle para la fabricación del modelo.

—Espera, *Mil*, que te quito el collar.

«Los dos» han vuelto del paseo. Se agacha y dibuja en el aire un complicado nudo con sus dedos largos y bonitos.

—No hemos encontrado a nadie paseando en el estanque —dice mientras se quita las botas—. No ha podido jugar con nadie.

Lo miro, lo miro, lo miro.

Todos los detalles. Tener en cuenta todos los detalles.

Al día siguiente, voy a «pasear a *Mil*». Regreso «sola» y le digo, simulando estar alterada de forma muy poco convincente (pero él no se da cuenta), que *Mil* se ha escapado.

Se pone muy nervioso. Se marcha a buscarlo. Yo me quedo en casa a esperar, muerta de miedo por si vuelve su fantasma.

Se pasa todo el día buscándolo hasta que se hace de noche, pero no lo encuentra.

No sé por qué, me pongo triste y me siento avergonzada. Como si estuviera engañándolo.

Dos semanas antes de la revolución empezaron a salir al exterior, con cuentagotas al principio. Cogían a los policías que estaban apostados en las salidas. O a gente normal que pasaba casualmente por ahí. Y se los llevaban abajo.

Con los dedos negros y encallecidos de uñas duras y curvadas como garras arrancaron la tapa de plástico de los escalones que reptaban lentamente, y echaban el botín, a sus prisioneros, al agujero del que salía el zumbido sordo de las muelas de la escalera mecánica.

O los tiraban a los trenes. Empezaron a conducirlos ellos, disfrutando de la velocidad, apretando la boca desdentada y agrietada. Arrojaron a los maquinistas a los túneles negros desde el tren a toda máquina como regalo para las ratas gordas. A veces se quedaban algunos cadáveres, los dejaban en el asiento de al lado, y de broma los nombraban sus ayudantes. Los ayudantes de los maquinistas.

Eso decían los rumores.

Pero los periódicos no hablaban sobre ello. En Internet tampoco había nada en concreto, exceptuando, por supuesto, las discusiones históricas de los foros. Las fuentes web directamente no se abrían. No se puede mostrar la página. *Error occurred when connecting to the server!* Inténtelo más tarde. Inténtelo más tarde. Si el problema persiste... Sí, el problema persistió.

En la televisión no hacían más que poner *ballet* y programas de deportes. Pequeños cisnes y gimnastas con cinta bailaban eternamente, desde la mañana hasta la noche. Como si no pasara nada.

Lo de la radio sí que fue extraño. Casi todas las estaciones dejaron de emitir. Solo quedaron dos: Máximum y Europa Plus. Aparte de aquellas, en todo el espectro de frecuencia no se oía nada más que un zumbido funesto y absurdo.

Las escuchábamos todo el tiempo. Las escuchábamos día y noche, escuchábamos la charlatanería chillona de los DJ, intentando interpretar sus palabras en otro sentido, en un sentido oculto.

Pero no parecía haber ningún sentido en ellas. Ni oculto ni evidente.

Sencillamente, lo que decían no tenía sentido.

La mañana en que empezó la revolución estaba escuchando Maximum mientras me arrastraba hacia el trabajo en primera y punto muerto como una tortuga acalorada y ronroneante atrapada entre otras tortugas como yo.

Los dos locutores imbéciles, entre carcajadas engoladas, llamaban a chicas en directo.

—Ahora vamos a llamar a Máshenka... Ji, ji... ¿Sabemos quién es Máshenka? Sí, sabemos quien es Máshenka, ¡ajá!

—¡Sí, Máshenka es directora de una empresa! Trabaja de día, pero de noche... ¡se divierte!

—¿Y cómo se puede vivir sin divertirse? Sin diversión... ¡estáis perdidos! ¡Qué aburrimiento! ¡Es una pesadiiilla! ¿Verdad, Kolian? Ji, ji... Bueno... Seguramente nuestros radioyentes están de acuerdo con nosotros: sin diversión, todo es...

—Bueno, la cosa es que, por la noche, Máshenka se divierte, es decir: ¡va a la discoteca! Y anoche...

—No, déjame contarlo a mí, ji, ji, venga, porfa, ¿puedo contarlo yo? ¡Me muero de ganas!

—Venga, cuéntalo tú. A qué cosas hay que renunciar por un amigo...

—Bueno, pues resulta que Máshenka ayer fue a la discoteca...

Busco en el dial Europa Plus.

—Prostatob es el medicamento verdaderamente más efectivo no solo para las afecciones de la próstata, sino para cualquier malestar de los órganos genitourinarios masculinos. Tenemos en el estudio a la profesora Yelena Gnúshkina, que ha participado en la elaboración del Prostatob. Yelena Gnúshkina es investigadora, farmacéutica y, por encima de todo, simplemente una buena médico. ¡Buenos días, Yelena!

—Buenos días.

—Bien, cuéntenos cuáles son las virtudes milagrosas de este medicamento, el Prostatab. ¿Para qué sirve?

—Prostatab es un remedio nuevo de calidad extraordinaria que, en un ciento por ciento de los casos, libera a los hombres de problemas... Eee... Innecesarios. Prostatab es muy efectivo en el cáncer de próstata, el adenoma de próstata, prostatitis, incontinencia nocturna de orina, impotencia, piedras en los riñones... Además, Prostatab también ayuda a las mujeres. Y no solo a las mujeres: también es útil para los rob... ¡Ay! Para las personas no vivas.

«Personas no vivas», me repetí para mis adentros mientras ponía en marcha el limpiaparabrisas (había empezado a lloviznar). ¿Se puede saber a quién le hace falta esta expresión tan políticamente correcta? ¿Por qué no se les llama por su nombre, «robots»? Si, de todas formas, nadie los considera personas. Bueno, es cierto que son muy útiles en las tareas de la casa. Son constructores, mecánicos, soldadores. Son policías. ¡Pero chirrían al andar! Tienen los ojos vacíos. No tienen cerebro. Maldita sea, ¡tienen teclas en los brazos y en la nuca!

Sin embargo..., esa serie «femenina» que salió el año pasado..., desde luego, es casi igual. A veces, en el supermercado hay alguna expuesta con un carrito... buen tipo, atlética, fina, bronceada, indiferente... ojos lánguidos... una mujer-hada, una mujer de aire, una mujer de polietileno... y no puede decirse a simple vista si es una mujer sencillamente bien arreglada (se encontraban de esas hace diez años, cuando aún no existía este sector de producción) o una «persona no viva». En estas, en las nuevas, no se les ven las teclas, porque van por debajo de la piel. A veces se les transparentan con la luz. Pero a veces no se les notan en absoluto.

—... y también para los órganos digestivos. ¡Prostatab tiene efectos benéficos en todo el organismo en su conjunto! Incrementa las defensas y, por consiguiente, ayuda a combatir los virus. Reduce el riesgo de contagio durante una epidemia, por ejemplo, de la de la gripe. Además, Prostatab es imprescindible para los niños, ¡incluso para los más pequeños! Es totalmente inofensivo. La nueva fórmula...

Puse el limpiaparabrisas a su máxima potencia (ya caía un auténtico chaparrón) y volví a Máximum:

—... y conoció allí al hombre de sus sueños y aquella misma noche se le entregó. ¡Ji, ji!

—¡Ajá!

—¿Sí? ¿Oiga? ¿Masha? Masha, ¿me oye? Apártese del aparato de radio lo más lejos que pueda. Si no, hace interferencias. ¡Así! ¡Muchísimo mejor! ¡Máshenka!

—¿Ya estoy en el aire?

—¡Sí! ¡Está en el más rabioso directo! Nos gustaría hacerle una pregunta. ¿Por qué se entregó al hombre de sus sueños la primera noche en que lo conoció? Masha, ¿sigue ahí?

A dos pasos del capó de mi Golf, donde repiqueteaban las gotas de lluvia, algo pasó como un relámpago (¿alguien?). Veloz, perturbó de golpe la somnolencia melancólica del rebaño inmóvil de coches, cuyos faros delanteros llevaban más de una hora fijos y ensimismados mirando las luces de frenado del coche de delante.

Un segundo después, unas manos largas y sucias agarraron los limpiaparabrisas, movidos por rítmicos latidos convulsos, y los rompieron por la articulación con un crujido que sonó como el de una nuez. Los indefensos muñones palpitaron un par de veces más y murieron. El cristal del parabrisas inmediatamente se cubrió con el celofán opaco de la lluvia de abril.

Apreté el botón del cierre centralizado.

—¿Ha estado usted con muchos hombres? ¿Masha?

—Sí, con bastantes.

—¿Y se ha entregado a todos la primera noche?

—Sí, a bastantes.

—¡Ojó! ¡Ji, ji! ¿Y después continuaba la relación?

Dos puños empezaron a golpear las ventanas del coche, cuatro puños, dejando las huellas en el agua sucia y gelatinosa con sumo de leche, seis, ocho. Alguien se encaramó de un salto ágil al techo del coche y empezó a dar vivas patadas a la endeble hojalata metalizada. Una rueda delantera produjo un ruido sordo y se asentó con un siseo.

Sin saber lo que hacía, sin entender nada, desbloqueé el cierre centralizado, me deslicé rápidamente al asiento trasero (los atacantes todavía estaban delante), salté fuera del coche a la lluvia helada y ensordecedora y corrí. No me persiguieron.

Fuimos pocos los que entonces salimos corriendo de los coches (y esos pocos nos salvamos). Casi todo el mundo se quedó dentro del coche, supongo que pensando que no era peligroso. Confiando en el grosor de los cristales y en los absurdos pestillos de las puertas. Deduciendo lógica e inconscientemente que correr con las propias piernas era una forma de moverse mucho más lenta que conducir a la velocidad mínima de sesenta kilómetros por hora.

Pero el problema era que no podían conducir a ningún sitio. Estaban completamente impotentes en sus coches absurdamente potentes.

Los destrozaron con mazos, manos, piedras, palos. Al cabo de unas horas, la ronda Sadóvoie se convirtió en un vertedero de hierro deformado y de cuerpos deformados. En un cementerio circular de varios carriles de doble sentido.

Huí de ellos, huí de ellos, huí de ellos. Pasé por delante de los interminables y horribles escaparates de la tienda Liudmila, de un edificio marrón que estaba enfermo y vendado con andamios, de los coquetos corazoncitos rojos del Arbat-Prestige, del Pizza Hut y del Atrium... Después del Atrium giré a la derecha y me detuve. Me apoyé en la pared mojada de color melocotón. Esperé a que el nudo de espinas palpitantes que tenía atascado en la garganta volviera a deslizarse hacia abajo, adentro, hacia la izquierda, para poder respirar con libertad.

Después eché a correr de nuevo. Pero tropecé con la estación de tren de Kursk.

En la plaza de frente a la estación, aquella gente andrajosa, aquella gente de cara roja e hinchada estaba cargándose a los policías.

Cogían a cada policía entre diez y le daban patadas en el estómago para desconectarlo (los policías no vivos tenían los botones en el estómago). Y después, durante un buen rato, seguían golpeando los cuerpos inmóviles contra el asfalto con golpes sordos y metálicos como si se tratara de latas de conserva, hasta que literalmente los hacían pedazos.

Desde las profundidades subterráneas del metro manaba una voz autoritaria, alegre y conocida, tan fuerte que hacía daño a los oídos. Y aquella voz clara recitaba extasiada:

¡Hurra, ciudadanos!

¡Adelante, ciudadanos!

¡Que perturbáis la tranquilidad!

¡Que os dedicáis a la mendicidad!

¡Que contribuís a la destrucción!

¡Sin vivienda fija!

¡Vivienda!

¡Vivienda!

¡Vivos!

¡Vivos!

¡Vivos!

¡Vivos!

Así empezó la revolución.

Jamás supe contra quién se dirigía. Parecían querer ajustar las cuentas con los robots por algún motivo. Se llamaban a sí mismos Vivos e iban a exterminar a los no vivos. Pero, en realidad, no solo a aquellos. Exterminaban a todo el mundo. Al principio, a los que se quedaron arriba, a los que no se les unieron. Y luego se mataban entre sí.

Llevamos juntos tres días. Por la mañana temprano suena el despertador. A las siete y media. Medio dormida oigo como se levanta y se arrastra bostezando a la cocina. Tengo tanto sueño que no me doy cuenta de lo que pasa.

Vuelve a la habitación al cabo de cinco minutos.

—Levántate, cielito, que si no, llegarás tarde —dice.

—¿Adónde? —pregunto, totalmente adormilada.

—A trabajar. Hoy es martes. Tienes que estar allí a las nueve y media.

Abro los ojos. Está junto a la cama, medio encogido de frío, con su camiseta larga de estar por casa, estampada con las palabras «New York City». Va apoyando alternativamente los pies peludos y desnudos, indefensos, en el suelo. Me sonrío. Una sonrisa somnolienta y cansada. Cariñosa. En las manos lleva una taza de café con leche que tiembla en el platillo, sobre un charquito de líquido derramado.

—Te he traído el café —dice.

El café. Ya lo sé, café con crema de leche y canela, un poco más dulce de como a mí me gusta. Bastante más frío de lo que a mí me gusta (la crema está en la nevera). Como antes.

Como antes de la revolución. Cuando trabajaba de corresponsal en el periódico, todos los martes tenía que estar en el consejo de redacción a las nueve y media (el resto de días, a la hora que quisiera). Tenía que salir de casa a las ocho y media. Y levantarme a las siete y media, cosa que me resultaba casi imposible sin ayuda ajena (sin su ayuda). Soy un búho. Para mí, levantarme antes de las once es levantarme de madrugada.

Todos los martes ponía el despertador, se levantaba (aunque él no tenía prisa por ir a ningún sitio), iba a la cocina, preparaba el café y me arrancaba de la cama. Luego yo me iba a la redacción y escuchaba tonterías durante una hora y media o dos. En aquel entonces me sacaban de quicio.

—Discutamos la portada —dice el redactor jefe.

—¡Oh, es una portada perfecta! ¡Qué bien que al final tengamos un nuevo diseño! —dicen todos.

—¿Hay preguntas sobre el contenido?

—Sí, hay dos sitios en que las páginas están cambiadas.

—Lena, ¿cómo es posible que haya páginas mezcladas?

—Bueno, estaba todo bien, pero ya estaba cambiado en la compaginación...

—¡Esto no puede ser! ¿Qué pasa? ¿Es que en todos los números tiene que haber errores? Por favor, ¿es que somos niños? ¿Hay objeciones con respecto a las noticias?

—Las noticias están bien.

—Lo único que veo es que el gráfico es un poco raro, el de la página ocho... Mirad, los valores están en vertical, pero los horizontales no corresponden. Lo que está escrito disminuye claramente en relación directamente proporcional... No podemos burlarnos así de los lectores...

—Lena, ¿por qué no están los datos horizontales?

—Es que las chicas que han dibujado el gráfico no entendían qué significaba.

—¡Pues busca unas que lo entiendan!

—Es que por lo que pagamos no hay nadie que quiera entenderlo...

—Muy bien, sigamos. Píknikov ha escrito una columna.

—¡Oh! ¡Oh!

El gordo y solemne Píknikov, de barba espesa y frente ancha de sabio, poseedor del paquete mayoritario de acciones del periódico, adjunto del redactor jefe, director financiero y redactor creativo, escribía una columna cada semana, pero los compañeros se alegraban como niños cada vez y lo colmaban de alabanzas desenfrenadas.

—Babújina ha escrito un artículo.

—No se entiende nada...

—¿Por qué hemos escrito sobre ese tema?

—¡Babújina no tiene ni idea de eso!

—Babújina aún es joven...

—El texto de Mitiáieva... sobre el mercado de las sopas instantáneas...

—¡Muy buen texto!

—Pues a mí no me parece nada del otro mundo.

—¡Calla, Petter! A todos nos gusta Mitiáieva. Sigamos... La sección de cultura... Precisamente en esa parte me he dormido...

En aquel entonces me sacaban de quicio. Ahora me gustaría verlos. Sentarme con ellos a la gran mesa de roble. En aquellas butacas negras de piel tan feas. En aquel cuartito que apestaba a humo, con aquel aire acondicionado tan ruidoso. Muy, muy temprano por la mañana.

Pero ya no queda ninguno de ellos. No está Píknikov con su ancha frente, ni la incomprensible Babújina, ni el insatisfecho Petter... Ya no existe aquel cuarto apestoso. Ni existe el edificio gris en el que estaba aquel cuarto, ni la calle Pravda, estrecha, desagradable y llena de basura, donde estaba el edificio... Ni siquiera existe el mercado de sopas instantáneas...

Me deja el café al lado de la cama. «Gracias», le digo, y doy el primer sorbo. Pienso en cómo explicarle que no tengo que ir a ningún sitio. Bebo despacio y en silencio. Al cabo de unos minutos, el café ya está del todo frío. Dejo la taza medio llena lejos de mí (aún queda más de la mitad).

—¿No te gusta? —pregunta sorprendido a la taza rechazada. El dedo gordo del pie derecho, con una pequeña isla de vello rizado y negro, rascaba con tristeza el tobillo izquierdo.

—Sí, claro.

Cojo la taza y me bebo el aguachirle frío y marrón de un trago. Noto como me raspan la lengua y la garganta los restos medio crudos de los granos de café.

—Gracias por despertarme —le digo con voz animada.

Me visto deprisa y salgo a la vacía Moscú.

Otro detalle que no tuve en cuenta. ¿Cuántos detalles de estos más habrá?

He sido yo quien lo ha hecho tal como es. Quería que todo fuera como antes. La voz, la manera de andar, los gestos. Los gustos, las pasiones, los recuerdos. Las costumbres, las palabras, las reacciones. Incluso sus cinco dioptrías y su mala coordinación de movimientos. Incluso las migas que quedaban alrededor de su silla de la cocina. Incluso el tonto apelativo «cielito» con el que me llamaba. Todo, todo. Solo cambié una cosa: lo de la fábrica. Quise que estuviera siempre en casa. Que no saliera casi nunca y que no se alejara. Para que no viera el terrible vacío de la ciudad. Para que siempre estuviera conmigo. Para que siempre regresara. Para que no volviera a pasar lo mismo. Para que no pasara lo mismo.

Me subo al coche (hace medio año cogí un Golf que no tenía dueño, casi igual que mi antiguo coche) y me dirijo a la Sadóvoie. Ya hace tiempo que han retirado los esqueletos de los coches asesinados. Conduzco por la ronda. No hay tráfico. Aparte de mí, no hay ningún coche. Enciendo el radiocasete de otro, que empieza a masticar con pereza la vieja música de otro. *We all live in a yellow submarine, yellow submarine, yellow submarine...*

Doy diez vueltas lentas a la ronda y vuelvo a casa.

Me lo encuentro en el pasillo.

—¡Hola, cielito!

Tengo fiebre. Estoy tiritando. Escojo las palabras con sumo cuidado. Le cuento confusamente toda la verdad, intentando, sin éxito, no hablar como hablan en *Solaris*, *Inteligencia artificial*, *Blade Runner* y Dios sabe en cuántos sitios más. Porque ya no puedo más.

Le digo: no eres real.

Le digo: de nosotros dos, solo yo seguí viva.

—Pero ¿qué disparates dices? —dice, estallando en una carcajada, exactamente igual que hacía

antes cuando creía que mis palabras no tenían sentido (levantando las cejas espesas de Mickey Mouse y arrugando la nariz entre burlón y despreciativo: «¿Qué disparates dices?»)—. Pero ¿qué estás diciendo, cielito? —Su voz se suaviza—. ¿Qué Vivos? No digas tonterías. No hay. Perdieron...

Pero se queda mirándome perplejo, como si se asombrara de sus propias palabras.

—... me parece —añade, frunciendo ligeramente el ceño.

Recuerdo el final de la revolución muy vagamente. Mis recuerdos se hunden en un vapor rosado y salvador. Seguramente, cosas como aquellas no pueden recordarse con todos los detalles y permanecer en una mente sana.

Pero de lo más importante... De lo más importante sí que me acuerdo perfectamente.

La sangre. El hedor. El humo.

Los cadáveres. Las explosiones. Los gritos.

El día en el que él no regresó.

El día en que escribí en un trocito minúsculo de papel, con letra diminuta, una sola palabra, «Morir», y la llevé abajo, a la estatua, abajo, donde solo estaban ellos. Estaba segura de que no saldría de allí. Y sin embargo, salí (sin conocimiento, medio dormida, no recuerdo cómo). La estatua me había rechazado.

De lo más importante me acuerdo perfectamente.

La soledad.

El dolor.

La despoblación.

En total quedaron mil personas en una ciudad gigantesca.

Una colosal fosa común en lo que había sido el metro de Moscú. Unas enormes y absurdas letras M, consumidas para siempre, como cruces de un cementerio.

Letras absurdas y entradas tapiadas del metro. Para que no vuelva a pasar lo mismo.

Para que no pase lo mismo.

No retomamos la conversación. No cruzamos palabra hasta la noche. Entonces él dice:

—Me voy a la cama. No tardes mucho.

No digo nada.

—¿Vienes, cielito?

—Tengo que ducharme —digo con tono sombrío.

—¿Estás enfadada por algo?

—No, no. Qué va. —Tenso los músculos adecuados y me arranco una sonrisa a la fuerza.

Cierro la puerta. Me desnudo. Me meto en la bañera resbaladiza e incómoda y abro el grifo.

Me paso un buen rato embobada pensando con qué gel de ducha lavarme, si con Palmolive (de leche con miel) o con Johnson's (de naranja). Cojo el Palmolive.

Me echo Fructis en el pelo, dos veces, como siempre, y me lo lavo a conciencia. Estrujo el bote del suavizante del pelo, que expulsa con una ventosidad los restos en la palma de mi mano, y me embadurno el pelo ritualmente con él. Estoy largo rato bajo el chorro punzante de la ducha. Cojo la espuma de afeitar del estante y me rasuro las piernas. Luego, las axilas. Intento hacerme un corte en la muñeca, pero la cuchilla, una Gillette Venus de color azul acuoso, no me hace nada. Un simple araño. Alargo la mano hasta el armarito colgado encima de la bañera y encuentro una cuchilla normal.

Me rajo la piel de la muñeca. La sensación es la misma que si me hiciera un corte en el brazo con un papel: al principio siento un escalofrío por la espina dorsal y los hombros, y después, con gran retraso, llega el dolor. Pero es muy leve.

No sale sangre. La piel se me desprende de los brazos de una forma extraña, a trozos y en capas húmedas, y debajo veo una pequeña placa de plástico finísimo con dos pulcros botones planos.

En uno pone ARRANQUE, y en el otro, DESCONEJIÓN.

¿Qué Vivos? No hay. Perdieron.

Es decir que...

Pero ¿qué cambia para mí?

Recuerdo el final de la revolución muy vagamente. Lo último que recuerdo es el día en que escribí en un trocito minúsculo de papel, con letra diminuta, una sola palabra, «Morir», y la llevé abajo, a la estatua, abajo, donde estaban solo ellos.

Y la estatua me ayudó.

Pero ¿qué cambia para mí, para mí en concreto?

Para mí, la evocada por la memoria de aquel que no podía vivir sin mí (¿adónde fue aquel día?, ¿por qué no volvió a casa?, ¿por qué no me esperó, por qué no esperó a mi nuevo yo? Perdió... Todos ellos perdieron). Para mí, la que evocó a aquel sin el cual no podía vivir.

¿Qué cambia para mí?

No puedo más, de todas formas ya no puedo más.

Me demoro en la decisión: arranque o desconexión.

No, no es verdad; ya lo he decidido todo. Solo estoy dándome largas.

Cierro el grifo, me siento en el suelo de la bañera y aprieto suavemente el botón.

LA FAMILIA

Dima llegó corriendo al andén solo dos minutos antes de que saliera el tren, pasó un minuto respirando sofocado encima de la encargada del vagón, echándole el aliento de menta, y se rebuscó el billete en los bolsillos de la chaqueta. Por fin, besó a su acompañante de rosadas mejillas como si fuera su dueño y se metió trastabillando en el vagón bamboleante.

Entró en su compartimento. No había nadie. Moviéndose pensativo de un lado a otro y maldiciendo en voz baja, Dima se peleó largo rato con la húmeda ropa de cama. Tras conseguir la victoria, se encaramó con un gemido a la litera de arriba, escondió la cartera debajo de la almohada y se quedó dormido al instante.

Mientras dormía, Dima soñó que el tren hacía una parada nocturna y entraba en el vagón un hombre gordo y sudoroso con una maleta pequeña y un bastón pasado de moda. Se sentaba junto a la ventana, resollando, y se quitaba el gorro negro de conejo enfermo y pelado. Debajo del conejo aparecía solo media cabeza, que parecía un nido triste sobre un cuello corto con muchos pliegues, como el de una foca. De forma inexplicable, faltaba la parte superior del cráneo: no tenía ni frente, ni cogote, ni bregma, como si se la hubieran cercenado con precisión por la línea de las cejas, como si le hubieran quitado la tapa oxidada a una olla ambulante.

—Soy discapacitado —se presentó el viajero con un leve tono de disculpa.

—Diii... —balbuceó incomprensiblemente Dima en respuesta.

Viajaron en silencio. Perezoso, el discapacitado se metió en la cabeza una mano regordeta de uñas descuidadas y padrastris mordidos, rebuscó atentamente, sacó unas uvas hermosas y se puso a comérselas sin ningún apetito. Llevaba muchas uvas en la cabeza; cuando el tren traqueteaba con fuerza, las moscatel moradas se caían al suelo, y el gordo, maldiciendo, se arrastraba por el suelo para recogerlas, pero de la cavidad se le caían más, racimos enteros.

—Toma. —Puso un puñado de uvas delante de las narices de Dima con toda naturalidad, pero este las rechazó porque no tenían pinta de estar lavadas—. Bueno, como quieras. —El discapacitado se enfadó—. ¿Y pollo?

—La inquieta y voluntariosa mano hurgó hasta el fondo de la cabeza. —Aquí tengo... pollo con ajitos.

Dima también rechazó el pollo, y el gordo se giró hacia la ventana, triste. Se quedó en la misma postura mucho rato, con los ojos fijos en la oscuridad danzante, mordisqueándose los padrastris de los dedos. Al cabo del rato, se levantó y fue a tirar las pepitas de las uvas y los huesos del pollo. Después se acostó con cuidado para que no se le cayera el resto de la comida.

Por la mañana, Dima se despertó con el correspondiente dolor de cabeza y una sensación nauseabunda enteramente nueva, como si la víspera hubiera devorado unos veinte caracoles y en aquel momento estuvieran muriéndose poco a poco en su estómago, retorciéndose en su última agonía. El gordo estaba allí, en el compartimento, y era real. Por lo menos, había encontrado la tapa y se la había encajado en su sitio: la cabeza parecía normal y redonda. Dima bajó de la litera sin dar los buenos días, se tambaleó, fue al sucio lavabo y, en varias tandas, se liberó por fin de los bichos que se arrastraban por su interior. Se sintió un poco mejor.

Cuando Dima volvió al compartimento, descubrió que, aparte del gordo, había una chica. Dima pensó que habría dormido en la otra litera de arriba, pero que no la había visto porque estaba tan delgada que le habría pasado desapercibida bajo las sábanas. La chica estaba sentada junto a la ventana quitándose muy concentrada unas bolitas blancas que se le habían pegado por la noche a la ropa, consecuencia de la larga y curtida vida de las sábanas ferroviarias, ya al borde de la desintegración.

Dima no tenía hambre. Se amorró a una botella gigantesca de Aqua Minerale, se bebió más de un tercio y volvió a su litera. La chica lo siguió con la mirada distraída y continuó arrancándose bolitas de la camiseta. Al principio observaba detenidamente cada bolita, pero después perdió el interés en ellas y las tiraba al suelo. Se quedaba embobada de vez en cuando y se sumergía

ausente en la contemplación de sus uñas, arregladas con manicura francesa: el centro, de color rosa, y la punta, blanca. Después salía del trance y proseguía con las bolitas.

Del compartimento vecino llegaba la voz aguda y frenética de un niño.

—¿Y este quién es? —gritaba—. ¿Y este quién es? ¿Y este quién es?

Una voz femenina y profunda lo respondía como un eco.

—Este es el osito. Este es el osito. Este es el osito.

Dima se quedó dormido.

—¿Vas a comer algo, o te encuentras mal? —Alguien le sacudió con violencia del brazo.

Dima mugió de forma bastante indigna y se despertó. Frente a él estaba el discapacitado de la víspera, que le ofrecía, agitándolo, un bocadillo apestoso de embutido de Ostánkino.

Los caracoles supervivientes se le removieron amenazadores en el estómago.

—No —respondió, arisco.

—¿Por qué te emborrachaste tanto anoche? —lo taladró el discapacitado—. Hay que saber controlarse... Ya te decía yo que...

Dima volvió a adormecerse con aquel sonsonete, pero el gordo se acercó de repente a él y le pegó la cara redonda a la oreja, echándole el aliento cálido y fétido de fruta.

—¡Baja, hombre! —le ordenó en un susurro.

Dima clavó una mirada de lelo en su compañero de compartimento y, angustiado, intentó comprender de dónde había salido aquella familiaridad entre ambos. Es decir, cuándo habían bebido juntos.

Mientras tanto, el gordo cogió su muleta (lo que Dima debió de haber tomado por un bastón la noche anterior) y dio unos golpecitos impacientes en la litera de Dima por debajo.

—Baja, Dim, baja. Tu mujer está muerta de aburrimiento. —El disminuido señaló alegremente con el dedo rojo a la muchacha de la manicura francesa.

—Oye, amigo —dijo Dima, harto—, déjame en paz, ¿vale? Me estás confundiendo con otra persona. No estoy casado.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? —susurró el discapacitado, horrorizado—. Entonces, ¿quién es Liza?

—Y volvió a señalar a la chica.

—¡Y yo qué sé! —exclamó Dima—. ¿Quieres que te enseñe el pasaporte? ¡No estoy casado!

La memoria de Dima le obsequió servicialmente con una desagradable escena de hacía dos días. Katia, rolliza y de culo gordo, sorbiéndose la nariz, escucha sin la menor atención su teoría de que el matrimonio no solo coarta la libertad individual, sino que también destruye el amor. «Pero Diiim —se queja Katia entre lágrimas—, anda, por favor...». Dima le acaricia la espalda, comprensivo, bajando la mano cada vez más...

—¡Venga, venga, enséñame el pasaporte! Esto sí que promete —regresó la voz del gordo.

—¡Eso, eso! ¡Enséñanoslo, desgraciado! —La chica se echó a llorar inesperadamente.

Dima lanzó una mirada turbia a la psicópata. Estaba más seca que una pasa. Pelo asesinado con agua oxigenada. Sus ojos incisivos de color marrón oscuro con ojeras miraban con malicia. Una boca bastante bonita. La nariz demasiado larga. En conjunto, un aspecto bastante ajado.

En silencio, Dima se sacó el pasaporte del bolsillo de la chaqueta, lo abrió y lo hojeó malhumorado. En la página decimocuarta había un sello pequeño y primoroso. Matrimonio con Yelizaveta Guennádievna Prokópets inscrito en el Registro Civil de Tverskói de la ciudad de Moscú.

«*Delirium tremens*», pensó tranquilamente Dima.

No era que Dima bebiera tanto. En primer lugar, su trabajo como adiestrador de perros excluía el alcohol: a ninguno de sus perros, excepto al tonto de Fedia, el cocker, le gustaba el olor de alcohol. En segundo lugar, era un hombre de principios. Pero a veces se cogía un par de días libres, que juntaba con su par de días de fiesta para así tener cuatro, y se emborrachaba como una cuba.

—Un momento, un momento —farfulló Dima e intentó centrarse—. Entonces, a ver, es decir, a ver...

Dima bajó al suelo, se sentó y se concentró. Es decir, a ver. No tenía ni idea de quién era aquella Yelizaveta Guennádievna. Él tenía a Katia. Pero no estaba casado con Katia. Por otra parte, no podía haberse casado con nadie en el Registro Civil de Tverskói, en Moscú, porque él vivía en Rostov del Don.

«Son ladrones», aventuró con alivio.

El pasaporte había estado todo el tiempo en el bolsillo de la chaqueta, y la chaqueta había estado colgada junto a ellos, a la vista. Lo más seguro era que, mientras él dormía, hubieran cogido el pasaporte y hubieran puesto ellos el sello. Debían de tener algún aparatejo especial para estampar sellos. O tal vez hubieran cambiado su pasaporte por el de otro.

Dima se abalanzó sobre su pasaporte.

El pasaporte era el suyo, no había duda. Del ciudadano de la Federación Rusa Lóshadkin Dmitri Vladímirovich. Desde una página violeta lo miraba una cara conocida, tensa, falta de sueño y mal afeitada. Pero bajo la rúbrica «Lugar de nacimiento», constaba «Ciudad de Moscú». Qué extraño. Y en la quinta página figuraba el padrón de Moscú, enmarcado en un coqueto cuadrado. Domicilio registrado en la avenida Leningrado, 60a, por el Departamento de Asuntos Internos del distrito del Aeropuerto, División Administrativa del Norte, Ministerio del Interior.

El padrón de Rostov había desaparecido sin dejar rastro.

—Qué coño pasa aquí —dijo Dima, sombrío. Metió la mano en la chaqueta para coger los Chesterfield, pero, obviamente, ayer se le debió de caer el paquete quién sabe dónde—. ¿Tenéis tabaco? —preguntó a sus compañeros.

—Vaya, ¿desde cuándo fumas? —El gordo estaba sorprendido.

—Dímochka, ¿no sería mejor que te echaras un rato más? —sugirió Liza, sorbiéndose los mocos.

Dima salió a la plataforma después de asustar sin querer a una criatura delicada y pelirroja con la que un tipo peripuesto con gafas intentaba ligar sin mucha convicción. Gorreó un Parliament al peripuesto, le dio una calada profunda y dijo: «Lo más importante es que todo esté bajo control. Nací en Rostov del Don. Tengo treinta y cinco años. Tengo un buen trabajo». El peripuesto tiró su cigarrillo a medias al suelo, sin razón aparente dio a Dima el paquete de cigarrillos medio lleno y con una risilla asustada se retiró detrás de la criatura. Dima se metió el paquete en el bolsillo del pantalón y siguió pensando en el orden de las cosas. Nació en Rostov del Don. Vivía con su madre en la calle Bolshaia Sadóvaia, casi en el centro, al lado de la bajada de Bogatianovski, en un piso destartado de dos habitaciones. Estudió en la escuela 57. Quiso entrar en la universidad de Rostov, pero no lo admitieron. Trabajaba como adiestrador de perros. Amaestraba perros. Tenía una amante que se llamaba Katia. Katia tenía un schnauzer. Hacía dos años, Katia llevó su schnauzer a la finca de Dima para que le enseñara a sentarse, tumbarse, ir al lado de ella y llevarle las zapatillas, y así se conocieron. A Dima le gustaba tanto adiestrar al schnauzer que a veces se lo llevaba a casa a pasar la noche... junto con Katia. A su madre le gustaba el schnauzer, pero no le gustaba Katia. La víspera, Katia y él se tomaron unos tragos. Después, él se subió al tren que iba a Moscú para comprar un bulldog. En aquel momento estaba en el tren que iba a Moscú para ir a buscar el bulldog. Era un cachorro maravilloso, marcado, de pedigrí. El padre había sido cuatro veces candidato a ser campeón de Bielorrusia, y la madre era americana al ciento por ciento, un bulldog Johnson. Por la línea de los abuelos podría decirse que venía del criadero Bitango Bull... Al día siguiente, el bulldog y él volverían a Rostov del Don. Tenía un billete de vuelta. Estaba en la cartera. Y la cartera...

Dima escupió el cigarro y corrió al compartimento.

—¡Ayayayay, nos han robado! —repetía el discapacitado, junto a la puerta, al compás del tren—. ¡Ay, ayayay, nos han robado!

La cartera no estaba debajo de la almohada. La ajada Liza, con aire melancólico, bebía té. El portavasos metálico tintineaba alegremente.

La criatura pelada y temblorosa caminaba por el parque haciendo ruido con las uñas, salió por la puerta e inmediatamente retrocedió con los ojos en blanco. Dima se quitó una bota y la levantó. La criatura se sentó suavemente en el suelo. Gimió y se marchó a rastras.

De la cocina llegaron unas voces apagadas. Sin ponerse las zapatillas, Dima se acercó con cautela a la puerta y escuchó. Las voces callaron. Como siempre.

Siempre cuchicheaban. Siempre se callaban cuando se acercaba. Y sonreían a medias. Y fingían que hablaban, no, de nada en particular.

—Pero, mira, tenemos un pastel de barquillos con nueces, de los que tanto te gustan.

Liza estaba tomándose el café en una tacita roja con el flaco dedo meñique tieso en ángulo recto. Su suegro le tendió la mano amistosamente. En la barbilla tenía migas del pastel de barquillos de chocolate y gotitas de sudor.

Qué casero era todo.

Después de la cena, Dima hizo el último intento de adiestrar a su galgo italiano, *Glasha*. Estaba tumbada en el sillón con el cuerpo flaco y pelado enroscado como una rosquilla. Dima se acercó. *Glasha* se apretó contra el asiento y empezó a temblar levemente.

—¡Venga, fuera! —gritó Dima—. ¡Fuera del sillón! ¡A tu sitio!

Glasha lo miró con cara de pena y echó las orejas atrás.

—¡A tu sitio te digo!

Dima alargó la mano y la cogió por el cuello. *Glasha* dejó de temblar y se preparó a morir.

—No te atrevas a martirizar a la perra. —Liza se asomó desde la cocina—. Déjala que se siente en el sillón. Está más calentita.

—Esto no es un perro —respondió pensativo.

Glasha movió la cola un momento, animada por la inesperada ayuda, y se meó en la manga de Dima.

Soñó con el schnauzer. Dima le ponía delante del morro un plato con comida y le decía: «No». El schnauzer babeaba y gruñía. Pero no comía. Y luego Dima echaba a correr detrás del schnauzer con una navaja de afeitar para esquilarlo completamente. Pero el schnauzer no quería que lo esquilasen. Ladraba, se reía como un tonto y decía: «Dim, pero si eres un hombre casado, ¡qué vergüenza!».

Dima se despertó a las seis de la mañana por el calor y la erección. Abrió la ventana. Volvió a la cama y se acercó a Liza por debajo de la sábana. Dócil, Liza suspiró y separó con pereza las piernas flacas y espinosas. Dima se puso encima de ella. Estaba fresca y un poco húmeda. Oía a jabón de lavar la ropa y a champú Head and Shoulders.

—Pero deprisa, ¿vale? —le pidió en un susurro romántico.

Como el día anterior, la primera vez (bueno, según la versión de Liza, la milésima primera), Liza enseguida empezó a moverse con suavidad y a gemir monótonamente. Dima cerró los ojos y le puso la mano en el culo. El músculo pequeño y duro se tensó con hostilidad formando una bola y se le escurrió de los dedos. No había más donde coger. Liza se retorció con habilidad como un pez en el fondo de un balde de hojalata. La cama chirriaba levemente, pero le daba grima.

Rabioso, Dima terminó deprisa.

Cuando quedó claro que en la estación no habría ningún tipo bajo con bigote y traje azul que llevara un bulldog, que la cartera no aparecería, que «no existía ningún usuario» con el número de Katia, que el gordo era el padre de Liza y se llamaba Guennadi Ílich, y que no tenía ningún lugar adonde ir, cuando todo aquello resultó tan claro y tan cotidiano, Dima se acercó al cubo de la basura, tiró los dos Parliament que quedaban en el paquete y se echó a llorar.

Sus nuevos parientes se mantenían apartados a una distancia respetuosa, apoyándose en un pie y en el otro alternativamente, incómodos, en el suelo otoñal de fango medio derretido de la

estación del tren, arrebujados en abrigos grises, expulsando vaho al respirar. Cuchicheaban. Dima les dio la espalda y echó a andar, decidido, con pasos rápidos, tropezando, sorbiéndose la nariz. Se detuvo. Se giró. Estaban en el mismo sitio y lo miraban en silencio. Lo miraban con mucha tristeza. Y casi con ternura.

Dima volvió con ellos. Y se fue con ellos.

Guennadi Ílich se interrumpió a media frase. Enderezó la espalda encorvada y clavó los ojos vidriosos e inertes en un punto al frente, en dirección a Dima, pero no lo miraba a él.

Guennadi Ílich giró la cabeza a la derecha muy despacio. Se oyó un crujido seco y alarmante. Después, del mismo modo, a la izquierda, con cuidado, como si temiera derramar un líquido invisible. Otro crujido, y su cuerpo resucitó inesperadamente, empezó a mover vivamente los brazos y las piernas, a masticar, a mascar; sus ojos encontraron a Dima y lo miraron con expresión vivaracha y cálida, paternal.

—Qué estaba diciendo... Ah, sí, que te lo di. ¿Para qué lo quiero yo? Me duele la espalda, me duele el cuello, me duelen las piernas —decía con tono monótono Guennadi Ílich—, así que cógelo y condúcelo.

—Pero si no sé —le repitió Dima, esquivo.

—Sí que sabes, Dim, sí que sabes. Siéntate y Pruébalo, ya verás como te acuerdas. Y normalmente...

La semana anterior le habían dicho que Dima jamás había sido adiestrador de perros, sino que su única pasión siempre habían sido los coches. Antes de que perdiera la memoria, trabajaba todos los días como taxista ilegal, y con eso se ganaba la vida.

Dima no se lo creyó. Y eso que aquellos días se lo creía casi todo. Para entonces ya le habían enseñado el álbum blanco con rosas repleto de fotografías de la familia (Liza cuando era pequeña, una muñeca descolorida e inexpresiva con un lazo; Dima cuando era pequeño, un niño ajeno y regordete con una madre ajena y regordeta; la boda; Dima y Liza intercambiándose los anillos, bailando, besándose, bebiendo, riendo). Incluso vio los dos vídeos de la boda. En el cajón de la mesa había encontrado una fotografía en DIN A4 y papel mate en la que aparecía él (era él, desde luego, no cabía duda), con una sonrisa orgullosa y estúpida, al volante de un escacharrado Lada 8.

El suegro de Dima, Guennadi Ílich, estaba enfermo. Tenía una vértebra de más, una pequeña prolongación en el coxis, una colita modesta y frustrada que le daba muchos problemas y por culpa de la cual le dolía la espalda con mucha frecuencia. Además, padecía una enfermedad de las articulaciones: tenía los dedos de las manos y los pies doblados en todas direcciones, como si fueran de gutapercha. Además, en las vértebras del cuello se le acumulaba sal. Para desentumecerse el cuello rígido, de vez en cuando tenía que hacer unos ejercicios: girar la cabeza despacio de lado a lado para que le crujieran todos los huesos. Durante los veinte segundos que duraba el ejercicio, en el cerebro de Guennadi Ílich se disparaba un mecanismo misterioso y todo él se apagaba automáticamente. Mientras giraba la cabeza, no podía hablar ni oír lo que le decían, no parecía ver nada y seguramente tampoco respiraba.

Los dolores de espalda y los «apagones» frecuentes le provocaron algunas situaciones peligrosas en la carretera, de modo que, un día, Guennadi Ílich, con el corazón destrozado, entre gemidos y lamentaciones, se había obligado a salir del interior de su cálido y ronroneante Lada 8 para no volver a entrar jamás.

Después, según la versión oficial, el coche había pasado a Dima, quien se había puesto loco de contento. Pero Dima no se lo creía. No le gustaban los coches; le gustaban los perros. Y él gustaba a los perros. Los perros eran su último bastión, y no pensaba entregarlo sin guerrear.

—Te gustan mucho los coches —dijo Guennadi Ílich con convicción.

—Me importan un rábano —replicó inseguro Dima.

—Te gustan mucho. Mira, imagínate: un Audi A4...

—Su suegro chasqueó los labios con aire soñador. —No, mejor un Subaru Legacy Outback. Tracción en las cuatro ruedas. Tres litros de consumo, seis cilindros, veinticuatro válvulas... Una potencia de ciento cincuenta y cuatro caballos...

—Ya me lo he imaginado —dijo sombríamente Dima.

—¿Y qué? ¿No te apetece llevar ese cacharro?

—Pero ¿para qué leches lo quiero? —se enfadó Dima—. Prefiero adiestrar perros.

—Muy bien... Pues ponte a adiestrar perros...

El suegro meneó la cabeza expresando reproche, pero algo le crujió debajo de la barbilla. Guennadi Ílich se tensó y se le pusieron los ojos vidriosos.

En las dudosas tardes familiares, en las penosas noches de insomnio, Dima recreaba en su mente, una vez tras otra, temblando de placer, la situación ideal de una visita al psiquiatra. Le contaba al médico su historia descabellada, y aquel le daba una palmadita en el hombro, suave, pero no compasiva, más bien amistosa, de hombre a hombre, y le decía: «No se preocupe, Lóshadkin, es una cosa muy normal. Le pasa a todo el mundo. Por ejemplo, yo pensé durante muchos años que era un piloto americano de pruebas, y resulta que no. Si ni siquiera sé inglés... Por tanto, no le dé vueltas al asunto y disfrute del aire fresco; no se estrese...».

Dima no fue al médico; no le apetecía nada ir al manicomio. Liza aceptó la decisión con algo de recelo. «Muy bien, no vayas, ya se pasará solo».

Un día, Dima leyó un anuncio en la parada del autobús («¿No tiene a quién contarle sus problemas? ¿Tiene fantasías extrañas? ¿No es la persona que los demás creen que es?») y arrancó el «teléfono de confianza» apuntado allí. Llamó.

—Bien, cuéntame, ¿qué te pasa? Compártelo conmigo —dijo una cansada voz femenina de contralto.

—He vivido toda la vida en Rostov del Don...

—¡Oh, es una ciudad preciosa! —intervino sin entusiasmo la contralto.

—Nunca jamás he querido casarme...

—Pues claro que no, ¿para qué? Hay que divertirse —dijo la contralto más animada.

—Sí, ya. No lo entiende. Es que resulta que estoy casado...

—Eso no tiene ninguna importancia, mi amor. Cualquier fantasía que tengas... —La contralto emitió un gorgorito cariñoso—. *Todo* lo que quieras. Anonimato garantizado. Si quieres, puedes violarme. Quedamos en un sitio; tú me esperas tumbado...

Dima colgó.

Lo de adiestrar perros no funcionó.

Por el anuncio «Sesiones individuales con su perro. Defensa y protección, curso de obediencia, correcciones de la conducta. Todas las razas y edades. Servicio a domicilio» enseguida llamó una señora cuarentona que soñaba con educar a su dogo de dos años.

La señora respiraba pesadamente al hablar por teléfono y se quejaba del dogo. Decía que estaba muy mal educado.

Se tiraba encima de la gente y no quería caminar a su lado. En general no le gustaba caminar, sino que prefería correr al trote, y la arrastraba consigo. Y además, gruñía y enseñaba los dientes a quien se acercara a menos de un metro a su plato.

—¿Y en qué condiciones tiene al perro? —preguntó Dima.

El dogo vivía en un piso jruschov de una habitación, en el quinto, con la mujer.

—Muy bien —dijo Dima—. Iré a su casa mañana a las tres. Trabajaremos un poco en casa y luego iremos al parque.

A las tres en punto, Dima llegó a la dirección indicada y llamó al timbre. Algo muy voluminoso golpeó con fuerza la puerta por la parte de dentro. Emitió unos gruñidos profundos y golpeó la puerta de nuevo.

—*Arnold*, deja que mamita abra la puerta —pio una voz insegura dentro del piso—. Anda, deja

que mami abra la puerta para que entre el educador.

Dima escupió lúgubrememente en los azulejos verdes. Por fin, la puerta se abrió. *Arnold* estaba sentado junto a la puerta con el morro arrugado y gruñendo.

Dima entró resueltamente. El dogo se puso tenso y no cabía duda de que estaba listo para saltar. De repente, Dima sintió que tenía miedo. Sencillamente, tenía miedo.

Un cansancio sordo, una tristeza pegajosa y oscura, se apoderaron de Dima, lo envolvieron por todas partes y lo espachurraban contra el suelo.

—Perdone, me he equivocado de puerta —murmuró Dima, y arrastró las piernas entumecidas hasta la escalera.

Despacio, aspirando profundamente en cada escalón, llegó abajo arrastrando los pies. *Arnold* salió todo digno al rellano de la escalera, soltó un rugido para mantener el orden, para afirmar su victoria, y metió el morro con curiosidad por debajo de la barandilla.

—*Arnoldushka*, ven a casa con mamá, venga —oyó Dima cuando iba por el primer piso.

Aquella misma noche, Dima encontró un trabajo.

Pero le duró menos de una semana.

En la parada de autobús, Dima vio un anuncio que decía: «Se necesitan personas para colgar anuncios». Llamó al teléfono que figuraba y fue a la dirección que le dijeron. Una dama peluda y entrada en años le dio un tubo de pegamento y una pila gigantesca de anuncios que decían: «Se necesitan personas para colgar anuncios». Le dijo que le pagaría cuatrocientos rublos por cada cincuenta anuncios que colgara. Dima pasó unos cuantos días recorriendo las calles de la ciudad en autobús y trolebús y bajando en cada parada para colgar un anuncio, y otro, y otro, y otro. Profanó doscientas paradas y fue a buscar el dinero. La señora peluda le dio ocho mil rublos y otra pila de anuncios con el mismo texto.

—¿Y cuáles son los anuncios que quiere colgar cuando consiga todas las personas que busca? —inquirió Dima.

La dama lo miró sin comprender.

—Estos. —Señaló la pila que llevaba Dima.

Dima se quedó descolocado. Cogió los ocho mil rublos, se marchó a casa y se negó en redondo a volver a casa de la señora peluda.

—Pero ¿qué más te da lo que ponga en los anuncios? —le preguntó Liza, asombrada—. Te paga bien, ¿no?

—¿Qué pasa, que en vuestra ciudad estáis todos locos? —exclamó Dima.

—Mira quién fue a hablar... —replicó su mujer con una sonrisa amarga.

Para Dima, conocer a su madre fue un desastre. Resultó ser un hipopótamo taciturno y sombrío vestido con una rebeca verde con lorzas y una especie de monumento sintético y vaporoso en la cabeza. No parecía conocer mucho más a Dima de lo que Dima la conocía a ella; le preguntaba «cómo se las había arreglado» y lo llamaba Dimitri. Miraba a Liza con abierta repugnancia.

A Dima de vez en cuando se le escapaba tratarla de usted y se acordaba con tristeza de su propia madre, la real, la de su pasado imaginario, y casi se sintió feliz cuando por fin la invitada se embadurnó de rojo los labios con gesto decidido y se marchó.

—Lo que pasa es que ya hace unos años que estáis reñidos —le explicó después Liza—. Casi no os habláis. Ella no quería que te casaras conmigo, pero tú te empeñaste... Antes decías que no podías vivir sin mí... ¿No te acuerdas cuando decías...?

Dima se batió en retirada al cuarto de baño. Se acercó al espejo y se puso a hacer muecas.

—... como nunca habías querido a nadie —sollozaba Liza desde la cocina.

Dima sacó la lengua, la dobló a lo largo en forma de tubo, abrió los ojos como platos.

—... y también decías que nunca habías sentido tanta calidez con nadie...

Arrugó la nariz, hinchó las mejillas.

—... tanta serenidad...

Esbozó una amplia sonrisa y se puso un dedo en la sien, girándolo.

—... y le dijiste: «Mamá, no te metas. Es asunto mío».

Dima salió del cuarto de baño.

—Bueno, muy bien, pero ¿tengo amigos?

—Hum, sí —reconoció Liza con desgana—. Uno.

Aquel mismo día llamaron al amigo para un careo.

Era Grisha, el alcohólico del edificio de al lado. No tenía ninguna cualidad destacable, pero era majo, apacible y sociable. Dima empezó a beber con él los sábados.

—Levanta el embrague. Pon la primera. Acelera un poquito... No, no tanto, ¿no oyes cómo ruge? Así... Ahora suelta el embrague poco a poco...

El coche pegó un bote sin moverse del sitio, empezó a dar tirones convulsos y se caló por enésima vez. Guennadi Ílich se secó el sudor de la frente.

—Has soltado el embrague demasiado de golpe. Venga, prueba otra vez. Vuelve a arrancar, joder...

Al cabo de una semana, el Lada 8 se había vuelto más dócil, y al cabo de un mes ya lo había sometido por completo.

En la calle Sadóvaia-Samotióchnaia se subió el Pasajero que Mandaba un Mensaje por el Móvil. En la avenida Mir, la Mujer Maltratada por la Vida (portazo, labios apretados, mirada severa y ensimismada por la ventana, silencio sepulcral). Desde el VDNJ hasta la calle Nízhnaia Máslovka, Dima llevó a la Mujer Muy Nerviosa («Cierre la ventana. Apague la calefacción. Póngase en el carril de la izquierda. Al tercer semáforo gire a la izquierda. Póngase ya en el carril de la izquierda. Tiene que girar a la izquierda en el segundo semáforo. ¡Tiene que ponerse en el carril izquierdo! ¿Me oye? Cuidado, tiene un coche detrás. Más a la izquierda. En el siguiente semáforo, a la izquierda. ¡Ahora, a la izquierda! Eh, hay una vieja cruzando la calle. ¡Cuidado, que casi atropella al señor! Bien, aquí, a la derecha o a la izquierda...»).

En la calle Nízhnaia Máslovka lo paró otra mujer, quien también parecía Nerviosa. Por lo menos, llevaba una bolsa muy grande de plástico con cinco o seis bolsas más dentro, y Dima se imaginó con un estremecimiento cómo la mujer trastearía con ellas durante todo el trayecto entre susurros quejumbrosos.

A Dima no le gustaba su trabajo. Ni tampoco le gustaban los pasajeros.

—A la estación de Kursk.

—Cuánto —preguntó Dima mecánicamente, mirando de soslayo las bolsas.

—¿Cien? —propuso la Nerviosa sin convicción. Dima le echó una mirada oscura y fingió que reemprendía la marcha—. ¿Ciento cincuenta? —Dima apretó ligeramente el acelerador—. ¿Doscientos? —siguió regateando la chica.

Dima levantó el pie del acelerador y la miró sin decir nada. Atractiva, media melena pelirroja, ojos alegres de color marrón claro.

—La llevo por doscientos cincuenta —dijo, pero solo a modo de experimento.

—De acuerdo —respondió sumisa la Pelirroja.

Puso la bolsa en el suelo del coche y se acomodó tranquilamente. Miraba por la ventana. Llevaba un perfume caro; se había echado un poco más de la cuenta, pero era agradable de todos modos. Y le resultaba familiar.

Dima tenía por principio no hablar con los pasajeros más que de dinero y la ruta.

—¿Vas a buscar a alguien? ¿O te vas a algún sitio? —preguntó de repente cuando ya llegaban a la estación, con un tono más amistoso que el que pretendía.

—Me voy. A casa, a Rostov del Don.

Dima agarró con fuerza el volante y frenó a pocos centímetros del *Volga*, que estaba a punto de partir.

—Ya hemos llegado —dijo Dima—. No hace falta que me pagues.

—¿De verdad? —exclamó encantada y sonriendo la Pelirroja, y abrazó de improviso a Dima, estrechando contra él todo su cuerpo, inundándolo con su perfume penetrante y dulce—. ¡Venga a vernos! ¡Venga a Rostov del Don!

—¿Me das tu teléfono? —Le salió como un graznido ahogado.

—¡Claro! ¿Tiene un bolígrafo?

—Sí, pero no tengo papel —respondió Dima, sobresaltado.

—Es igual, déjeme el boli, se lo escribiré en el billete de vuelta.

—¿En el billete? —repitió Dima como un bobo—. ¿Y cómo vas a marcharte? ¿Cómo vas a ir a Rostov del Don?

—Este billete es de hace dos meses —dijo con otra sonrisa la Pelirroja.

Garabateó el número de teléfono a toda prisa, dobló cuidadosamente el billete en cuatro y lo puso en la palma sudada de Dima. Retuvo su mano en la de él un par de segundos y luego se inclinó sobre su oreja. Un mechón pelirrojo le hizo cosquillas al rozarlo en la mejilla.

—Venga, y no se arrepentirá.

—¡Sí, cuenta con ello! —exclamó, y le guiñó un ojo torpemente a modo de despedida.

Estuvo media hora más dando vueltas por la ciudad, pero nadie más lo paró. Dima se dirigió hacia su barrio, el Aeropuerto, avanzando metro a metro por la atascada avenida Leningrado. Como siempre, le dolía la pierna del embrague. En el coche reinaba un fuerte olor de gasolina y del aire caliente y seco de la calefacción, pero aún se percibía el rastro del perfume de la Pelirroja.

Entonces, ¿qué? Podría volver a la estación de Kursk, aparcar en coche en cualquier sitio, comprarse un billete para el primer tren que fuera a Rostov y largarse. En aquel mismo momento. Para pasar el fin de semana. ¿Por qué no? Podría llamar a su mujer e inventarse algo.

—... Litera superior. Salida a las 18:45, llegada a las 14:32 —lo informó con voz asesina la taquillera—. ¿Lo quiere?

—Sí.

El corazón le latía con tanta fuerza que le ensordecía los oídos, se le subía hasta la garganta con acelerados espasmos felices, le contraía con impaciencia las puntas de los dedos. Se arremangó de un tirón para mirar el reloj y, torpe, dio un golpe al que estaba detrás de él en la cola.

Su reloj no estaba en la muñeca. Ni el dinero: la cartera se le había esfumado del bolsillo interior de la chaqueta. Y el bolígrafo. Al borde de las lágrimas, Dima desdobló el billete con el teléfono de la Pelirroja. «123450. Imbécil».

—Señor, ¿quiere el billete o qué? —chilló de malas maneras la taquillera.

Sin decir nada, Dima se alejó de la ventanilla.

Nunca tenía granos, ni morados, ni arañazos, ni erupciones alérgicas.

Nunca olía a sudor. No desprendía ningún olor humano. Olía a esmalte de uñas, a quitaesmalte, a champú, a desodorante, a jabón de lavar la ropa, a crema, a gel. A detergente de fregar los platos. A Orbit sin azúcar. A veces, a goma. A veces, incluso a cable quemado. Pero nunca a sudor. Ni a jersey de andar por casa que lleva muchos días sin lavarse.

Se olvidaba de quitar las etiquetas y el precio de la ropa nueva. Iba con ellas durante semanas enteras, hasta que el propio Dima, irritado, las arrancaba.

Dima supo que su mujer y su suegro no eran ladrones al cabo de pocos días de convivencia familiar. Luego se le ocurrieron otras explicaciones (que eran licántropos, robots o extraterrestres), pero también acabó rechazándolas.

La sombra de sus parientes era absolutamente normal, gris oscura. Dima se vio obligado a reconocerlo después de haberlo comprobado varias veces.

Sus cuerpos tampoco parecían tener orificios donde pudieran encajarse llavecitas.

Sin embargo, Dima nunca sabía qué cuchicheaban cuando él estaba en otra habitación.

Dima escondió el billete con el «número de teléfono» en el coche. Casi todos los días, antes de volver a casa, lo sacaba de la guantera y lo estudiaba con atención. Primero leía la palabra *imbécil* varias veces. Después le daba la vuelta y leía por el otro lado: «Tren n.º 99/100 Atamán Platónov. 4 de noviembre. Moscú-Rostov del Don. Salida 18:45. Llegada 14:32. Lóshadkin». Era su billete. Su billete de vuelta, el que había desaparecido junto con su cartera hacía dos meses en el viaje de Rostov a Moscú.

La víspera de Año Nuevo, Guennadi Ílich demostró que su naturaleza era total y absolutamente terrenal. Murió. Toda su vulnerabilidad y su fragilidad humanas se pusieron en evidencia.

Guennadi Ílich murió precisamente cuando iba a casa de ellos. Cogió un atajo que pasaba por debajo de unas ventanas. Del alféizar de una colgaba una estalactita puntiaguda. Llevaba allí más de un mes y más de una vez había empezado a derretirse, dejando caer gotas heladas, pero se congelaba de nuevo. Esperó a aquel ascenso de la temperatura y a aquel transeúnte para caer por fin y abrirle la cabeza y acabar de derretirse justo allí, en su interior, con los últimos restos de su calor humano.

Liza lloró mucho muchos días, muchas noches, y temblaba mientras la vencía el sueño, y gemía mientras dormía. Adelgazó todavía más; la cara se le hinchó; el esmalte de las uñas se le caía a trocitos descuidados. La ropa y el pelo le olían a humo de tabaco. A veces se olvidaba de lavarse el pelo y dejó de ponerse crema en la cara.

Una noche, Dima la abrazó. Por primera vez. Ella lo miró un poco asustada, pero al cabo de un segundo se acercó más a él, enterró la boca húmeda y caliente en su pecho y dejó de temblar.

Por las mañanas, Dima sacaba a pasear a *Glasha* porque Liza no podía levantarse.

Después, cuando regresaba, Dima abrazaba a su mujer amodorrada, casi sintiéndola suya, le acariciaba el pelo, la besaba en los ojos rojos y extenuados. A veces, ella sonreía en sueños.

Una mañana, Liza lo miró como si estuviera acorralada y angustiada.

—Hazme un niño —le dijo—. Por favor, hazme un niño.

Tenía la cara hinchada de los recién despertados. Y de los niños.

Dima sintió que las manos le temblaban de una manera extraña. Se desabrochó la camisa y dijo como un tonto:

—Ya voy, ya voy.

No recuperó la memoria. Pero tampoco le hacía falta. Hacía muy poco que quería a aquella mujer desconocida y extraña de piernas largas y flacas, vientre redondo y abultado y un nuevo corte de pelo (el pelo se le había afeado con el embarazo y se lo cortó), y aquel amor todavía no tenía pasado. Mejor dicho, tenía un pasado muy corto: solo siete meses. Siete meses para acostumbrarse, adaptarse, aprender qué le gustaba a Liza y qué no, para escuchar «cómo daba pataditas», para comprarle una bolsa de mandarinas todos los días.

Sin embargo, por debajo de aquel presente fresco e inesperado y de la feliz espera, amenazaba una sombra obstinada y permanente, pertinaz, que acechaba oculta tras los sonajeros y la ropita que esperaba su hora. Aquella sombra indefinida no era un obstáculo paralizante, sino más bien algo molesto, pero conseguía ponerle de mal humor. Como una promesa incumplida que no se recuerda a quién ni cuándo se hizo. Como un asunto insignificante dejado siempre para más tarde y jamás concluido. O unas palabras ofensivas a las que no se respondió en el momento y que después martillean en la cabeza una y otra vez, como un eco, en busca de la mejor respuesta, la más envenenada.

—Solo para verla. Necesito verla, verla y ya está. Ver esa ciudad, Liza. Tienes que entenderme, cálmate, no llores, que vas a hacer daño al bebé. Pero voy a volver, me cruce con quien me cruce, vea a quien vea, Liza...

Y ella decía que no podía ir en aquel momento. Decía que no podía explicar por qué, pero que no podía ir allí en aquel momento, que era un error, que iba en contra de las reglas. Lloraba y

decía que no fuera, que no fuera, que no fuera. Que iría todo mal.

—Es normal que ahora tengas caprichos. Pero voy a ir de todas formas. Liza, precisamente es lo correcto. ¡Tengo que liberarme de una vez de ese delirio! Tengo que comprobar que nunca he vivido allí y que no conozco a nadie allí. Todo irá bien.

Sin cariño y sin sorpresa. Simplemente lo reconoció todo. «¡Rostovianos de todos los países, uníos!», aquel eslogan chiflado pintado en una pancarta roja y azul. La Bolshaia Sadóvaia. El edificio de la дума municipal, un colosal pastel de crema blanco y verde. El cine Kinomax, con las rejas en las ventanas, que recordaba al ambulatorio del distrito; Katia y él habían visto allí *Matrix 2*.

Dima caminó lentamente hacia su casa, dobló la esquina y se detuvo. Su madre estaba sentada en un banco, junto a la entrada. Con Katia. Estaban hablando animadamente y se reían, mientras el schnauzer corría como un loco a su alrededor. Le tiraban un palo una vez cada una. Así que existían de verdad. Se reían. No estaban de luto, no llamaban por teléfono cada dos por tres a los hospitales y a los depósitos de cadáveres, ni lloraban la una encima del hombro de la otra. Aún no había pasado un año desde el momento en que Dima había desaparecido de sus vidas, y ellas ya se reían y jugaban con el perro. Su madre incluso parecía más joven y estaba más guapa. No tenía nada que ver con aquella viejecita solitaria y enferma que había perdido a su hijo y que había perseguido a Dima en las pesadillas nocturnas durante aquellos meses, llamándolo con un dedo tembloroso, secándose las lágrimas de los ojos con un pañuelo. Katia había engordado tremendamente. Bajo el blusón amplio y recto se le balanceaba el culo enorme.

Ellas no lo veían. Dima se removió en el sitio y al final dio unos cuantos pasos indecisos hacia ellas. Y entonces fue cuando se dio cuenta de que había algo más.

Un cochecito de niño. Un cochecito azul del modelo más corriente estaba junto a ellas.

Katia se levantó pesadamente del banco, se acercó al carrito balanceándose de un lado a otro, metió las manos y sacó a un bebé hermoso y envuelto en rosa y azul. Su madre y el schnauzer revoloteaban a su alrededor.

Dima se escondió detrás de un árbol y las miró un minuto más. Qué felices y ajenas le resultaban. No quiso acercarse más; no le apetecía mirarlas a la cara, oír sus voces, explicar, pedir explicaciones. Que en su nueva memoria se quedaran de aquella manera: parecidas a como habían sido antes, terriblemente parecidas, pero distintas.

Dima envió un mensaje de móvil a Liza («Hola, no he encontrado a nadie, no me acuerdo de nada, besos, voy a casa») y echó a andar lentamente, decaído, hacia la estación. Pasó por el parque zoológico y se quedó mirando a sus pájaros favoritos.

Algunos cormoranes iban tristemente de aquí para allá, removiendo ausentes en el agua con el pico. A unos diez metros de ellos había unos espejos enormes.

—¡Quite de ahí! ¡No se ponga en medio del rodaje! —Una mano firme apartó a Dima hacia un lado.

Un tipo bajo y robusto con gafas y un micrófono se puso donde había estado Dima. A su lado se colocó otro con una cámara.

—Este bellissimo pájaro, el cormorán, es el orgullo del parque zoológico de Rostov —dijo la voz melosa del de las gafas—. Pero, desgraciadamente, es muy difícil que engendre descendencia en cautividad. Los cormoranes solo se reproducen en colonias, y veinte pájaros no constituyen una colonia. Para formar una colonia son necesarios por lo menos cien. Para crear a los cormoranes la sensación de que se encuentran en una colonia grande, la dirección del parque ha colocado espejos. Albergan la esperanza de que, gracias a ellos, los hermosos cormoranes se reproduzcan en el parque en un período corto de tiempo.

A Dima le dieron pena los cormoranes. Era evidente que estaban allí muy a disgusto. Miraban acorralados al tipo del micrófono y desde luego no tenían ninguna gana de multiplicarse.

Dirigían miradas totalmente indiferentes a los espejos, pero daba la clara sensación de que no los veían. O tal vez se negaran a considerar que sus propios reflejos eran sus compañeros de colonia.

Nada más arrancar el tren le sonó el móvil. Era una amiga de Liza que le decía, con una terrible voz de ultratumba, que Liza se había puesto de parto prematuro y se la habían llevado a la casa de maternidad número 16.

—¡Dile que llego mañana! —gritó Dima—. ¡Mañana!

Se cortó. Estuvo un rato en su compartimento y después se fue al vagón restaurante a comprar tabaco.

Dima entró en la plataforma, se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo con una profunda calada. A través del habitual olor mohoso de la plataforma se percibía claramente un perfume sorprendente en aquel lugar.

Estaba fumando en la plataforma. La chica pelirroja, la misma. Dima tiró al suelo el cigarrillo a medias.

—Vaya, hola —masculló Dima todo lo amenazante que supo—. Cuánto tiempo.

Se acercó a ella con pasos ruidosos, agarró a la Pelirroja por el pelo rojo y la apretó contra las rejas de la ventanilla.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Trabajo aquí... En esta ruta... ¡Suéltame!

—Devuélveme el dinero, zorra... y el resto. —Dima la apretó un poco más.

—El dinero ya no lo tengo —replicó la Pelirroja, no demasiado asustada—. ¡Pero te devolveré el resto! ¡Suéltame primero!

Dima aflojó la presión y se apartó un paso.

—¡¡¡Chicooooo!!! —gritó la Pelirroja con todas sus fuerzas.

En la plataforma irrumpieron al instante dos tipos forzudos y morenos. Uno rodeó con galantería los hombros a la Pelirroja; el otro le pegó un puñetazo en la nariz a Dima sin detenerse. En aquel momento, el tren traqueteó violentamente y Dima se cayó al suelo sucio y cubierto de escupitajos.

—¡Ya te lo devolveré todo mañana! —exclamó la Pelirroja, soltando una alegre carcajada.

Ella salió de la plataforma, pero los dos tipos se quedaron.

Dima se esparció la sangre por la barbilla y empezó a levantarse, resoplando. Una suela gruesa de goma con un dibujo en forma de espiga le pasó como un relámpago ante los ojos y se estampó con deleite en su frente. Dima se cayó de nuevo, esta vez de espaldas. El que había abrazado a la Pelirroja se puso en cuclillas al lado de Dima y le sacó suavemente el móvil del bolsillo.

—Quédate aquí sentado tranquilito —le dijo.

La puerta de la plataforma se cerró de un golpetazo. Dima se quedó sentado un minuto más y luego se arrastró hasta el baño para limpiarse la sangre.

Una enfermera menuda y mona con granitos en la nariz lanzó otra asustada mirada de reojo a la fisonomía destrozada de Dima y de nuevo rebuscó en los papeles.

—No, seguro que no.

No habían llevado a Yelizaveta Guennádievna Prokópets a la casa de maternidad número 16. Dima salió a la calle y quiso llamar a la amiga de Liza, pero recordó que el número de su teléfono había volado junto con el móvil.

—Dos, cinco, siete. Mierda, dos, cinco, siete —dijo Dima en voz alta.

El código no funcionaba. Al final, una viejecita salió del portal y soltó un grito cuando vio a Dima. Este la empujó y se metió corriendo en el edificio. Llegó hasta su piso y descubrió con asombro que la puerta era nueva y de hierro. Pero, por si acaso, metió su llave en la cerradura. Por supuesto, la llave no entró. Sin embargo, la puerta se abrió, pero desde dentro. Un gordo

enorme, brillante de sudor o grasa, vestido con una camiseta de marinero, salió al rellano con hostilidad.

—¿Qué quiere? —le preguntó malhumorado el gordo, pasándose los dedos por el pelo del pecho con aire amenazador, por debajo de la tela de rayas.

Disimuladamente, Dima echó un vistazo detrás del gordo para ver el recibidor del piso. Estaba forrado con un desconocido papel de rombos lilas.

No fue hasta que Grisha el alcohólico le juró que hacía un año que había dejado de beber y le pidió que no lo «tratara de tú»; no fue hasta que Dima recorrió todas las casas de sus conocidos, sin éxito, y telefoneó a todos los teléfonos que se sabía, sin éxito; no fue hasta entonces que Dima fue a la policía a denunciar que su mujer había desaparecido.

—¿Qué coño vas a tener una mujer? —repetía monótonamente el policía sudoroso y bigotudo.

—¿Dónde está tu registro de entrada? ¿Quién te dio el trabajo de pegar carteles? —Un segundo policía, calvo y con las cejas negras y pobladas, dejó justo delante de Dima su pasaporte con el permiso de Rostov y el familiar «¿No tiene con quién compartir sus problemas? ¿Lo visitan fantasías extrañas? ¿No es la persona que...?».

—¡Por tu culpa, cabrón, han violado a una mujer! —rugió el del bigote y arrojó una fotografía encima del anuncio.

La fotografía era de la señora que quería amaestrar a su dogo, toda llena de cardenales y magulladuras.

Lo pegaron mucho rato, hasta la noche, pero al final lo dejaron marchar. Más muerto que vivo, Dima llegó a la estación de Kursk y compró un billete para Rostov del Don.

—Mira, papá ha vuelto —dijo Katia, y le puso en las manos un bulto que chillaba y pataleaba—. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Había cola? ¿Qué te ha pasado en la cara?

El schnauzer olisqueó a Dima en los pantalones con indiferencia. El bulto se calló de repente. Su cara pequeña y roja se frunció en un espasmo y luego se le relajó, y clavó sus ojos inflamados e indiferentes en Dima sin ninguna expresión.

—Tenemos diátesis —dijo Katia—. ¿Vas a cenar?

Por la noche, Dima estuvo mucho rato dando vueltas en la cama estrecha. Con repugnancia apoyó la frente en el hombro ajeno de Katia, que desprendía un olor ajeno y penetrante de sudor. Al final se calmó y se le reguló la respiración.

Soñó con Liza. Flaca, de piernas largas, triste, pálida. En los brazos sostenía un muñeco envuelto primorosamente en una mantita de bebé. Un angelito de goma, inmóvil, con la cara cérea y las mejillas redonditas y coloradas.

Lo mecía en los brazos, muy deprisa, produciendo un extraño crujido como de madera.

—Tienes que aceitar las bisagras —le decía Dima, muy triste, casi llorando de ternura.

Pero Liza no lo oía. Mecía al bebé y repetía:

—Ven, Dima. Vuelve, Dima.

LA AGENCIA

Voy por un camino estrecho y maloliente que pasa entre cobertizos. Curiosamente, todos los cobertizos son verdes; solo de vez en cuando hay alguno marrón oscuro. Intento no tocar las paredes con los hombros, porque están cubiertas de una especie de fango amarillento y de excrementos de ave con plumas de gallina y de paloma pegadas. Aunque ya llevo las botas y los pantalones empapados hasta las rodillas de un barro blanquecino, por inercia sigo mirando al suelo, para no pisar los charcos ni las cacas de perro.

Un chucho pequeño, a manchas, de vientre hinchado y ojos turbios está atravesado en el camino royendo un hueso de gallina. Avanzo un paso. El chucho me enseña los dientes amarillos y gruñe por lo bajo. Me paro. Enfrente solo me quedan cuatro cobertizos y, por fin, la salida del laberinto. Levanto un pie. El perro empieza a aullar y se le eriza el pelo blanco y negro del lomo. Le pego una patada en el morro. Se aleja corriendo un metro, pero regresa y estalla en ladridos agudos. Le doy otra patada y lo piso contra el suelo; gruñe, pero de forma ahogada, y el morro se le chafa contra el hueso de gallina. Lo piso más fuerte. El perro se calla. Se oye un chasquido, pero no miro qué ha sido. Camino aprisa hasta el final del camino y me encuentro en un parque infantil. Me limpio las botas en un charco.

En el centro del patio hay un cuadrado con arena donde juegan con cubos dos chicos grandullones. Unos columpios bajos y una mesa de madera podrida. Agolpados a su alrededor, unos niños miran algo, boquiabiertos. Me acerco y la veo.

En la fotografía del periódico parece otra: una muñeca perpleja y babosa con un estúpido lazo amarillo en la cabeza y los ojos llenos de miedo. En persona no tiene nada de particular: una niña de cinco años, fea y mocosa, que resopla por la nariz, concentrada en algo. Me abro paso entre los niños hasta que llego a su lado. Ellos me miran en silencio con los ojos como platos. Absorta, la niña hurga algo que está en la mesa con un trozo de cristal verde. A su derecha hay un tarro sucio de mayonesa, por cuyo fondo se arrastran lombrices de tierra, escarabajos de color naranja y negro, y un enorme sanjuanero.

Saca un escarabajo del tarro y lo pone panza arriba encima de la mesa. Tiene las manos sucias y regordetas, y mugre por debajo de las uñas. Sacando la lengua fruto de la tensión, corta el insecto en dos a lo largo de la panza con el cristal. Los niños observan con curiosidad las dos mitades; las patitas siguen moviéndose. La niña vuelve a meter la mano en el tarro y saca una lombriz de tierra. Atrapada entre sus dedos, la lombriz se retuerce en el aire hasta que por fin se rinde, ya sin voluntad, y la niña coge el cristal.

Yo pongo cara severa y pregunto en tono amenazador:

—¿Se puede saber qué es esto?

Los niños salen corriendo entre risitas. La niña se gira de golpe hacia mí y suelta la lombriz, que cae al suelo. Me mira. Con la mirada vacía, sin ninguna expresión, una mirada que se desliza por mi ropa.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto con voz tranquila.

La niña baja la cabeza. Se sorbe los mocos. El gusano está en el suelo sin moverse, en el mismo sitio donde ha caído.

—Jugábamos a los hospitales. —Empuja el gusano con la punta de la bota—. Yo era la doctora.

—El gusano se enrosca convulsivamente—. Operaba a los enfermos.

—Pero ¿no ves qué has hecho? —le digo—. Has matado al escarabajo. Su mamá va a ponerse muy triste.

Me quito las gafas oscuras y la miro a los ojos. Con tristeza y un poco de reproche. Por fin, su rostro se arruga en un puchero. Las lágrimas gotean en la mesa. Frunce los ojos.

—¿Sabes qué puedes hacer para que su mamá te perdone? —le digo.

—¿Qué?

—Tragarte el cristal.

Regla número uno. No hay delito si no hay intervención física. Lo único que existe es el curso natural de las cosas ligeramente corregido por nosotros. Si simplemente quiere usted matar a alguien, búsquese un asesino a sueldo. Nosotros trabajamos de otra manera. Generamos accidentes. Coincidencias.

Tenemos de todo. Tenemos habitaciones en pisos altos con balcones a punto de caer. Papeletas premiadas de lotería. Nuestros propios casinos. Nuestros propios colegios. Nuestras propias tiendas. Nuestros propios aviones. Nuestros propios hospitales. Actores que representan papeles amorosos durante cierto tiempo, desde un par de horas hasta un par de décadas. Actrices que hacen de mujeres entregadas. Actrices que hacen de mujeres traidoras. Actrices que hacen de actrices. Más de quinientas clases de venenos mortales. Escaleras de mano defectuosas. Diez mil bacterias patógenas. Y las vacunas para las enfermedades que generan. Tenemos gatitos tuertos. Dobermanes de pura sangre. Comida caducada.

Preservativos agujereados. Coches estropeados. Películas de cuya existencia nadie sospecha; en los créditos no aparece ni el director ni el guionista. Una colección inmensa de películas, de obras maestras, que esperan a sus «creadores». Colosales estanterías llenas de libros anónimos que algún día serán superventas. Tenemos de todo.

Entré en la Agencia gracias a un anuncio que rezaba: «Se necesitan montadores, operadores de sonido, guionistas, ayudantes de dirección y actores». Me hicieron la entrevista en una habitación vacía. Mi interlocutor era una voz suave y nasal que salía de un altavoz del techo.

—¿Cuántos años tiene? —me preguntó el Altavoz.

—Treinta y cinco.

—¿A qué se dedica?

—Soy guionista. Escribo guiones para series de televisión.

—¿Cuáles son sus aficiones?

—No tengo. Por la noche veo la televisión. Juego al *Counter Strike*.

—¿En qué postura duerme?

—¿Qué?

—¿En qué postura duerme? —repitió el Altavoz, impasible.

—Pues... Habitualmente, sobre el lado derecho. A veces, boca arriba.

—¿Está casado?

—No.

—¿Tiene relaciones sexuales?

—¿Qué más le da? —Pero el Altavoz no respondió—. No —dije yo.

—¿Tiene una amante? ¿O un amante?

—No.

—¿Tiene alguna mascota? ¿Plantas?

—No.

La entrevista se prolongó durante casi cinco horas. Le relaté mi infancia con todo detalle; le hablé de mi conejillo de Indias favorito y de cómo se cayó desde un séptimo piso; le hablé de mis padres y del funeral de mis padres; le hablé de mi acné juvenil y de mis poluciones juveniles. Enumeré las revistas de papel satinado que me ayudaban a masturbarme. Que me ayudaban antes, claro. Observé pacientemente unas ilustraciones absurdas y dije al Altavoz qué me recordaban. Incluso busqué rimas para unas palabras que me dijo el Altavoz.

En fin, al final me cogieron en la Agencia. Supongo que porque no soy nadie. No tengo amigos ni familiares. Tengo un aspecto tan feo y vulgar que nadie se fija en mí. Estatura mediana. Peso normal. Se me puede confundir con cualquiera. Es imposible acordarse de mí. Si asaltara a alguien en pleno día, la víctima no me identificaría en un careo. No tengo lunares, verrugas ni cicatrices. Tengo los labios finos, una nariz de lo más corriente, el pelo mustio, los ojos pequeños e inexpressivos, y las extremidades flacas y flojas. Soy impotente. No hay nada que me

guste. Puedo inventarme historias interminables y tristísimas sobre niños huérfanos, enamorados separados, mujeres hermosas que han perdido la memoria o novios pérfidos y codiciosos. Visto ropa oscura y discreta, normalmente gris o azul marino, y gafas de sol. Mi vida es aburrida. Soy exactamente lo que ellos necesitan. El Agente ideal.

Hay flores aquí. Se mueven y ondean con el viento. Flores asquerosas y gordas, de cementerio, casi tan altas como un hombre. Tienen el tallo fuerte y brillante, y la flor, amarillo chillón. También hay ortigas enormes y hierba espesa, tiesa, húmeda, que absorbe los jugos de la tierra.

Hay muy poca gente. El Escritor se ha quedado inmóvil, mirando al suelo, encogido, helado. Su mujer no deja de llorar, pero con discreción, sin aspavientos. Hay otras mujeres que también lloran.

Yo me mantengo a cierta distancia, apoyado en un árbol. Estoy bastante cerca, pero no tanto para que se fijen en mí. Llevo una gabardina gris. Empieza a llover y me pongo la capucha. Pienso: «Qué divertido». Cuántas veces habré descrito una situación igual, antes, claro, cuando escribía guiones. En el primer episodio o en el centésimo; más tarde o más temprano, en todos los culebrones hay un funeral. Y la lluvia no puede faltar en la escena. Y siempre hay una figura solitaria que se mantiene a cierta distancia. Con una gabardina gris, detrás de unos árboles.

La lluvia se hace más intensa, y los presentes no tardan en marcharse, creando un poco más de alboroto del que correspondería en una situación como esta. Una mujer sigue junto a la tumba. Tiene paraguas.

Me arrebujó la capucha, tanto que casi no se me ve la cara, solo la punta de la nariz y las gafas, y me aproximó a ella. Hoy no me he puesto las gafas oscuras de siempre, sino otras, unas redondas de cristales de espejo. No quiero que me retenga en su memoria, pero no hay de qué preocuparse; puedo acercarme a ella un poco más. Me mirará, pero solo se acordará de sí misma, de su reflejo en mi rostro.

Tiene la cara redonda y bondadosa, con tres pliegues en la papada. Sus estúpidos ojos azules se estudian en mis gafas mientras le pido sosegadamente que me dé la dirección del Escritor. ¿Que quién soy? Simplemente, un gran admirador de su talento... Qué desastre tan grande... Yo también tengo hijos, no puedo ni imaginármelo... No, no quiero importunarle con una visita; solo me gustaría enviarle una carta con el pésame, ya sabe, suele reconfortar un poco. Me limitaría a llamarlo por teléfono, pero no tienen.

Crédula, asiente y me da la dirección.

Al principio, el trabajo me encantaba. En realidad, la Agencia me llamaba de tarde en tarde, una vez cada tres meses, no más. Me dieron un piso y trabajaba en casa. Todas las mañanas encontraba en el buzón un sobre grande de cartón sin remite y, dentro, el siguiente guión. Nunca vi al mensajero que llevaba el sobre; seguramente llegaba bien entrada la noche. Porque existía la regla número dos. Bajo ningún concepto ni pretexto, los trabajadores de la Agencia deben conocerse entre sí, ni la cara ni la voz. No hay ni reuniones ni fiestas de empresa; todos los agentes trabajan de forma totalmente autónoma. El Coordinador nos llama por teléfono y nos encarga el trabajo: un rollo rapidísimo emitido por una voz nasal y electrónica, sin vida ni entonación.

Todas las mañanas me comía dos yogures y un huevo revuelto crudo, me tomaba un té con leche, me lavaba deprisa con agua fría y me ponía enseguida a trabajar. Leía atentamente el guión y hacía anotaciones al margen. Después aún me quedaba una hora y media para dedicarme a mis cosas antes de que llamara el Coordinador.

El Coordinador era invariablemente cortés («Buenos días. ¿Qué tal se encuentra hoy? Me alegro de que todo vaya bien. Entonces, pongámonos a trabajar. Un Cliente irá a verlo hoy sobre las cinco. Por favor, examine con él los detalles del guión. Asegúrese de que el guión satisface las necesidades de la Agencia. Le deseo suerte con el trabajo. Que le vaya bien»).

La Agencia es una organización secreta. Tiene filiales en todos los países. Solo conocen su existencia unos pocos privilegiados.

Nuestros clientes pueden concebir su propio guión o pueden utilizar una historia ya existente, bien en los libros, bien en las películas. El autor más solicitado es Stephen King. Varias veces me han pedido *El resplandor*, *Misery* y *El cazador de sueños*. Un joven de aire melancólico me trajo una copia de un relato corto de King (ya no me acuerdo de cómo se llamaba) sobre un dedo que cobraba vida y aparecía en el cuarto de baño de un matrimonio. El joven quería que en algún momento de la tarde soltáramos un dedo mecánico de goma en la pila y el retrete del piso de una encantadora pareja jubilada de intelectuales. Había estado ahorrando durante diez años para pagar el encargo. Los jubilados intelectuales eran sus padres.

Otro día vino una vieja loca millonaria y pidió un episodio de *El cementerio de animales* para una familia muy ruidosa vecina suya.

—Y entonces —dijo con los ojos en blanco y aire soñador—, ustedes provocan un accidente para que atropellen a su gato y se muera. Ellos lo entierran, pero al día siguiente, el gato muerto vuelve y les pega un susto...

—Lo siento mucho, pero eso no es posible —repuse con paciencia.

—¿Y por qué no? —preguntó la vieja por enésima vez, sorprendida.

—Un gato muerto no puede volver. Pero podríamos crear un gato igual. Sería un gato artificial, mecánico. Sintético, pero con apariencia de muerto. O también podríamos usar un gato vivo maquillado para que parezca muerto.

—Ah, no. Si el gato vuelve vivo, no tiene gracia ni sentido. Yo lo que quiero es que al gato lo atropelle un coche y se muera. Entonces lo enterrarían, y al día siguiente...

Por lo demás, los clientes adoran *Titanic*. Juntar a todos los que les caen mal en una carraca enorme y hundirla con toda solemnidad es una alternativa muy seductora, pero cara y vulgar. La Agencia aceptó un encargo semejante solo una vez, en 1912, cuando alguien (no puedo decir nombres) ideó el tinglado con pelos y señales. En aquel entonces se consideró que el guión era efectista y provocador. Pero repetir el mismo truco una y otra vez es el sino de la gente sin pizca de fantasía. A ese tipo de clientes solemos proponerles que se contenten con una catástrofe aérea. Normalmente aceptan. Y otros hasta se dan por satisfechos con un accidente de tren o de autobús.

Los guiones independientes suelen ser malísimos. Por ejemplo, a los papás multimillonarios les gusta encargar por adelantado prácticamente toda la vida de sus queridos hijitos. El nacimiento, los estudios, el trabajo, el matrimonio y una muerte dulce. Y yo invento toda suerte de detalles y algún giro de la trama que dé un poco de sal a esos argumentos esquemáticos y desnudos. Qué aburrimiento tan grande. Pero qué le vamos a hacer: todos los días, los más ricos del planeta o simplemente los muy ricos nos traen su dinero. Tanto dinero que basta para el mantenimiento de la Agencia. Tanto dinero que nos da para tenerlo todo.

El Escritor va a la estación de tren para comprar los billetes de vuelta. Como es normal, no aguantan más aquí. Es una ciudad pequeña, y hasta los perros saben qué les ha sucedido. Por lo demás, esta tranquilidad de provincias no les hace ningún bien, y no parece probable que el Escritor pueda seguir trabajando en su nueva novela. Lo único que quiere es regresar a su ciudad, a la gran ciudad ruidosa y amicalmente indiferente.

Camina con la cabeza baja. Voy detrás de él. Lleva una bufanda de color rojo intenso, una mancha estúpidamente alegre sobre la ropa negra. Llevo espíandolo más de una semana, pero es la primera vez que le veo esta bufanda. Puede que la haya cogido sin fijarse y se la haya puesto sin pensar, porque el Escritor suele tener gusto vistiendo. O tal vez se la haya puesto adrede para que la gente dirija sus miradas de compasión a ese trapo chillón y no a su cara.

Compra los billetes y arrastra los pies despacio por el estrecho andén vacío. Lo sigo. Me da pena. No oye mis pasos a su espalda, pues los ahoga el ruido del tren que se acerca.

Desde luego, no estoy dispuesto a contentarme toda la vida con un puesto de simple guionista. No es que sea un trepador y tenga una ambición desmesurada o frustrada.

Simplemente me considero una persona creativa. Siempre he soñado con que algún día... Sí, algún día me presentaré para ser director de la Agencia.

Una mañana me llamó el Coordinador y, después de la melopeya gangosa de costumbre, añadió una frase nueva: «Por favor, concrete con el Cliente los detalles del guión y asegúrese de que satisface las necesidades de la Agencia. Desde el día de hoy tiene usted libertad para ejecutar con plena independencia los guiones que le encarguen».

Estaba un poco nervioso. Esperaba la llamada del Coordinador y ya llevaba más de una hora viendo embobado la televisión. No sé por qué, pero solo funcionaban dos canales, y con el mando a distancia disparaba alternativamente a los participantes de un programa del corazón y a unos trabajadores del sector sanitario sospechosamente sonrientes. Cuando estoy nervioso cambio de canal sin parar. Me tranquiliza.

—La puerta estaba abierta.

Había alguien más en la habitación. Alguien que tenía una voz ronca y muy desagradable hablaba conmigo. En la pantalla, una mujer gorda con minifalda se revolvió incómoda en un enorme sillón de piel y se echó a llorar. La apunté con el mando, apreté el botón verde y desapareció aliviada en el cuadrado negro. Seguí mirando la pantalla. Mi reflejo llenaba la negrura, el mío y el de la persona que tenía a mi espalda.

—Por favor, deje ese canal. Es mi programa del corazón favorito.

Moví un dedo y la mujer resucitó. La presentadora de piernas largas le alargó un vaso de agua con malevolencia. La gorda se secó las lágrimas con unos pañuelos desechables y meneó la cabeza con pesadumbre. Yo sabía perfectamente que era imposible que la puerta hubiera estado abierta. Siempre cierro con llave.

Me giré.

Con aquel Cliente todo fue extraño, muy extraño, desde el principio. En primer lugar, aquel día no había recibido un guión; estuve toda la mañana esperando, y nada. En segundo lugar, nadie me avisó de aquella visita. Vino solo, por iniciativa propia. Y en tercer lugar, tenía llave de mi casa, por lo visto. De lo contrario, ¿cómo había entrado? Siempre cierro la puerta con llave.

Dejó encima de mi mesa escritorio una carpeta donde ponía «Guión» y un recorte de periódico casi tan grande como una página entera.

El artículo se encabezaba con una frase bastante grandilocuente y bastante absurda también: «La nueva voz de una generación», o «La voz de la nueva generación», o «La generación de la nueva voz», algo por el estilo; no me acuerdo. Justo debajo del titular había una maravillosa y enorme fotografía de una familia feliz: el marido, la mujer y una niña pequeña. El hombre mira a la cámara por encima de las gafas, un poco irónico, algo cansado, pero definitivamente bondadoso. La mujer lo mira orgullosa de él con una sonrisa a la vez estúpida y falsa. En una mano sujeta un papel (parece un diploma) y con la otra rodea los hombros de la niña.

Alrededor de la fotografía había un texto breve donde se comunicaba que el famoso Escritor, galardonado con varios prestigiosos premios literarios, abandonaba la capital junto con su familia con destino a una pequeña ciudad de provincias, lejos del mundanal ruido, para dedicarse plenamente a la creación de su siguiente obra.

A continuación seguía una entrevista con el Escritor. Decía que ya llevaba muchos años rumiando la idea de la nueva novela. Que en la nueva novela volverían a tratarse los problemas más candentes de la sociedad actual. Que la primera lectora de su nueva novela sería, como siempre, su mujer. Y que en el piso nuevo que acababan de comprarse en una pequeña ciudad de provincias no tenían teléfono. No les hacían ninguna falta conexiones superfluas con el mundo exterior.

Alargué la mano hacia la carpeta del guión, pero me detuvo.

—Más adelante. Lo dejamos para más adelante. Para la próxima vez que venga.
Se dirigió a la puerta. El guión y el recorte de periódico se quedaron en mi mesa.
—¿Cuándo? —pregunté, mirándole a la espalda.

—Pronto.

—Pero me gustaría saber más. —Intenté decir aquellas palabras con tono duro, pero me salieron más bien serviciales—. Tendría que empezar a planear..., ya sabe, el trabajo.

—No se preocupe —dijo—. Durante los próximos días no tendrá más trabajo que este.

Era mi primer encargo serio, y decidí prepararme a conciencia. Lo primero que hice fue ir a una librería.

Los libros del Escritor están expuestos en la mesa central bajo el letrero «Superventas». Sus dos novelas (todo lo que ha llegado a escribir) están colocadas ordenadamente en dos pilas. Muchas manos se alargan hacia él, manos con laca de uñas rosa, con laca verde, sin laca, con las uñas mordidas, con dedos peludos, con anillos de compromiso... Cuando la altura de las pilas disminuye, una lánguida dependienta de piernas largas que camina arrastrando los tacones altísimos se acerca con más libros. Yo también alargo la mano, cojo las dos novelas y me pongo a la cola de la caja. Delante de mí hay una chica de pelo ralo y rubio que lleva en las manos los mismos libros que yo. Mira las cubiertas con indiferencia. Una es de color verde vivo y lleva dibujado un perfil vago e indefinido. En la otra, de un rojo sucio, hay filas interminables de latas de conserva y botes de salsa. Estoy empezando a odiar al Escritor.

Junto a la caja registradora hay un platito con caramelos. La rubia se mete en la boca unos cuantos de una vez y mastica, provocando unos crujidos sonoros. Gira la cabeza para mirarme y enseguida vuelve a darme la espalda. En la tienda hace un calor agobiante y apesta a pegamento. Definitivamente, odio al Escritor. Me repugnan los caramelos.

Me pasé la tarde leyendo y buena parte de la noche. Los libros eran bastante cortitos, pero me costó terminar con ellos porque me sacaban de quicio.

La primera novela se llamaba *Muerte en el supermercado*. Trataba de una mujer mayor, soltera, que va al supermercado para comprar una especia para la sopa de pescado que quiere preparar para cenar. Pero no se limita a comprar solo la especia, por supuesto, ya que los supermercados están organizados de tal modo que los compradores cogen de las estanterías tantos productos como pueden, sino que deambula entre las salchichas, los quesos, las salsas, el brócoli envasado y las botellas de Coca-Cola, y recuerda su infancia, su juventud, toda su vida. Amores que terminaron mal, abortos, fiestas. Mientras tanto va leyendo las etiquetas de los productos. Camina, recuerda, lee; no puede detenerse y se pierde en el laberinto de comida. Le da vueltas la cabeza, se marea y pide ayuda, pero el estruendo de los carros ahoga su voz débil de vieja. Y cuando por fin llega el encargado bien adiestrado para canturrearle su típico «¿En qué puedo atenderla?», la señora se desploma y (obsérvese el título del libro) muere.

La novela lleva un epílogo entusiasta en el que se explica como, en sus «obras atrevidas y rabiosas», el Escritor ataca el culto al consumismo.

Qué aburrimiento insufrible, por favor.

El segundo libro hablaba de un loco, un asesino en serie, miembro de Greenpeace, que destruía a todos los que no amaban lo suficiente a la naturaleza. No me molesté en leerlo; solo lo hojeé. Tampoco tenía nada de particular.

El Coordinador dejó de llamarme. En la Agencia habían dado la llave de mi piso al Cliente, y él venía cuando lo consideraba necesario. Se presentaba sin avisar, se colaba sin hacer ruido y decía: «Cuéntame. Infórmame de todo. Tengo que saber hasta el último detalle».

Y yo le contaba, procurando darle siempre la espalda. Resultaba imposible mirarlo a la cara. Sin embargo, no mirarlo resultaba igualmente imposible. Aquella cara era invitadora, hipnótica, burlona. Atraía, embrujaba y succionaba el alma para después repelerla. Era aberrante. La

caricatura de un payaso.

La mitad derecha de la cara siempre estaba inmóvil. En cambio, cuando hablaba, la otra mitad era un torrente descontrolado de muecas. La boca se le torcía hacia la izquierda; la ceja izquierda bien se le levantaba sorprendida, bien se le fruncía con malicia, y tiraba arriba y abajo, como si manejara un hilillo invisible, de la mejilla temblorosa y espasmódica y del ojo que no dejaba de guiñar burlonamente. Pero lo más terrible de la cara era el otro ojo. El de la mitad muerta, que tenía los párpados hinchados y rojos. Aquel ojo no pestañeaba nunca. Y era redondo. Un ojo de ave perfectamente redondo.

El Escritor se cae. Mira a los lados, asombrado. Justo en sus narices ve restos de manzanas, botellas vacías de Coca-Cola, cáscaras de pipas, trozos de cristal verde, latas chafadas de cerveza, todo atrapado entre las traviesas de la vía. Mira hacia arriba y dice débilmente «¡Socorro!», pero el estruendo del tren ahoga su voz.

«A nadie le extraña. Nadie sospecha nada —dice el guión—. El Escritor, como todos los artistas, tiene una personalidad inestable. Y en esa pequeña ciudad hasta los perros saben que tiene un buen motivo para suicidarse».

Desde el borde del andén miro abajo y veo que la bufanda roja como la sangre no se distingue del fondo.

Después me voy a correos, compro una postal de Ded Moroz^[6], (ni me gusta ni es la época del año, pero las ilustraciones de las otras son peores: un tentetieso horrendo y unas rosas doradas), consulto el guión, me fijo bien en la caligrafía y, tratando de imitarla, escribo pulcramente: «¿Lo ves? Soy capaz de hacer cualquier cosa». Me ha quedado bastante parecida. Escribo la dirección que me ha dado la mujer de tres pliegues en la papada y le mando la postal a la mujer del escritor. A la Viuda.

Cuando el Cliente vino a verme por segunda vez, cogió el guión de mi mesa y me lo tendió.

—Léelo en voz alta —me dijo.

Empecé a leer; mientras tanto, él movía sus repulsivos labios sin emitir ningún sonido y sonreía de vez en cuando. Se sabía de memoria las veinte páginas. Por primera vez desde que trabajaba en la Agencia sentí miedo. Cuánto odio.

Así pues, he hecho casi todo lo que quería el Cliente. Casi todo. Aún tengo ante mí la última página del guión.

Faltaba la Viuda. Tenía que acabar con ella hoy mismo, pero no me he visto capaz. Me da la sensación de que algo no cuadra. Claro que a mí me da igual, no es asunto mío, no es más que mi trabajo, pero... Algo no cuadra. He ido a su casa con un enorme ramo de tulipanes («Buenos días, servicio a domicilio de entrega de flores. De parte de los admiradores de su difunto esposo. Mis condolencias»). Pero ella se ha puesto a gritar de una manera... De una manera tan espeluznante... Me he ido.

Sí, ya lo sé, ya lo sé. Hace tiempo que ha perdido el juicio, después de lo que le hicimos. Me ha abierto la puerta. Ahí estaba, en el umbral, medio desnuda, con el pelo sucio y apelmazado en la cara. Llevaba en la mano un pescado congelado enorme y le chupaba la cabeza como si fuera una piruleta. Clavaba los labios en la boca abierta de la piruleta y le lamía los ojos muertos. Se me ha quedado mirando mucho rato con expresión alélada, obtusa. Le he ofrecido el ramo y lo ha cogido con la otra mano, lo ha mirado y de repente lo ha soltado. Y entonces se ha puesto a gritar, a aullar como un animal. Seguramente así gritan los dementes. Pero... había algo en aquel grito que me ha puesto en guardia.

Y me he ido. Antes de acabar con ella, tengo que aclarar ciertas cosas. Tengo un montón de preguntas que hacer al Cliente.

¿Por qué ha dejado de llamarme el Coordinador? ¿Por qué ha gritado así la mujer? Pero lo más importante...

—¿Por qué tanto odio?

A mí mismo me sorprende haberme decidido a preguntárselo por fin. Él no responde. Estoy muy nervioso, tanto que me tiemblan las manos. Noto que me arde la cara. Voy al baño para mojármela con agua fría. Él me sigue en silencio.

Me lavo la cara y me encuentro un poco mejor. Me la seco con una toalla y oigo como cierra la puerta del baño por dentro. Me da miedo. Se queda justo detrás de mí. Está loco.

Levanto la cabeza. En el espejo que hay encima de la pila se refleja su cara monstruosa. Y de repente veo que por su mejilla resbalan las lágrimas.

—¿Está llorando?

En respuesta, sonrío. La mitad izquierda, claro.

—Lagoftalmia —dice.

—No entiendo.

—Lagoftalmia, el ojo de liebre. Por la parálisis de los músculos que rodean el ojo, los párpados no se me cierran, cosa que impide la circulación de las lágrimas por dentro del ojo.

—¿Es de nacimiento? —le pregunto, pero él niega con la cabeza.

—Un accidente de coche, hará poco más de cinco años. Fracturas múltiples en las extremidades, una brecha en el cráneo y el deterioro del nervio facial. Me quedó paralizada media cara. Estuve tres meses en cuidados intensivos. Después pasé medio año en el departamento quirúrgico y luego dos años en el psiquiátrico. En cierto sentido fue como volver a una segunda infancia. Se me había olvidado cómo se masticaba...

No me apetece lo más mínimo seguir escuchando.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—... y ahora solo puedo ingerir líquidos. Desde hace varios años, todas las mañanas me llama mi médico y, como si fuera mi mamá que me mimaba, me pregunta cómo me encuentro y me da instrucciones para el resto del día.

Me seguiría llamando, pienso que me seguiría llamando toda la vida si...

—¡Basta!

—... si no hubiera cortado la línea del teléfono. No puedo salir a la calle sin gafas oscuras. Tengo quince cicatrices en la cara, y a veces me duelen muchísimo...

Cierro los ojos con fuerza.

—... y solo me lo alivia el agua helada.

—¿Por qué tanto odio? —vuelvo a preguntar, esta vez en un susurro.

En el espejo veo que media boca sonrío.

—Haz memoria. Es muy fácil.

Me mira con su ojo redondo y muerto. Me miro con mi ojo redondo y muerto.

—¿Dónde has estado?

La voz me sale malévola, muy alta. No es la mía. O tal vez simplemente acabe de darme cuenta de cómo suena mi voz en realidad. Qué asco; tengo la parte de los sobacos de la camiseta empapada en sudor. Dos manchas negras y acres se extienden por el tejido sintético azul. Huelo mal. Me duele el estómago. Después de pronunciar cada frase me da una arcada que retumba fuerte y trágica.

Ella no dice nada. Me sirvo otra copa y me la bebo de un trago. Me enciendo otro cigarrillo intentando que la mano no me tiemble demasiado al sujetar el mechero. Tengo ganas de vomitar. Inspiro profundamente, toso con un sonido agudo y repugnante. Inspiro de nuevo.

—¿Podrías explicarme qué está pasando?

Ella se queda mirando atentamente un objeto invisible del suelo. Después levanta la cabeza, pero en sus ojos no hay nada, nada salvo pereza, salvo unas descaradas e insolentes ganas de dormir.

—Mañana, ¿de acuerdo? Hablamos mañana. —Y sale de la habitación.

—¡No! ¡Ahora! —chillo, yendo en pos de ella, pero sin correr. Me contengo.

Oigo como se cierra la pared del baño y, después, el murmullo de la ducha. Cojo la botella y bebo a morro. Después digo en voz alta: «Ni hablar, un poco de dignidad, la dignidad ante todo». Me lleno la copa, murmuro algo más entre dientes, como un demente, como un deficiente. Y empiezo a llorar.

Ella se va a la cama.

Mi ataque de nervios. Mi noche. Ahora ya todo da igual, ahora ya todo vale, me comporto como un niño, ja, ja, doy golpes a las puertas, corro por el pasillo, sollozo, tengo temblores y me retuerzo. Me preparo el discurso. Amenazo a algo, demuestro algo al espejo. Bebo. Se termina. Salgo de casa, me meto en el nauseabundo espacio exterior, que gira a mi alrededor, y compro más, y bebo más.

Me arrastro hasta su cama al amanecer.

Durante todos estos meses, en los que ella procuraba marcharse cuanto antes y regresar cuanto más tarde, o las veces en que no regresaba en absoluto, o cuando de repente se escapaba en plena noche con cualquier excusa idiota («Mis padres no pueden moverse por la radiculitis». «¿Los dos?». «Sí, los dos, y tengo que sacar a pasear al caniche urgentemente». O: «Mi amiga está hecha polvo por un disgusto amoroso y tengo que ir a consolarla ahora mismo»), y cuando dejó de tocarme, y casi dejó de hablarme... Durante todos estos meses nunca me decidí a hacerle esta pregunta. Sigo sin querer hacérsela, pero estoy borracho, y las palabras casi se me caen de la boca, por sí solas, despacio, implacables, como enormes mordiscos fétidos.

—¿Quieres que me vaya?

Su mirada recorre la habitación. Sin duda, a mi espalda hay decenas, centenares de cositas fascinantes e invisibles. Por fin se fija en mí. Está a punto de decir algo. Tengo miedo, tengo mucho miedo.

—Sí.

Eso es todo. Tengo la sensación como si una garra helada, pequeña, hubiera traspasado sin enterarme las capas de mi piel, de mi grasa y de lo que haya debajo de ellas, y me agarrara el estómago y apretara con todas sus fuerzas. Y me muero.

Conversamos un rato, si a eso se le puede llamar una conversación. Desde algún lugar del otro mundo le pregunto todo lo que quería. Preguntas innecesarias, aburridas y triviales. Ni siquiera tengo que pensarlas; me salen solas, como un autómata. He puesto estas mismas palabras en boca de mil personajes inútiles en mil guiones inútiles. ¿Hay otra persona? ¿Eso quiere decir que todo ha terminado entre nosotros? ¿Quién es él? Ella responde, intenta parecer culpable, pero no lo consigue. Parece una alumna aplicada que recita unos versos que se ha aprendido de memoria sin comprender el sentido. La entonación no es la adecuada. No pone el énfasis en los sitios correctos. Sí, todo ha terminado. Sí, hay otra persona. Es un escritor. Me explica todo lo que ha hecho, dócil, me lo cuenta todo, todo y más. Tiene tanto talento. Es tan interesante. Todavía no ha publicado ningún libro, pero todo está por llegar, porque lo tiene todo clarísimo. Es pobre, cierto, y ni siquiera tiene un piso, pero no importa...

¿Y dónde van a vivir?

¿Cómo que dónde? Aquí, por supuesto.

Para ella, yo ya soy un fantasma.

Para rematar el asunto —¿cómo ha conseguido este guión del demonio escabullirse de su inofensivo mundo paralelo y colarse en mi abominable realidad?—, parece que está embarazada. De él, claro. Puede que lo esté, puede que no; no lo sabe seguro. Por las mañanas tiene náuseas y todo el día tiene sueño. Al hablar de esto, se anima visiblemente; lo comparte conmigo como si fuera una amiga. Para ella, yo soy un fantasma.

Me transformo, por fin, en uno de mis necios personajes. Me pongo a gritar, digo que lo mataré. Y a ella también. Y a su maldito hijo, si es que viene al mundo.

Al parecer, ella también sigue uno de mis guiones al pie de la letra, porque en respuesta suelta una carcajada estentórea y forzada.

—¿Tú? —balbucea entre risas—. Venga, mávalo, mátanos... Si eres incapaz de hacer nada... Tú no eres capaz de hacerme nada...

Con movimientos febriles meto algunos objetos totalmente inútiles en una bolsa, pego un portazo y salgo a la calle. Al tercer intento abro la puerta del coche y me siento al volante. Estoy borracho, pero no tanto como para no saber que no tengo absolutamente ningún sitio adonde ir. Y que estoy a punto de mandar mi vida a la mierda.

Y el coche vuelca lentamente, a cámara lenta, se queda panza arriba, y antes de que mi cabeza se pegue un golpe con la ventanilla lateral y mil cristales se me claven en la cara, me da tiempo a pensar en un montón de cosas. Y comprendo por qué todo ha sucedido de esta manera. Por qué me ha tratado así. Creo que porque no soy nadie. No tengo amigos ni parientes. Soy tan feo y vulgar que nadie se fija en mí. Estatura mediana. Peso normal. Se me puede confundir con cualquiera. Nadie se acuerda de mí. Si atraco a alguien en pleno día, la víctima no me reconocería en un careo. No tengo lunares, verrugas ni cicatrices. Tengo los labios finos, una nariz de lo más normal, el pelo mustio, los ojos pequeños e inexpresivos, y las extremidades pequeñas y flojas. Soy impotente. No hay nada que me guste. Puedo inventarme historias interminables y tristes sobre niños huérfanos, enamorados separados, mujeres hermosas que han perdido la memoria o novios pérfidos y codiciosos. Visto ropa oscura y discreta, normalmente gris o azul marino, y gafas de sol. Mi vida es aburrida. Soy exactamente...

Soy exactamente lo que ellos necesitan. El Agente ideal.

LA GRIETA

Recorro la habitación con la mirada. Mi hija de cinco años juega en el suelo, murmurando algo para sí. Está sentada en una alfombra turca de colorines frotando contra ella los talones desnudos y le hace una trenza a una muñeca grande y vieja. Sonrío y cierro la puerta sigilosamente detrás de mí, pero recuerdo que se me ha olvidado decirle que se ponga los calcetines. Vuelvo a abrir la puerta y le atrapo una mirada asustada e intensa.

—¡No hagas eso nunca, papá, no hagas eso!

—¿El qué? —pregunto, sorprendido.

—Nunca abras la puerta dos veces seguidas.

—¿Por qué?

—No lo entenderás.

—Bueno, intenta explicármelo.

—No te lo vas a creer.

—¿Y si me lo creo?

—Porque, bueno, porque cuando haces eso —dijo de carrerilla, sofocada—, cuando haces eso, se abre una grieta. No es de verdad, bueno, sí que es de verdad, pero es invisible. Se abre una grieta entre los mundos, y Dios puede pasar muy deprisa por ella y cogerte y llevarte con él.

—La niña abrió mucho los ojos.

—¿Y si se abre la puerta tres veces seguidas? —inquirí.

—Tres veces no pasa nada. Pero cuatro es peor que dos.

—¿Y cinco? —Me había despertado la curiosidad.

—Se puede.

—¿Seis?

—No se puede.

—Es decir, ¿los números pares? —pregunté sin razón aparente, pero ella, por supuesto, no respondió: no sabía qué eran los números pares—. ¿Y cómo sabes tú eso?

Al parecer, aunque no me he dado cuenta, mi tono ha destilado ironía. En todo caso, ella nota que algo no cuadra y arruga los labios, enfadada.

—Ya te he dicho que no te lo creerías.

—¿Cómo lo sabes? —repito con el tono más serio y penetrante que puedo.

Pero ella no se fía de mí. Además, parece que la conversación la aburre. Se concentra otra vez en la blanca trenza sintética y responde a regañadientes sin mirarme.

—Lo sé. Lo sé y ya está.

Me voy a trabajar. Hora punta.

«Atención. Se cierran las puertas. Próxima estación: Belorrúskaia».

En el vagón continúa afluyendo poco a poco una riada de gente resuelta de ojos vacíos. Aunque bajo en la siguiente parada, no intento oponerme a ellos y dejo tranquilamente que se zambullan en las profundidades del vagón.

Un chico bajo y elegante se aprieta contra mí. Tiene las manos muy peludas, todos los dedos cubiertos de vello negro y rizado, e incluso en las palmas parece tener pelusa oscura. Lleva la cara bien afeitada, pero no puede disimular la sombra de tesa barba que despuntará en breve y que le llega casi hasta los ojos. Qué raro, pienso, que una cara tan joven tenga tanto pelo. Tendría un aspecto mucho más natural si no tuviera, si su piel fuera lisa y rosada como la de un bebé...

Las puertas del metro se cierran con estrépito y vuelven a abrirse. «Apártense del borde del andén», se oye por los altavoces. Las puertas chocan entre sí y se separan de nuevo. «Fin del embarque», dice el maquinista, irritado. Y otra vez, *clap, clap*. «Pero bueno, ¡dejen libre la puerta!», aúlla el maquinista, y un gamberro invisible por fin se aparta. El tren arranca con una sacudida y se interna en la negrura atronadora. El joven se prepara para bajar: mete su mano

peluda en el bolsillo de la chaqueta, saca una barra de cacao para los labios (hace mucho frío en la calle) y se lo unta en los labios gruesos y caprichosos.

Un hombre sombrío de cara roja, apretado como yo contra el joven (pero solo de lado), murmura algo de mal humor. El sonido se disuelve en el estruendo del tren, pero le leo los labios, que dicen claramente: «marica».

Me abro paso hasta la puerta. El joven me guiña el ojo. El de la cara roja parece querer escupir al suelo, pero se contiene.

Subo cansinamente las escaleras y salgo del metro.

Esto no es Belorrússkaia. Pero se le parece mucho. La calle Tvérskaia, el puente... Pero por debajo del puente, arrastrando ruidosamente bloques de hielo cubiertos de nieve más allá del horizonte, discurre un río ancho y muy caudaloso. La gente pasea tranquilamente por el puente. El viento es tan intenso que tienen que sujetarse el sombrero, y se agita la superficie del agua.

La plaza de enfrente de la estación del metro, donde en otros tiempos había atascos día y noche, está cubierta de hielo y casi vacía. Solo dos patinadores solitarios se deslizan con elegancia dibujando ochos perfectos en el hielo.

Subo al puente de forma mecánica, cruzo el río medio dormido, giró por una calle a la derecha, vagabundeo largo rato sin voluntad por calles desconocidas, hasta que por fin un pánico sosegado se apodera de todo mi ser. Decido volver al metro, pero ya no sé en qué dirección queda. Acelero el paso, casi corro.

Una señora camina hacia mí. Tiene un rostro agradable y bondadoso. Voy tan deprisa, tan desesperado, que me falta el aliento. Le pregunto dónde está la parada de metro más cercana. La mujer se para, me sonrío amablemente y emite un graznido estridente y prolongado de gaviota. Luego se cubre la boca con la mano, muy turbada, como si se le hubiera escapado un terrible eructo en la mesa.

—Disculpe... Tiene que ir recto y luego a la izquierda, y ya la verá enseguida.

Me saludó con un ademán de despedida.

—¡Espere! ¿Puede decirme dónde estoy?

La señora me mira sorprendida.

—Está en... ¡loi! —vuelve a soltar el grito de gaviota.

—¿Dónde?

—En... ¡loi! ¡loi! Discúlpeme, por favor. No puedo decirlo, no hay manera.

Se marcha.

Tomo el camino que me ha indicado y encuentro el metro. Me meto y bajo. La escalera es muy corta; solo desciendo cinco o seis escalones y ya estoy bajo tierra.

Espero en el andén y observo como mi sueño más terrible se hace realidad.

Tengo este mismo sueño desde que era niño. Estoy en el andén y se acerca un tren rojo y reluciente, aunque su color no es exactamente como el del *Flecha Roja*, el que sale de la estación de Leningrado a las 23:55. Mi tren es de otro tono de rojo. Es rojo como un coche nuevo americano de carreras que reluce al sol del mediodía. Es rojo como el esmalte caro de uñas de las modelos. Es rojo como la sutil lencería de encaje que no cubre el cuerpo de una ramera.

Se acerca disminuyendo la velocidad y después... Nada, no me caigo a la vía, el tren no me convierte en un amasijo asqueroso, no pasa nada de eso. Lo único que hace es detenerse junto al andén. Pero no puedo imaginar un pavor más intenso, una pesadilla más terrible que esta.

Siempre me despertaba en este momento, bañado en sudor frío.

Ahora estoy en el andén. El tren rojo y reluciente se acerca a mí. Disminuye la velocidad y se detiene. Subo y me agarro a una barra.

«Atención. Se cierran las puertas».

Se cierran las puertas y el tren arranca.

Jadeando, me muevo por el vagón vacío y espacioso. Próxima estación. ¿Cuál será la próxima estación?

LAS REGLAS

Las grietas negras del asfalto imponían sus propias condiciones. Eran un peligro. Había muchas, demasiadas, y alteraban completamente el ritmo. Sasha trotaba deprisa por la calle con las manos sudorosas metidas en los bolsillos de los vaqueros. Había que correr de la siguiente manera: cuatro pasos cortos, y al quinto pisaba una grieta con el pie derecho; daba cuatro pasos más y, otra vez, pisaba con el izquierdo una franja negra y deshilachada por los extremos. Lo malo era que uno podía encontrarse una grieta al tercer paso o incluso al segundo, y Sasha frenaba en seco, tropezaba, cambiaba de pie frenéticamente, pero muchas veces acababa pisando con la pierna que no tocaba y seguía corriendo hacia delante aterrorizado, intentando advertir las grietas solo con el rabillo del ojo y no enfocar directamente la vista hacia ellas en ningún caso para no ver los papeles, los cascajos, las monedas y los brotes de hierba sucia y salpicada de aceite de los coches, que se ocultaban en su interior. Para ver solo las franjas negras, los bordes afilados que no podía tocar bajo ningún concepto.

En el metro, las Reglas cambiaron de improviso. Las baldosas cuadradas de color albaricoque que pavimentaban el andén, todas iguales, jugaban a otro juego. En este caso, era al revés: tenía que pisar los bordes de modo que quedaran justo en medio de la suela. Caminar resultó más fácil: había muchas rayas y eran regulares, y podía adaptarse a ellas. De repente, a medio camino, los cuadrados liberaron a Sasha de sus garras geométricas y tenaces. Y una voz inaudible, la que dirigía el juego, la que nunca se equivocaba, confirmaba casi con dulzura: recreo, libertad absoluta, puedes caminar como quieras. Confiado, Sasha levantó el pie de la raya y avanzó dando saltitos, procurando mirar solo hacia arriba y hacia los lados. Su padre lo cogió de la mano y cruzaron la oscuridad angosta que separaba el andén de la puerta del tren y entraron en el vagón.

Para comer había sopa de col agria y esturión con patatas. Un olor fuerte a pescado junto con un concierto para violín emitido por la radio solían despertar en su madre la sensación de la comodidad de la casa. En su padre provocaban un flujo de melancolía inexplicable (mientras que, por el contrario, las patatas con setas lo animaban) y una necesidad imperiosa de llamar por teléfono. A Sasha no le gustaba el pescado, pero, como tenía fósforo, pasó a formar parte de la lista de tormentos obligatorios alimenticios.

Sasha palpaba minuciosamente con la lengua la pasteta de carne de pescado que acumulaba dentro de las mejillas, buscando espinas que pudieran traspasarle el esófago y llegarle al corazón por los vasos sanguíneos. Después separaba el bolo ultramasticado en porciones pequeñas y se las tragaba sin convicción alguna.

—Sania, ¡no te columpies en el taburete! Se le van a desenroscar las patas —exclamaba su madre, enfadada, y acto seguido se dirigía a su marido—. ¡Qué haces! Sabes perfectamente que las espinas se tiran al cubo de la izquierda. En el derecho se echa solo lo que podemos dar a los perros de los vecinos.

Con una sonrisa sumisa, el padre metió la mano en la bolsa abierta del kéfir (donde se echaban los restos pequeños de basura) y sacó las espinas. La expresión bondadosa desaparecía raras veces de su rostro. En primer lugar, la propia cara, redonda y bien afeitada como un blin de labios gruesos y benévolos, tenía siempre buena predisposición. En segundo lugar, llevaba diez años de entrenamiento. Desde el primer día de su vida familiar, el padre se aferró firmemente a las enseñanzas de Dale Carnegie: sonreír. Tenía una sonrisa encantadora.

Mientras estaban tomando el té sonó el teléfono.

—Sasha, contesta tú, que estás más cerca.

Sasha esperó exactamente cuatro timbrazos y descolgó.

—Dígame —dijo como lo decía su padre.

—¿Hola? ¿Sí? —gorjeó una voz desconocida, femenina y dulce, entre débiles chisporroteos—. Por favor, dile a tu padre que se ponga.

Su padre terminó de masticar su pedazo de pastel de barquillos con nueces con un chasquido de lengua y se apoyó el auricular en la cara satisfecha.

—Dígame. No, se equivoca. Sí, pruebe a llamar a ese otro número.

Al cabo de cinco minutos, *Para Elisa* empezó a sonar melancólicamente en el bolsillo del pantalón de su padre.

—Pero bueno, qué lata... ¡Sí, dígame! ¡Hola, Víktor Alexseich! Sí, ya le he preparado todos los documentos... Bueno, si es muy urgente, podría dárselos hoy mismo...

La voz de su padre se atenuó tras la puerta bien cerrada de la cocina. Su madre puso la tapa en la cazuela de la sopa con un golpe y la guardó en el estante inferior de la nevera.

Sasha estaba boca arriba con los ojos cerrados. No podía conciliar el sueño boca arriba, pero las Reglas prohibían ponerse de lado por el momento. Primero, boca arriba. Además, todavía tenía que levantarse y encender la luz, cuando sus padres se fueran a su habitación y no pudieran ver la delictiva raya amarilla de la base de su puerta. Ya eran más de las once, y según las reglas observadas con severidad por toda la familia, Sasha tenía que estar dormido. Según las otras Reglas, tenía que levantarse. Para ver si el jarrón estaba bien puesto en el alféizar. Antes, aquello no pasaba, porque por la noche se interrumpía el Juego. Pero últimamente, cada vez más a menudo, ocurría que algunos objetos le pasaban desapercibidos a la luz eléctrica. Después, de repente, cuando todo se sumergía en la oscuridad, se manifestaban, junto con una ola de sudor frío y pegajoso y los latidos fuertes del corazón. Podían estar mal puestos. Tal vez desde hacía mucho tiempo. A veces se acordaba de golpe de objetos que no había puesto en orden desde hacía días. Si los dejaba tal cual, pasaría algo. Algo terrible y fatal, algo que haría que su vida fuera una pesadilla y quebraría el orden de las cosas. Si los colocaba bien, pero tarde, sucederían las contrariedades habituales. Si los colocaba bien y a tiempo, no pasaría nada. Las Reglas no contemplaban premios; solo castigos. Solo el miedo constante del Gran Error.

En aquel momento, el jarrón lo inquietaba. Antes de acostarse, Sasha había comprobado cómo estaba, pero después empezó a parecerle que había que moverlo un poco a la izquierda. Un poquito nada más. Se levantó y apretó el interruptor de la luz. El jarrón estaba casi en su sitio correcto. Pero era imprescindible moverlo un poco. Desplazarlo a la izquierda una milésima parte de un milímetro. Sasha rozó la parte derecha del jarrón y volvió a la cama.

Ya casi dormido, ya de lado, de repente sintió que había algo más en la habitación que quedaría mal puesto irreparablemente si dejaba que lo venciera el sueño.

Volvió a levantarse y encendió la luz. Recorrió la habitación con la mirada y por poco no gritó de espanto. Los libros, las libretas, los libros de texto, las fotografías, el cuadro de la pared, la bailarina de porcelana, el calendario, los bolígrafos, los clips, el teclado del ordenador, los casetes, la manta de la cama con el contorno de su cuerpo todavía marcado..., todo estaba mal puesto. Peor que mal puesto. Era un caos lúgubre y beligerante, una broma pesada y terrorífica de las cosas que habían vuelto a la vida. Una auténtica guerra que habían empezado los lápices, las gomas de borrar, las manchas del suelo, las cortinas, las sombras de las paredes. Sasha se quedó inmóvil un par de segundos (camiseta blanca, calzoncillos de rayas, la carne de gallina) y luego se puso a ordenarlo todo febrilmente. A cambiar de sitio las cosas. A moverlas un centímetro. Un milímetro. A rozarlas.

—¿Por qué no estás durmiendo a estas horas? ¿Qué pasa?

Su madre, malvada y cansada sin maquillaje, estaba en el umbral.

—Busco la libreta de los exámenes —farfulló Sasha con voz apenas audible.

Corrió hasta su madre y se le colgó del cuello. Hundió los labios fríos en el pelo rojo que le olía a sudor y a col en vinagre. Sin que se diera cuenta, comprobó con la mano si su pasador (horrible, con abalorios) estaba bien puesto. Lo movió cuidadosamente con un dedo hacia la izquierda. Salvó a su madre.

Se acostó y al cabo de media hora se levantó de un salto. Quedaba algo más por hacer. Luego pensó en su padre y en su madre, en cómo dormían en la otra habitación, con todo mal puesto sin lugar a dudas. Esperó un poco más y se encaminó hacia allí, pisando el *parquet* con los pies helados. Abrió la puerta poco a poco. Encendió la luz. Y la emprendió con la cómoda, las estanterías de libros, la pila de periódicos..., mientras tuvo tiempo, mientras su madre, que se protegía los ojos de la luz, no pudo discernir qué estaba haciendo Sasha, y hasta que su padre se puso en pie de un salto y lo apartó de los estores, pero él chillaba, empapado en lágrimas y babas, y decía que tenían que estar subidos, que era imprescindible que estuvieran subidos.

A la mañana siguiente, su madre lo obligó a que le hablara del Juego hasta el último detalle. Y algunas de sus palabras, palabras dolidas y cariñosas, palabras firmes, y el sonido metálico de su voz, consiguieron hacer enmudecer a aquella otra Voz inaudible a la que Sasha obedecía desde hacía más de un año. Esquivando los besos pegajosos de su madre y sus manos insistentes, que querían acariciarle la mejilla todo el rato, Sasha, con gran alivio, terminó aceptando que no, que en realidad no existían las Reglas, que se las había inventado él. Y que a partir de entonces había que dejar de seguirlas, y punto.

Sin las Reglas, el camino agrietado a la escuela fue un suplicio mayor que con ellas. Encogido bajo su mochila, pisaba las líneas negras y torcidas, sintiendo que a lo mejor estaba matando a alguien, que atraía una catástrofe terrible de modo ineludible. El camino de vuelta no fue tan duro. Al cabo de un par de días, las grietas todavía no le parecían simples grietas, pero ya le parecían enemigos derrotados e inofensivos. Las pisaba con insolencia y no sin cierto regodeo. Sabía que las torturaba negándose a jugar. Pero el Juez, al parecer, ya había dictado sentencia y había dado a Sasha la victoria incondicional del Juego. Nadie lo castigaba por no obedecer las Reglas. No había truenos. No había rayos.

Sasha pasó la primera tarde sin Reglas bastante mal. Por lo menos un centenar de objetos estaban desparramados sin orden ni concierto en la mesa, en el armario, en las estanterías y el alféizar y, asombrados ante su desaire, ocupaban impunes los sitios más incorrectos. Esperaron hasta que se hizo oscuro para empezar a amenazarlo. Hacían muecas e insinuaban que el Gran Error ya estaba hecho. Y que su resultado fatal e irreversible pronto se manifestaría y perturbaría el mundo de forma monstruosa. No sería una de esas desgracias comprensibles y cómodas de las que su madre decía «ha venido como caído del cielo». No. Serían unos acontecimientos simples, pequeños, insignificantes e incluso agradables a primera vista, que estaban a punto de convertirse (ya habían empezado a convertirse) en una cadena terrible y retorcida de sucesos que conduciría a la Catástrofe y después al Final.

Sasha se retiró la manta de encima, pero siguió tumbado. Si se levantaba, significaría aceptar su derrota total. O si creía a su madre, su enfermedad. Su cobardía. Al fin y al cabo, ¿qué podía ser más estúpido que levantarse de la cama calentita para mover el estuche cinco o seis centímetros?

Para tranquilizarse, Sasha se deslizó la mano húmeda y fría por debajo de los calzoncillos. Se masajeó un poco los testículos. Contó hasta tres. Paró. Volvió a masajearse y paró al llegar a tres. Otra vez. Uno, dos... Y de repente, aterrorizado, sacó la mano y se acurrucó, tragándose las lágrimas y respirando muy deprisa. Se había olvidado de anular aquella parte del Juego. Ya no tenía que contar hasta tres. No debía.

Cuando Sasha regresó del colegio, al principio le pareció que un perro aullaba en la cocina. Tal vez hubiera vuelto a escaparse el de la vecina, que le daba muy poco de comer, y se había colado en su piso. Entreabrió muy despacio la puerta y miró temeroso por la rendija. Le daban miedo los perros. Nunca los tocaba por si la garrapata de la parálisis, que vivía en el pelo de los perros, se le pasaba a los dedos y dejaba su cuerpo inmóvil para el resto de su vida. Y tampoco por si cogía la rabia, que hacía que uno tuviera siempre espuma en la boca.

Por la rendija no se veía ningún perro. Estaría escondido en un rincón. O detrás de la nevera.

Sasha abrió un poco más la puerta y se metió en la cocina caminando de lado. No había ningún perro, pero sí estaba su madre, sentada en el rincón, a la mesa. Tenía los ojos cerrados, muy apretados; se balanceaba de una forma extraña, de lado a lado, y se extendía con la mano el pintalabios rosa alrededor de los labios, formando una mancha. Y gemía.

Sasha se asustó. Retrocedió hacia la puerta con torpeza y dio un codazo a una taza de té que estaba en la mesa. El frío líquido marrón le manchó las manos y el jersey. Su madre abrió los ojos y se quedó mirando las gotas turbias.

—Nuestro papá ha muerto —dijo.

Sasha se giró y fue al cuarto de baño. Se lavó las manos con jabón escrupulosamente, diez veces, y eso que no había estado acariciando a ningún perro.

Su madre no lloró en el entierro. Ni tampoco después. Sasha comprendió que quien no la dejaba llorar era la mujer muerta, cuyo cuerpo deformado sacaron junto con el de su padre del coche destrozado que olía a perfume y sangre.

Enterraron a su padre en un ataúd cerrado, de modo que Sasha no pudo ver si lo habían colocado bien.

De camino a casa, la Voz, que había estado callada durante medio año, se hizo oír de nuevo. Se apiadó de Sasha en susurros, pero dijo que él tenía la culpa de todo. Con tono triste y de reproche, le explicó las nuevas Reglas del Juego. Eran mucho más complejas que antes.

Después de las honras fúnebres en casa, después de que se marcharan los asistentes, su madre se sentó en una butaca y se quedó allí, inmóvil, hasta la noche. Cuando la oscuridad empezó a invadir la sala, Sasha se le acercó despacio, para que le diera tiempo a contar hasta siete.

—Mamá, no estás sentada correctamente —le dijo.

Ella no se movió. Pero tampoco le contestó.

Sasha fue a la cocina, abrió el cajón y cogió un cuchillo, el que estaba más a la izquierda. El del mango de madera. Después volvió a la sala y dijo:

—Mamá, no estás sentada correctamente.

LA ETERNIDAD DE YASHA

Yasha Heine se despertó antes del amanecer, mucho antes de que sonara el despertador, a causa de una calma extraña que lo colmaba por dentro.

La noche anterior ya se había encontrado mal, como si estuviera incubando la gripe. Le dolían las articulaciones, los músculos y la cabeza, y estaba muy chafado y débil. El termómetro marcaba 37,2; tenía fiebre, no mucha, pero algo era, y era peor que tenerla alta. Por la noche, Yasha se tomó dos Upsa y por si acaso se echó gotas en la nariz, aunque no estaba resfriado, y pidió a su mujer que le dibujara en el pecho y en la espalda una telaraña de yodo para evitar la tos. Porque no podía quedarse en cama al día siguiente y tenía que ir a trabajar sin falta, quieras que no.

Así que Yasha estaba sentado en la cama, arrebujado en la manta, encontrándose fatal. Era como si tuviera el estómago y el pecho (no, no solo el estómago y el pecho, sino el cuerpo entero) llenos de algodón dulce congelado. O de gelatina de manzana helada. Pero lo principal era la calma, aquella extraña calma... Había algo dentro de él que iba mal, pero que muy mal. Había que buscar qué engranaje se le había roto, qué era lo que impedía trabajar con normalidad al mecanismo complejo y no siempre perfecto, pero relativamente armónico, que regía el cuerpo de treinta y cinco años de Yasha. Buscar el problema, encontrarlo y resolverlo. Con remedios farmacéuticos. Si era necesario, con antibióticos. Tenía que presentarse en el trabajo a toda costa.

Yasha se tumbó en la cama y se quedó unos cinco minutos inmóvil, escuchando su cuerpo atentamente, como si estuviera palpándose por dentro, estudiándose cada órgano y preguntándole si estaba sano.

No le dolía la garganta. No tenía tos, ni estaba resfriado, ni le picaban los ojos. Incluso el dolor de cabeza de la víspera se le había pasado. En definitiva, no tenía nada parecido a un catarro ni a una gripe. Más bien algo relacionado con la tensión, subidas y bajadas... La salud de Yasha cambiaba según el tiempo atmosférico. O tal vez fuera el corazón; sufría taquicardia desde pequeño.

Yasha alargó la mano para coger su reloj de pulsera. Esperó a que la aguja segunda llegara al 12 y se cogió la muñeca izquierda con la mano derecha para tomarse el pulso. Después posó la mano en la arteria del cuello. Y luego en el pecho.

A continuación, tocó el hombro huesudo de su mujer, que resoplaba a su lado.

—Ira, me parece que estoy enfermo.

—Uhm —murmuró en tono quejumbroso en respuesta y se dio media vuelta.

—Estoy enfermo —dijo Yasha en voz más alta.

—Siempre estás enfermo. Si no es por una cosa, es por otra. Venga, duérmete. —Pero abrió los ojos—. ¿Qué te pasa ahora?

—Me pasa algo en... —Yasha no encontraba las palabras; se pasó la punta de la lengua por los labios fríos—. Me parece que no me late el corazón.

—Dios mío, pero qué tontería más grande —farfulló Ira con dificultad a través de un bostezo abismal.

Yasha se levantó y fue a la cocina. Volvió a apretarse la mano contra el pecho. Silencio, ahí dentro solo reinaba un silencio absoluto. Encendió la tetera eléctrica, que empezó a silbar enfadada exigiendo agua. Yasha la llenó y la volvió a encender. Y justo en aquel momento lo invadió un verdadero pánico. «Si de verdad se me ha parado el corazón —pensó—, eso quiere decir que estoy a punto de morir. Dentro de un segundo. O dentro de dos. No me dará tiempo de beberme el té. Probablemente no me dará tiempo siquiera de coger una taza del estante».

Yasha se acercó al armario de la cocina a pasitos cortos y rápidos y cogió una taza. Bueno, sí que me ha dado tiempo. Da igual, ¿qué significa eso? Nada, desde luego. Sucederá igualmente, en cualquier momento. Si el corazón no late, la sangre no circula por las venas y... ¿Y qué? Algo

del oxígeno. Seguramente habrá una falta de oxígeno, y la persona no podrá respirar y se morirá enseguida. Sí, la persona dejaría de respirar... Yasha contuvo la respiración. Y de golpe se dio cuenta de que no le hacía ninguna falta respirar. Es decir, era capaz de respirar, pero lo hacía solamente por costumbre, y si lo deseaba, podía pasar tranquilamente sin respirar, cuanto tiempo quisiera.

—¡Una ambulancia! ¡Llama a una ambulancia! —Volvió corriendo a la habitación donde dormía su mujer.

—¿Qué son estos gritos? —Su mujer se despertó definitivamente con muy mala cara y de muy mal humor.

—¡Tiene que venir una ambulancia! ¡No respiro!

—Los del loquero son quienes tienen que venir a buscarte, Yasha. ¿Qué estás diciendo? No me tomes el pelo.

Yasha se apoyó en la cómoda y se tapó la cara con las manos. Su mujer salió de debajo de la manta, metió los huesudos pies en las zapatillas con pompones de felpa y lo miró casi con lástima.

—Si de verdad quieres una ambulancia, llámala tú. Telefoneas y les dices: «Buenos días, quiero llamar una ambulancia porque ya no respiro y el corazón ya no me late». Es posible que venga alguien. Es posible que incluso te den la invalidez. Cuando la cabecita no funciona, es cosa seria. ¿Cómo va a trabajar una persona así? Una persona así...

En aquel punto, como siempre, Yasha desconectó, dejó de escuchar. Una comezón monótona y fuerte que se desplazaba a la par que su mujer (de aquí para allá, primero por la habitación, luego al baño, a la cocina y de nuevo a la habitación) sonaba de forma casi sedante, palabras-cáscara sin significado alguno, privadas de sentido, privadas de esencia.

Hacía casi quince años, Yasha se había casado con aquella mujer no exactamente por amor, sino por algo parecido. Tal vez, no por amor, sino solo porque era joven. O porque era tonto. O porque aquel fue el curso natural de las cosas. Ella era diez años mayor que él, y su madre, treinta, y ambas sabían muy bien como manejar a un chaval de veinte años y nariz larga. En resumen: los motivos que en aquel entonces habían empujado a Yasha no le parecían tan evidentes al cabo de los años. Sin embargo, si quisiera llegar al fondo de la cuestión, podría llegar sin ningún problema, y si hasta entonces no lo había hecho era simplemente porque no había sentido la necesidad. Y fuera lo que fuera lo que hubiera pasado al comienzo, eran muchas las cosas que los habían ido uniendo después, los años que habían vivido juntos, las cosas que habían comprado juntos, las peleas en las que se habían exprimido y chupado hasta la última gota, día y noche, como vampiros desquiciados, el tedio mutuo, la rabia mutua y muchas otras cosas.

Un año después de la boda, de forma inevitable e imperiosa, como cuando a Cenicienta le desaparecen las joyas y la ropa cara a medianoche, como cuando un hombre lobo se cubre de pelo bajo la luna llena, su mujer se convirtió en su madre. Y su madre era una persona nerviosa, susceptible e increíblemente parlanchina.

¿Huir? Sí, en cierto momento, Yasha acarició el sueño de la liberación. Sin embargo, no realizó el menor intento real de fuga. En lugar de ello, lo que hizo fue desarrollar una sencilla habilidad de protección psicológica, una especie de *know-how* propio: cuando ella hablaba más de unos pocos segundos, él se apretaba un botón invisible que tenía en la cabeza, el responsable de la percepción del discurso humano. El sonido de su voz flotaba en el aire, pero no tenía más sentido que, por ejemplo, el ruido de las olas o el chillido de los neumáticos de un coche cuando frena bruscamente.

Después de darle un par de vueltas más, Yasha resolvió no llamar a la ambulancia. Entre que llegaban, que si hacían esto, que si hacían lo otro..., acabaría llegando tarde al trabajo. Además, ¿quién le aseguraba que en la ambulancia hubiera médicos competentes? ¿Aquellos brutos

malcarados, cansados y somnolientos después de haber pasado la noche de guardia? Lo mejor que podía hacer, pensó Yasha, era tranquilizarse un poco, tomarse un té e irse a trabajar. Ya iría por la tarde a una clínica privada, donde había buenos especialistas.

El zumbido indignado que llenaba la habitación y trataba de introducirse tenazmente en su interior, por fin se abrió camino entre los obstáculos y penetró en la zona perceptiva de Yasha. «... qué, no me estás escuchando... como si... la tortilla... no me estás escuchando... como una estatua... la tortilla... ya que me he levantado... se va a enfriar... ya que he tenido que... ve...».

La publicación que llevaba el nombre de *Revista Amena* se abría y se cerraba, se abría y se cerraba, como un ascensor estropeado que se queda entre dos pisos. Y así llevaba más o menos tres años.

No obstante, en la RA trabajaba gente. La inestabilidad de la situación crispó los nervios de los trabajadores al principio, pero fueron acostumbrándose y tomándose con más calma. «¿Saben si ha conseguido ya?» se preguntaban entre sí los compañeros, en voz baja. «Sí, eso parece».

El director financiero era algo parecido a un mago. Cuanto menos, un aspecto mágico sí que tenía: siempre conseguía financiación.

Yasha llegó a la reunión puntualmente, gracias a que había corrido todo el camino desde el metro y, ya en la redacción, por el pasillo largo y tedioso. De hecho, no fue solo la puntualidad la que lo obligó a emprender aquella carrera heroica, sino la esperanza secreta de que semejante actividad ejerciera un efecto estimulante en su corazón, pero... aquel silencio de algodón seguía llenándole el pecho.

El redactor jefe, Vladímir Vladímirovich Sentádev, terminó la reunión en un abrir y cerrar de ojos. Duró cinco minutos. Precisamente dos semanas antes, RA había resucitado por enésima vez, por lo que Sentádev (o Sienta, tal como lo llamaban todos) estaba claramente de buen humor: miraba amistosamente a sus subordinados con los ojillos resplandecientes y echaba la cabeza hacia atrás con un movimiento valiente, apartándose hacia la coronilla los mechones rebeldes, largos y negros que le colgaban en el lado izquierdo, negándose a cubrirle la calva sudorosa.

Después de la reunión, como siempre, muchos fueron al bar a tomar algo. Yasha también se dirigió hacia allí, pero a medio camino dudó. Aún tenía demasiado fresco el recuerdo del desayuno reciente. El té fluyéndole por la garganta como un riachuelo caliente y continuo, arrastrando consigo pedazos resbaladizos de huevo... No le había resultado en absoluto necesario tragar. El líquido había descendido libre por el esófago con un leve gorgoteo, como un arroyo de primavera que cae a través de la reja de una alcantarilla...

Yasha se detuvo unos momentos y después siguió avanzando por el pasillo de paredes amarillas, ya vacío. Se metió con torpeza en su lugar de trabajo, un cubículo de melamina. Encendió el ordenador. Algo se quejó lastimeramente en la torre, luego emitió un silbido desencantado, y el cubículo se llenó de un zumbido intenso y molesto. Yasha abrió el Word. Triste, clavó los ojos en la pantalla parpadeante y a disgusto posó las manos en el teclado sucio y gris. Con el dedo índice encontró mecánicamente los pequeños salientes de las letras a y o,^[7] como en el método táctil. Aquel día debía escribir un importante y revelador artículo por encargo (encargado, de hecho, por el nuevo inversor de RA) y que llevaría por título «El tema de la semana». Y le pagarían un extra.

«Lo más importante es no pensar en la respiración —se dijo Yasha—, ni pensar en el corazón. Piensa en los impuestos. En la corrupción. Escribo sobre los impuestos, con el método de diez dedos, deprisa, deprisa, escribo muy deprisa... y no respiro... Pero no, es una tontería. Estoy muy nervioso... Escribo muy deprisa, y no... Escribo muy deprisa y me voy al médico ahora mismo...».

La pantalla blanca pio enfadada y se sumergió en la oscuridad. En el fondo negro se dibujaron

unas alegres algas verdes. Del lejano océano del más allá llegaron nadando unos pececillos amarillos que se quedaron mirando a Yasha con los ojos vacíos.

La jornada laboral ya casi había llegado a su fin, pero el doctor Zuckerbaum estaba de mal humor. La inminente perspectiva de liberación del despacho estrecho y blanco donde pasaba consulta no presagiaba nada bueno: verdura congelada o *pelmeni*^[8] para cenar, una noche vacía, una casa vacía, una cama vacía. Hacía poco que el doctor Zuckerbaum había perdido a su mujer.

Seguramente, el doctor Zuckerbaum no era un gran cardiólogo. Pero tenía un gran corazón. Por culpa de la segunda característica, solía casarse con sus pacientes, damas cansadas de mediana edad con insuficiencias cardíacas. Y por culpa de la primera característica, solía perderlas, y cada vez que eso sucedía lo pasaba muy mal. De todas formas, hay que decir que la primera y desgraciada característica le afectaba solo a la vida privada; en la vida profesional no se le manifestaba. Se tomaba muy en serio su trabajo. El doctor simpatizaba con todos sus pacientes con absoluta sinceridad, y la calidez de su trato compensaba con creces su incompetencia en ciertos aspectos profesionales. Gustaba a los pacientes, y en el centro médico privado Medicorazón se le consideraba el mejor especialista.

Yasha Heine también apreciaba y respetaba al doctor Zuckerbaum. Aunque sus consultas eran caras, de vez en cuando iba a visitarse con motivo de su taquicardia.

En aquel momento, Yasha habría dado lo que fuera por tener taquicardia. Mejor soportar ciento cincuenta pulsaciones por minuto que ninguna.

En recepción le dijeron que el doctor ya había terminado su horario de visitas.

—Señorita, tengo un problema muy, muy grave, es una cuestión de vida o muerte —arrancó a explicarse Yasha, con el miedo en el cuerpo—. Señorita, usted no lo comprende, señorita, de verdad que es necesario que...

La reseca señorita cincuentona levantó los ojos sabios y miró a Yasha con incredulidad.

—Un momentito, voy a ver si todavía está en su despacho —le dijo—. ¿Sí? ¿Lev Samuïlovich? Disculpe que lo moleste, lo llamo de recepción... Tengo aquí un paciente que insiste en verlo... Ya le he dicho que había terminado... Dice que es muy urgente, aunque, la verdad, a mí me parece que... Un segundo... ¿Cómo se llama? Heine de apellido. ¿Qué? Muy bien, ahora sube... Yasha le arrancó el volante de la visita de las manos y corrió al despacho.

El doctor Zuckerbaum era un hombre bondadoso, y aquel día no tenía ninguna gana de marcharse a su casa, de modo que no le importó quedarse un rato más. Y más sabiendo que Yasha era un caso sencillo, una insignificante taquicardia sinusal... Tendría que escuchar los lamentos, tomarle el pulso, recetarle Isoptin y paseos al aire libre... Todo aquello le llevaría unos diez minutos, no más.

Pero el doctor Zuckerbaum se equivocaba.

Una hora más tarde, el doctor intentó sacar por última vez un cardiograma de Yasha en una máquina distinta, más nueva. Sin ninguna esperanza de éxito, le palpó la muñeca y le arrancó resueltamente las ventosas que le había pegado en las piernas y en el pecho.

—Lo siento mucho, joven... —dijo el doctor a Yasha mirándolo profundamente a los ojos.

—¿Qué me pasa?

—¡Yákov Márkovich! Somos los dos personas adultas, ¿verdad?

—¿Qué me pasa?

—Por desgracia, lo mismo nos espera a todos, nos llega más tarde o más temprano...

—Pero ¿qué me pasa, doctor? —volvió a preguntarle Yasha, y soltó una risita sin venir a cuento.

—Lo siento muchísimo. He hecho todo lo que he podido.

—¿Qué? ¿Qué...?

—¿Qué tienes que pensar? Lo primero que hay que hacer es ir al Registro Civil —declaró Klavdia Mijáilovna sumiendo a Yasha en un doloroso estado de *déjà vu*.

La última vez que la suegra pronunció aquellas palabras había sido quince años atrás. No le gustaba mucho aquel joven e indeciso Yasha, cuya frente todavía lucía las huellas recientes del acné adolescente. En realidad no le gustaba nada en absoluto; incluso lo encontraba aborrecible, como le parecían todos los pretendientes de Irina que tenían la mala suerte de dejarse caer por su casa durante media hora para tomar un té y embutirse en el estrecho espacio que había entre la mesa, la nevera, la ventana y la pared.

No obstante, precisamente aquella vez en que Irina invitó a Yasha a tomar el té, el instinto maternal y el sentido común de Klavdia Mijáilovna se aliaron inesperadamente de la forma más desafortunada para Yasha y lograron una firme victoria sobre sus simpatías y antipatías personales. En otras palabras, Klavdia Mijáilovna llegó por fin a la conclusión de que su hija hacía tiempo que debía haber sentado la cabeza y que debería tener, en primer lugar, una familia, y en segundo, un piso.

Yasha tenía piso.

Comprimido en el rincón sofocante de aquella cocina de poco más de cinco metros cuadrados, Yasha se sentía como un insecto pequeñito y desdichado que ha caído en una telaraña pequeña pero resistente y tejida con una pericia extraordinaria, y está ahí pegado sin poder moverse. En la pared de la cocina junto a la que obligaban a sentarse a los invitados había un enorme radiador (un peculiar regalo para los inquilinos de los jruschov de cinco plantas), y el calor que le subía desde la espalda hasta la cabeza le embotaba la conciencia y lo sumergía en un estado cercano al desmayo. La madre-araña lo miraba a los ojos con fijeza y malevolencia. Mientras tanto, por debajo de la mesa, la hija-araña le acariciaba el dedo gordo del pie derecho con su piecico delicado y peludo a través de un agujero que tenía en las zapatillas. No fue capaz de resistirse.

—Lo primero que hay que hacer es ir al Registro Civil —había dicho entonces Klavdia Mijáilovna.

—Bueno —aceptó Yasha, sumiso.

Durante los quince años siguientes, la relación con su yerno no sufrió cambios sustanciales: igual que antes, seguía sin gustarle. Siempre mantuvo la preocupación maternal y el sentido común, de modo que en la asamblea familiar convocada con urgencia por Ira con motivo de «los aprietos de Yasha», Klavdia Mijáilovna declaró:

—Lo primero que hay que hacer es ir al Registro Civil. Y formalizar el certificado de defunción para que así puedas heredar el piso.

—¿Cómo? ¿Tengo que ir con él? —preguntó Ira.

—Puedes ir con él... —titubeó Klavdia Mijáilovna, pero tras reflexionar unos momentos, añadió—: Pero al fin y al cabo, es mejor que vayas sola. No es un caso, digamos, demasiado habitual. Y lo único que hacen es buscar pegas. Y además, ¿qué puedes esperar de él? Míralo, es un intelectual, no puede ni hacer una cola; le da vergüenza preguntar: «¿Quién es el último?». —La suegra echó una mirada rápida de reojo a Yasha, que estaba sentado en la butaca y fingía ver el concurso El Eslabón Débil—. Bueno, quería decir que le daba vergüenza...

—Yasha carraspeó nervioso—. De acuerdo, muy bien, no hay que hablar mal de los muertos.

—La suegra volvió a mirar de soslayo a su yerno—. Descanse en... Aunque... Tampoco entiendo... —Klavdia Mijáilovna calló, confusa. Pero, como siempre, no por mucho tiempo—. Me refiero a lo de descansar. Perdona mi brusquedad, Yasha, pero tendríamos que pensar en el funeral. Porque no es así como se hacen estas cosas.

—¿Qué? Pero ¿cómo lo vamos a enterrar? —exclamó Ira, enfadada—. No está... No está exactamente muerto.

—Vaya, ¿ahora resulta que me queréis enterrar vivo? —intervino Yasha.

Klavdia Mijáilovna no prestó atención alguna a la réplica de su yerno. Torció la boca gruesa en una mueca de desdén.

—Oh, de verdad, cómo vamos a, no está exactamente... —parloteó de carrerilla la suegra con voz de falsete, imitando a su hija—. ¿Y cómo está exactamente, según tu opinión? —preguntó en voz normal.

—No lo sé.

—¿Cómo que «no lo sé»? —se enfadó Klavdia Mijáilovna.

—Es una cuestión complicada.

—Huy, vaya, una cuestión complicada...

—¿Por qué repites todo el rato lo que digo, mamá? —Ira se enfadó también.

—¿Quién está hundiendo a todo el equipo? —preguntó la presentadora.

—Pues porque no tengo palabras, por eso repito lo que dices —replicó la suegra—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Pues... Podría vivir aquí, de momento. Y luego, no sé, quizá las cosas se arreglen por sí mismas... Ya veremos.

—Ah, muchas gracias —intervino Yasha de nuevo—. No lo olvidaré en la vida.

—¿Quién tiene miedo de las preguntas simples? ¿Quién tiene que irse con las manos vacías?

—¿Te crees muy gracioso? ¿Eh? —lo reprendió su mujer—. ¿Te crees muy gracioso? ¡Esto no es ninguna broma, por si no te has enterado! ¡En serio, es un problema muy grave! ¡En serio, no sé qué hacer contigo! ¿Tienes alguna sugerencia, tú?

En la cocina sonó el teléfono.

—¿Qué haces ahí plantado como una estatua? ¡Ve a contestar! —le ordenó su mujer.

Yasha salió de la sala.

—Según la estadística, el eslabón más débil de esta ronda ha sido Mijaíl —dijo una encantadora voz masculina llenando el silencio que se había formado—. Solo ha respondido a una pregunta. Y el eslabón más fuerte es Arkadi. Ha dado el mayor número de respuestas correctas y ha metido dinero en el banco. Sin embargo, veremos...

—Aquí no tiene nada que hacer —susurró Klavdia Mijáilovna, señalando con la cabeza hacia la cocina—. Así no es como se hacen estas cosas, dejando a los muertos dentro de casa.

—Olga, ¿por qué crees que debería marcharse precisamente Mijaíl?

—No sé, mamá...

—Bueno, es como que Mijaíl está demasiado cansado. Es como que no siento que tenga el potencial de antes. Con algunas respuestas a algunas preguntas es como que ha deshonrado el nombre del equipo, y además no siente su espíritu...

Yasha volvió a la sala con la cara gris de preocupación.

—¿Quién era? —le preguntó su mujer.

—Usted es el eslabón más débil. ¡Adiós!

—¡Quita a esa zorra! —gritó la suegra, exasperada.

—Del trabajo —murmuró Yasha.

—... de todas formas, Olga me ha ofendido mucho, porque no sé por qué se lo ha tomado como algo personal y ha sido tan maleducada diciendo que yo he deshonrado el nombre del equipo y que...

Ira bajó el volumen de la televisión.

—En cualquier caso, no tenemos que pensar en el funeral por lo menos hasta dentro de un mes —dijo Yasha, con un atisbo de malicia.

—¿Y eso por qué? —preguntó la suegra.

—Porque me han...

—... despedido.

Aquel fatídico día en el que se fue corriendo al médico, Yasha entregó su artículo sin haberlo revisado. Por ello no advirtió un error desafortunado fruto de las prisas. Él no lo advirtió, pero tampoco el redactor de sección, quien seguramente también tenía prisa, estaba pensando en

las musarañas o (lo más probable) confiaba plenamente en Yasha y se leyó el texto sin prestar atención. Tampoco lo advirtió el redactor jefe, quien, a su vez, confiaba plenamente en el redactor de sección. Para ser sinceros, hay que reconocer que el corrector sí que detectó el error de Yasha, pero, lógicamente, consideró que no era asunto suyo, porque su trabajo era corregir la ortografía y la puntuación. Y Yasha había puesto correctamente todos los signos de puntuación. En fin, que el artículo salió felizmente tal cual, en su primera versión. Y el apellido del inversor (Spichkin se llamaba, pero ¿tan importante era?), que acababa de asumir la financiación del periódico y que, de hecho, había encargado dicho artículo, desapareció accidentalmente de la lista de los oligarcas que pagaban religiosamente sus impuestos y apareció en la lista de los que no los pagaban y defraudaban al fisco.

La rectificación, que se publicó al día siguiente, pareció pobre e inverosímil.

Spichkin se enfadó. Llamó idiota al director financiero, llamó bicho hipócrita al redactor jefe y llamó judío de mierda a Yasha, y se fue al Tíbet a meditar. Pero en el Tíbet aún se enfadó más, sintió añoranza, volvió al día siguiente y suspendió la financiación. *Revista Amena* cerró.

Sin embargo..., no del todo. El incansable director financiero volvió a emprender la búsqueda de fondos. En un consejo de redacción convocado con urgencia se decidió que mientras tanto se continuaría editando RA, pero en versión electrónica muy mermada.

Y después de la reunión, Sienta llamó a Yasha a su casa y le preguntó muy enfadado por qué no estaba en su puesto de trabajo. Yasha le explicó sucintamente la situación, se disculpó y prometió llevar los gráficos que certificaban su muerte a la sección de personal cuanto antes. Sienta no pudo ocultar su perplejidad. Resoplaba en el teléfono sin decir palabra y ya estaba a punto de despedirse cuando volvió a pensárselo y decidió de todas formas decirle para qué lo había llamado. Después de carraspear a fondo, comunicó a Yasha que, por culpa de «la historia con Spichkin», él mismo había decidido despedirlo, por una parte, pero por otra, según las condiciones que establecía el contrato, estaba obligado a trabajar un mes más en la redacción.

Yasha no supo qué decir. Sienta esperó un poco, resoplando y respirando con dificultad, y al final dijo inseguro, en tono interrogativo:

—Pero... teniendo en cuenta sus circunstancias..., sus tristes circunstancias..., seguramente no podrá...

—No, no, no pasa nada. Trabajaré este mes. De acuerdo.

Yasha era una persona responsable y consideraba que cumplir las obligaciones del contrato era su deber sagrado.

—Entonces —dijo Sienta, mucho más animado—, si de verdad puede...

—Sí, de verdad puedo...

—Muy bien. Entonces, hasta la próxima. Y... ejem... Le expreso mis más sinceras condolencias.

Una mirada inteligente y severa. Y también un poco cansada; lo decían las bolsas oscuras de debajo de los ojos. Hacía tiempo que no se había cortado el pelo rizado, y lo llevaba un poco revuelto, pero el peinado no le afeaba la cara en absoluto, al contrario: le daba cierto encanto, cierto misterio, incluso. Tal vez la explicación estuviera en que las fotografías en blanco y negro siempre son un poco enigmáticas. Era una buena fotografía. Grande y satinada. Pero la corona era de las baratillas. Fea, de margaritas y campanillas de plástico...

En el vestíbulo de la redacción, Yasha observaba su propia fotografía enmarcada en negro con tristeza y orgullo. Con la misma admiración que un viejo padre miraría una fotografía de su hijo recién enviado al frente.

Desde la víspera, una calma asombrosa embargaba el alma de Yasha. Sí, por la noche, después de que su suegra se hubiese marchado a su casa, después de aquella horrible discusión sobre el inminente funeral, lo había invadido el consiguiente ataque de pánico: ¿y si en realidad no era un sueño? Pero el ataque había sido más corto que el anterior, y en aquella ocasión, Yasha ni siquiera se había pellizcado la nariz, se había mordido los dedos ni se había dado con la cabeza

contra la pared para despertarse. En lugar de todo aquello, se había tomado unas gotas de valeriana, había caminado de aquí para allá por el piso, se había sentado delante del televisor y se había quedado dormido.

En el trabajo recibieron bien a Yasha, y él se sintió muy conmovido. Colgaron una bonita nota necrológica en la página web de *Revista Amena*, y sus compañeros lo recibieron con cariño pese a que por su culpa se encontraran de nuevo «colgados». Todos le expresaron su pena tanto por el despido como por su muerte inesperada. Los hombres le estrecharon la mano fría, medrosos pero solícitos, y las mujeres le ofrecieron bombones de chocolate hechos por ellas mismas. Después todos fueron al comedor; por alguna razón desconocida, a él no lo invitaron, así que se quedó solo en la sala. Apagó el aire acondicionado. Clicó con el ratón un rectángulo negro y pequeño que decía: «Ha fallecido el periodista de la revista [leer más]». Lo leyó otra vez.

Después abrió la fuente web: habían decidido no encargarle más trabajos de importancia, y durante el mes que estaba por venir, su tarea sería actualizar regularmente la página de la RA con las últimas noticias.

«En Kamchatka empieza la competición panrusa de esquí de montaña Volcanes de Kamchatka...».

«En el Distrito Autónomo de Koriakia han desaparecido quince pastores de ciervos. Los buscan desde hace seis días...».

«En la capital de Indonesia se ha inaugurado un fórum internacional sobre infraestructura...».

«Un autobús belga ha sufrido un accidente en carreteras francesas...».

«Los beneficiarios de la federación quieren recibir ayudas...».

«En Veliki Nóvgorod ha tenido lugar una conmemoración de atletismo en memoria del mariscal Meretskov...».

«En Novi Urengói, las elecciones municipales pueden considerarse concluidas...».

«En Saransk ha concluido el campeonato ruso de lucha grecorromana...».

«Madonna y Roger Waters han cantado para las víctimas del *tsunami*...».

«En Hong Kong se han celebrado carreras de coches propulsados por energía solar...».

«Los cadáveres de los combatientes podrían haber arduido en la casa derruida...».

Yasha llevaba dos semanas presentándose sumisamente día tras día en la redacción de la revista cerrada, hurgando en la fuente web, actualizando la página de forma mecánica, sin ningún gusto, «sin chispa», como decía el redactor jefe.

Las noticias del mundo perecedero ya no le interesaban.

A lo largo de las últimas dos semanas, una fisura amenazante, fina e invisible había crecido entre él y el resto de la gente y se había transformado en una barrera inquebrantable. Yasha estaba ausente. En el trabajo, empezó a olvidarse de preguntar a sus compañeros cómo iban las cosas; después dejó de estrecharles la mano, y al final dejó de saludarlos. Los colegas, por su parte, lo miraban con cara rara. Yasha recordó que era la misma cara con que habían mirado a la secretaria Olia hacía un año, cuando le llegó la hora de cogerse la baja por maternidad y continuaba yendo a trabajar con la enorme barriga. A todo el mundo le parecía inapropiado en cierta manera... Y todos los días, cuando se encontraban con ella, los compañeros se extrañaban más y más, y le preguntaban cada vez con más insistencia por su salud y la miraban casi con reprobación. Resultaba irritante. No podían fumar en su presencia y debían evitar hacer o decir cualquier cosa que la alterase, pero lo fundamental era que le había llegado la hora y no le tocaba estar allí.

También dejaron de fumar delante de Yasha, aunque él no lo pidió. Y hablaban en voz baja. Y lo miraban como... Como si a él también le hubiera llegado la hora. Le había llegado la hora.

Y en casa, todo cambió. Sin esperar a que terminase el papeleo de la herencia, su mujer empezó a hacer obras en el piso para «airearlo», según sus propias palabras. El suelo estaba

lleno de periódicos manchados de cal, cola y Dios sabía qué más, y todo olía a polvo y pintura. En medio del salón había una viejísima escalera de mano, justo al lado de la cual había una cama plegable donde dormía Yasha, expulsado vergonzosamente de la cama matrimonial («En nuestro país puedes ir a la cárcel por necrofilia —le explicó tranquilamente Ira, colocando un colchón viejo y deformado de rayas en el catre—. Además, últimamente roncas muy fuerte. Al menos, así podré dormir bien»).

Cada vez que chocaban en la cocina, Yasha y su viuda sentían cierta incomodidad, y Yasha se sentía cada día más como un *domovói*^[9].

Luego llegaron los animales malcarados y resacosos de las obras. Ellos no sentían ninguna incomodidad; simplemente trataban a Yasha como si no existiera. Al pasar a su lado le daban codazos sin ningún miramiento. No tenían ningún reparo en beber vodka delante de él (cuando la mujer no estaba en casa, por supuesto) ni en hurtar embutido de la nevera. En principio no hablaban con él, con la única excepción de la vez en que el encargado del equipo, Lioja, que tenía la cara colorada, lo obsequió con una sonrisa encantadora (gracias a la cual la noche anterior había perdido dos dientes delanteros) y le pidió «prestados» veinte rublos. En cualquier caso, Lioja el encargado llevaba tal cogorza en aquel momento que lo mismo podría haberle pedido los veinte rublos a un armario o a una lámpara, por decir algo.

«Seguramente ellos también creen que me ha llegado la hora», pensó Yasha con tristeza, y no le dio los veinte rublos.

En el canal Cultura daban un programa interesante realizado por la BBC: unos astronautas estadounidenses explicaban cómo se sentían en el espacio exterior. Yasha se sentó a verlo, aunque, a decir verdad, era la hora de irse a trabajar.

—Los dos primeros días tienes una sensación horrible en el estómago —comentaba alegremente un rostro redondo y rubicundo que parecía hecho a medida para meterse dentro de una escafandra—, porque todo el líquido del organismo, liberado del efecto de la ley de la gravedad, se desplaza hacia arriba, por eso siempre llevamos bolsas encima... Pero a veces no nos sirven de nada, y todo se esparce en el ambiente. —La cara sonrió con tristeza—. Se queda flotando por la nave hasta que termina el vuelo, y es muy incómodo, ya se imaginan...

—En la nave es indispensable que haya una sala de gimnasia —explicó un grandullón de cabeza afeitada y unos labios tan finos que no parecían humanos—. En el cosmos es muy importante mantener la forma física. Hacer ejercicio en condiciones no gravitatorias es más sencillo que en la Tierra. El único problema que existe es el sudor. El agua se comporta de una manera muy distinta en el cosmos. No se cae hacia abajo, sino que se convierte en bolitas así, ¿saben? Uno se sienta en la bicicleta estática, pedalea, y por la espalda le corren esas bolitas, y con cada movimiento brusco salen volando cada una en una dirección...

—El retrete. —El primer rostro ocupaba de nuevo la pantalla entera—. Diría que el problema principal de todo cosmonauta es precisamente el retrete. En condiciones no gravitatorias es muy complicado...

Yasha apagó el televisor, fue al pasillo, se puso las botas y se echó a llorar.

De repente, algo se había desgarrado en su interior. La inquietud constante, la tensión, la humillación, el lío de las últimas semanas, aquel terrible sueño sin salida. ¿O no era un sueño? No, no, por supuesto que era un sueño, las obras... Hasta entonces lo había soportado todo como había podido, y le había costado lo suyo, pero el cosmos... El hermoso y resplandeciente cosmos, sin principio ni fin, que lo atraía desde la infancia, que era su sueño más hermoso... Acababa de perderlo. Qué agradable debía de ser balancearse sin gravedad con un libro en las manos, volar un poquito de aquí para allá por la nave, y pegarse al ojo de buey y mirar sin descanso a la lejana Tierra y a las colas ardientes de los cometas que pasaban junto a él... ¡Pero no, nada de eso! Apretar en la mano temblorosa una hedionda bolsa de papel, esquivar las bolitas de sudor que vuelan alrededor... Las náuseas, el dolor de cabeza, el retrete con correas y

ventiladores... ¡Eso es lo que había en la infinitud!

No era que Yasha tuviera la intención de viajar al espacio exterior; naturalmente, no tenía la intención de irse a ningún sitio. Pero hasta aquel momento, el cosmos le había parecido algo así como el último recurso, la salida de emergencia en caso extremo. Cuando no quedaban más sitios adonde huir.

—Qué vida esta —dijo Yasha en voz alta, y entró en la habitación con las botas puestas. Apoyó la cabeza en la ventana empañada—. Es hora de ir a trabajar... Qué vida esta... Qué sueño tan absurdo... Pero podría hacer como aquel de la película *El día de la marmota*... —Yasha abrió la ventana y se encaramó al alféizar—. Como aquel... Su apellido empezaba por eme...

Yasha cerró los ojos y saltó desde el undécimo piso.

La calle matutina lo recibió con su habitual ruido ensordecedor. Alrededor de su casa hacía ya varios días que estaban en marcha unas enigmáticas obras de construcción o de reparación, no se sabía exactamente. Todo el edificio estaba rodeado por una zanja profunda sobre la que habían tirado al través, aquí y allá, unos maderos podridos a modo de puentes. Un poco más allá, el suelo medio congelado de otoño formaba amorfas ondulaciones pardas.

Yasha se levantó del suelo y se sacudió del pantalón unas hojas amarillas que se le habían pegado. Haciendo equilibrio con los brazos y mirando justo enfrente de él, atravesó un puentecillo con cuidado. Solo después de pasar al otro lado miró hacia abajo con repugnancia. En el fondo del foso hormigueaban pequeños tayikos con uniforme naranja. Unos, inmersos en una nube de vapor y chispas cegadoras, taladraban unos tubos herrumbrosos que emergían de la tierra, semejantes a fragmentos de un esqueleto carbonizado de un gigantesco animal prehistórico. Otros cavaban calmosamente.

Cavaban, cavaban la tierra.

Justo en la entrada del metro, Yasha decidió que no iría a trabajar. Ni aquel día, ni al siguiente, ni nunca más.

Se quedó parado unos momentos.

Dos chicas heladas de frío repartían frenéticamente unos papelitos amarillos a los transeúntes. Una señora gorda con una boina verde vendía frankfurts con desparpajo. Curiosamente olía a pescado podrido y algas, como después de un temporal marino, aunque, desde luego, el mar estaba muy lejos del metro. Tal vez aquel olor lejano proviniera de la tierra revuelta de otoño, de las alcantarillas agujereadas...

«Me ha llegado la hora —pensó Yasha, olisqueando el aire—. Iré a algún sitio, al mar... Viajaré».

Y viajó largos años por el mundo. Vivió en muchos países y en muchas ciudades, y cientos de mujeres compartieron su lecho con él. Con unas se quedaba mucho tiempo; envejecían y morían a su lado. De otras se despedía y dejaba que envejecieran y murieran en soledad.

Cada pueblo le daba un nombre distinto. Cambió de nombre muchas, muchísimas veces. Y tanto tiempo viajó que ya no podía recordar quién había sido al principio ni quién fue después, ni si estaba vivo o muerto, ni qué era lo que lo mantenía aferrado a este mundo tedioso.

Y tanto tiempo viajó que vio como todos los pueblos envejecían y desaparecían de la faz de la tierra y las ciudades se convertían en arena y piedras. Y vio como unos animales asombrosos y extraños colonizaban la tierra. Y él fue el único ser humano que quedó entre ellos.

ESPERO

No sé exactamente de donde ha salido, probablemente, del frigorífico. Guardé ahí una olla con sopa. Mucho tiempo. Demasiado. La sopa me la había preparado mi madre (antes pasaba por casa de vez en cuando), pero no como de esa clase. *Schi*^[10]. Al cabo de una semana, el contenido de la olla se cubrió con una película de color verdoso pálido y empezó a apestar. Puse la tapa a la olla y la metí en la nevera. Me daba pena tirarla; la había preparado mamá.

Un mes después me desperté en plena noche con una sensación extraña de inquietud. Fui a la cocina a picar algo. En la nevera no había casi nada. Un par de salchichas, unos *pelmeni*, un limón que había estrujado aquella mañana. Y la olla. La saqué y me decidí a tirar la sopa. Contuve la respiración y levanté la tapa. Se había solidificado. Había cambiado. Era... casi bonita. Tenía que rascar el fondo y las paredes, comprar un producto para limpiarla y lavarla... No me apetecía hacer nada de eso.

Decidí tirarlo todo, la sopa y la olla. Hice un paquete con varias bolsas y por la mañana la tiré a la basura antes de ir a trabajar. Me acerqué al contenedor, pero no fui capaz. Llevaba tanto tiempo conmigo... Me daba pena. Dejé el bulto junto a la basura y me fui a trabajar.

Por la tarde seguía allí.

Al día siguiente, cuando miré por la ventana, ya no estaba. Me asusté. Bajé y me acerqué al contenedor... Sí, allí estaba. Lo que pasaba es que no la había visto desde arriba. En cualquier caso, para no preocuparme sin motivo, me la volví a subir a casa y la metí en la nevera otra vez. Olía fatal. Dejé de utilizar la nevera. Y más tarde, también la cocina; puse un cerrojo de hierro en la puerta de la cocina. Comía fuera, en bares. Y un día llamé a mi madre y le pedí si podía irme a vivir con ella un tiempo. Ella me dijo que sí. Se alegró.

Me mudé, pero al cabo de una semana empecé a ponerme nerviosa. Al fin y al cabo, la responsabilidad era mía. No dejaba de pensar en cómo estaría allí, sin mí. Sola, envuelta en las bolsas.

De modo que regresé. Me mareé del olor, que impregnaba todo el piso de modo insoportable. La puerta de la cocina estaba abierta.

Las bolsas estaban tiradas en el suelo.

Y entonces la vi. Se me acercó confiada, curiosa. Era muy pequeña.

Al principio no sabía qué darle de comer. Le preparaba purés de verduras o de patata, le empapaba pan blanco en leche... Pero no se lo comía.

Me parece que no comía nada. Ni bebía. Tampoco sabía hablar.

Dormía en la cocina. Por la noche le abría la puerta de la nevera para que tuviera luz, como si fuera una lamparita. Si no, tenía miedo. Cuando tenía pesadillas, arañaba la puerta de mi cuarto; entonces la cogía y me la metía en la cama. A pesar de que echaba una peste horrible.

Hice mucho por ella. Sacrifiqué muchas cosas.

Nunca ventilaba la casa porque le sentaba fatal. Creo que, salvo yo, nadie podría haber estado a su lado. Pero yo la quería. Llamé a mi madre y a todos mis amigos y les pedí que no vinieran más a mi casa. Llamé al trabajo y dije que lo dejaba. Y después corté el cable del teléfono.

La quería muchísimo. Tanto que a veces la tocaba. Y la abrazaba.

Creció deprisa, muy deprisa. Cada día era, más o menos, un centímetro más alta. Y era guapa. A su manera.

De vez en cuando, alguien llamaba a la puerta, así que rompí el timbre. Para que nadie nos molestara.

Sucedió una mañana. Tiraron la puerta abajo y entraron en mi casa. Eran los vecinos de abajo con una gente vestida con monos de trabajo. Llevaban caretas antigás. Ella se asustó mucho, corrió a la cocina e intentó esconderse debajo de la mesa y detrás de la nevera. Pero ya era bastante grande y no cabía en ningún sitio. Abrieron todas las ventanas. Grité: «¡No, paren, se va a ahogar!». Me ataron las manos y me sacaron de mi piso. No pude ayudarla.

Vi que tres tipos con máscaras antigás se quedaban dentro. Llevaban bombonas y rociaron la casa con una sustancia corrosiva y venenosa. Rociaron las paredes, el suelo, a ella. En plena cara. Y ella no podía esconderse en ningún sitio.

Qué le hicieron... Dios mío, qué le hicieron...

Desde entonces no la he vuelto a ver. No viene adonde vivo ahora.

Recuerdo los días que pasamos juntas, cada hora, cada minuto, y no puedo perdonarme. Debería haber sido más cariñosa con ella. Abrazarla más a menudo. Hablar con ella. No debería haberla hecho dormir en la cocina, solita. Cuánta soledad debió de sentir.

Me gustaría corregir mi error. Lo corregiré todo, todo. La semana pasada, mamá me trajo unas manzanas asadas. Las envolví en unas bolsas y las guardé en la mesita de noche. Hoy, cuando se han ido los médicos, he abierto el paquete un momento. Ya han empezado a cambiar un poco; se han reblandecido y se han cubierto de una pelusa blanca. Dentro de unos días cambiarán aún más.

Espero. Tengo mucha paciencia.

Ella volverá conmigo.



ANNA STAROBINETS (Moscú, Rusia 1978) es la autora más destacada de la nueva generación de escritores rusos de ficción fantástica, alabada por la crítica desde la publicación de su primer libro, *Una edad difícil* (2005).

Licenciada en Filología por la Universidad Estatal de Moscú, Starobinets ha trabajado para algunos de los principales periódicos rusos (*Gazeta.ru*, *Argumenty i Fakty*, *Expert*) como crítica, reportera y editora de cultura. En la actualidad ejerce el periodismo en el prestigioso *Russki Reporter*.

Es autora de varias colecciones de relato corto, novelas y libros para niños, entre los que se incluyen *El vivo* (2011), *La tierra de las niñas buenas* (2009) y *Santuario 3/9* (2006). Starobinets también ha desarrollado escenarios para el circo, o escrito literatura inspirada en largometrajes manga.

Alabada por su estilo personalísimo, a la vez chejoviano y metódico e impregnado de una incuestionable fantasía de tintes perturbadores, la joven autora ha sido comparada con autores como Stephen King o Neil Gaiman, e incluso ha sido llamada la Philip K. Dick rusa.

Con el presente libro, *Una edad difícil*, la autora resultó finalista del prestigioso premio Natsionalni Bestseller.

Notas

- [1] Organización infantil y juvenil que preparaba actividades y campamentos, a la cual estaban inscritos la gran mayoría de los niños soviéticos. (*N. de la T.*). <<
- [2] La clase de la paz es la primera clase que se hace al comenzar cada curso, en la que se habla del civismo, la patria rusa y las bondades de vivir en paz. (*N. de la T.*). <<
- [3] *Amanecer Pionero* (Pionérskaia zorka) era un programa infantil que se emitía todos los días en la radio. Existió desde 1925 hasta 1991. (*N. de la T.*). <<
- [4] Libro en el que se recogen especies de animales y plantas raras o en peligro de extinción, así como las autóctonas del territorio ruso. (*N. de la T.*). <<
- [5] «Todos los cazadores quieren saber dónde está el faisán». La frase es, en ruso, una regla mnemotécnica para recordar los colores del arco iris mediante las iniciales de cada palabra. (*N. de la T.*). <<
- [6] Personaje de la mitología eslava similar a Papá Noel. (*N. de la T.*). <<
- [7] En el teclado ruso (en alfabeto cirílico). En el nuestro corresponderían a la efe y la jota. (*N. de la T.*). <<
- [8] Clase de pasta rellena. (*N. de la T.*). <<
- [9] Espíritu o duende del hogar en la cultura rusa. (*N. de la T.*). <<
- [10] Sopa de col, legumbres y carne. (*N. de la T.*). <<